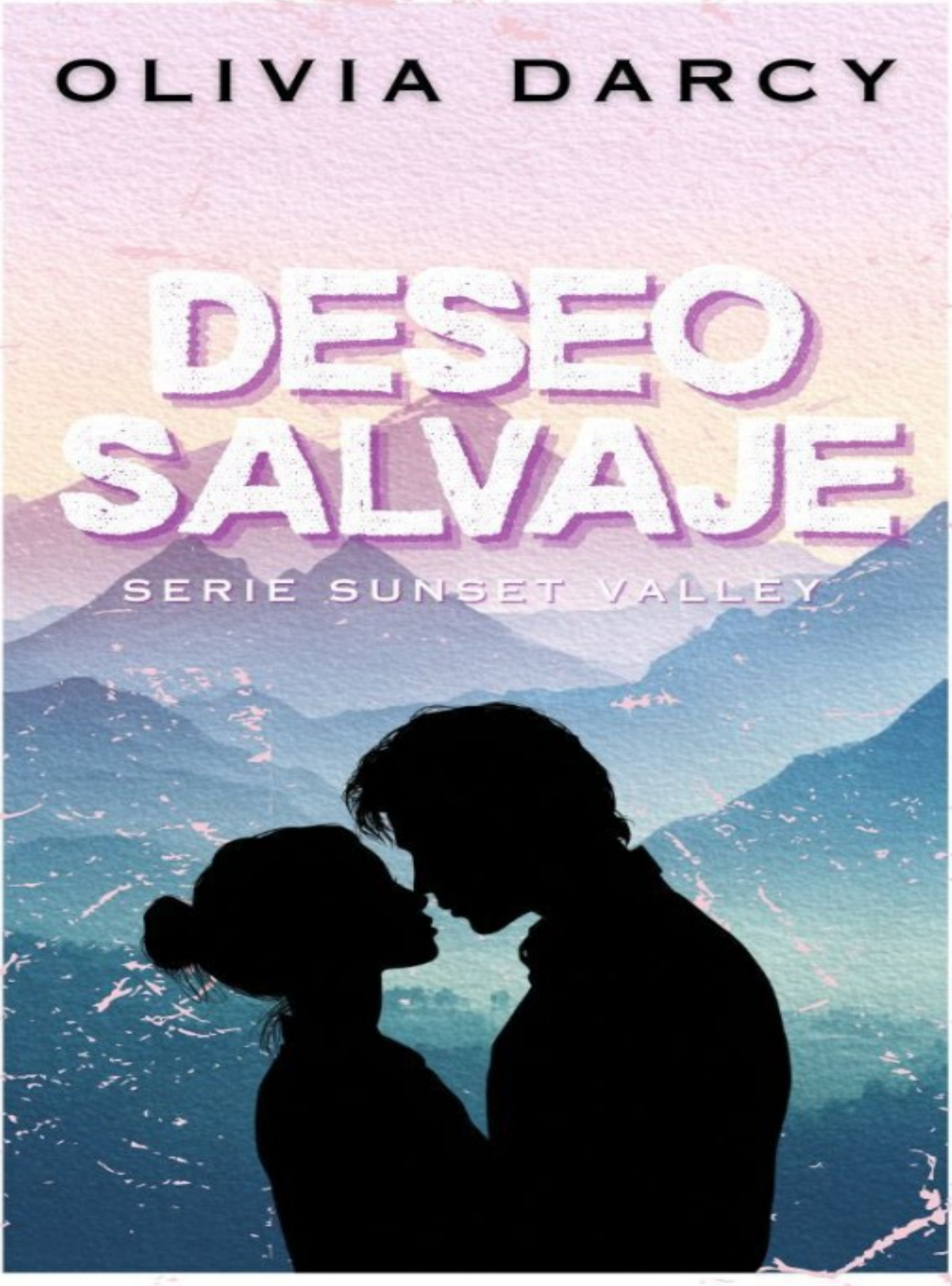
OLIVIA DARCY

DESEO SALVAJE

SERIE SUNSET VALLEY



DESEO SALVAJE

SUNSET VALLEY
LIBRO 2

OLIVIA DARCY

Copyright © 2026 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

ÍNDICE
¡**REGALO**!
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

¡REGALO!



La historia de Audrey y Blake

¡Únete a mis lectoras VIP y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

ESCANEA EL CÓDIGO QR

O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

LIAM

Hay cierta belleza en la previsibilidad, en saber exactamente cómo será cada minuto de tu día antes de que comience. Mi padre siempre lo decía: «Un hombre que aspira a grandes cosas debe controlar hasta el último segundo de su tiempo». Y yo, Liam Daniel Wellington, alcalde de Sunset Valley a los treinta y dos años y futuro gobernador de Montana (si todo va según lo planeado), he construido mi vida en torno a esa máxima.

Mi alarma suena a las 5:45 a.m., siempre. Primero hago veinte minutos de ejercicio, seguidos de una ducha de agua helada. Me visto con un traje gris los lunes, azul marino los martes, negro para las reuniones importantes… Desayuno café negro, sin azúcar, preparado en la cafetera italiana que heredé de mi abuelo. Luego reviso los correos electrónicos hasta las 7:30, después camino hasta el ayuntamiento, donde mi asistente, Margaret, ya tendrá organizados los documentos del día por orden de prioridad.

Previsible. Ordenado. Controlado.

Es este nivel de disciplina lo que me ha permitido convertirme en el alcalde más joven en la historia de Sunset Valley, y lo que me llevará hasta la mansión del gobernador en Helena. El primer paso de un camino perfectamente trazado que culminará, si todo sale según lo previsto, en Washington DC.

—¿Señor Wellington? —la voz de Margaret interrumpe mis pensamientos mientras reviso la propuesta para el nuevo parque empresarial que presentaré al comité estatal la próxima semana—. Creo que debería ver esto.

Hay algo en su tono, una mezcla de diversión reprimida y preocupación, que me pone inmediatamente en alerta. Margaret

lleva treinta años trabajando en el ayuntamiento. Ha visto alcaldes venir e irse, crisis presupuestarias y disputas territoriales. Nada la sorprende ya. Excepto, al parecer, lo que sea que está ocurriendo ahora.

—¿Qué sucede? —pregunto, sin levantar la vista de los documentos. Tengo una videoconferencia con el senador Harrison en veinte minutos y necesito tener claros todos los detalles de la reunión.

—Es mejor que lo vea usted mismo —insiste, señalando hacia la ventana que da a la plaza principal—. Es... inusual.

Con un suspiro de resignación, me levanto y me acerco. Lo que veo me deja momentáneamente sin palabras, una condición inusual para alguien que ha perfeccionado el arte del discurso político desde los diecisiete años.

En las escaleras del ayuntamiento, rodeada ya por un pequeño grupo de curiosos, está ella. Iris Davis, copropietaria de Vintage Valley Café, autoproclamada «bruja urbana», y, desde hace semanas, el dolor de cabeza más persistente de mi administración. Pero no es su presencia lo que me deja atónito. Es lo que está haciendo.

Se ha encadenado a la barandilla.

Literalmente encadenado, con una gruesa cadena de bicicleta alrededor de su cintura que la ata a los barrotes de hierro forjado. Lleva un vestido que parece compuesto de retazos de tela de colores imposibles, el pelo —ahora con mechas azules y violetas— recogido en un moño desordenado del que escapan mechones rebeldes, y sostiene un cartel que, incluso desde esta distancia, puedo leer perfectamente:

«EL ALCALDE ODIA LA LIBERTAD ESPIRITUAL. ¡JUSTICIA PARA EL TAROT!»

—Por el amor de Dios —murmuro, frotándome las sienes donde ya empieza a formarse una migraña—. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Llegó hace unos minutos —responde Margaret, sin molestarse en ocultar su sonrisa—. Ha traído un termo de té, un cojín para sentarse y varios libros. Parece preparada para quedarse un buen rato.

Por supuesto que lo está. Iris Davis no hace nada a medias tintas. Es exasperante, irracional y completamente imprevisible. Es todo lo que detesto en una persona. Todo lo que va contra mis principios de orden y estructura.

Y, lo que es peor, es exactamente el tipo de distracción que no puedo permitirme ahora, no cuando estoy posicionándome estratégicamente para la candidatura a gobernador. Los donantes importantes, los comités políticos estatales, todos esperan un candidato serio, respetable, sin controversias. No un alcalde que no puede controlar a una dueña de cafetería/lectora de tarot rebelde en su propio ayuntamiento.

—Voy a hablar con ella —anuncio, ajustándome la corbata como quien se prepara para el combate—. Esto es una violación clara de al menos tres ordenanzas municipales.

—Por supuesto, señor —responde Margaret, y me irrita detectar un tono de diversión en su voz—. ¿Quiere que llame al sheriff Wellington?

—No —respondo demasiado rápido—. Cole está ocupado con asuntos más importantes. Puedo manejar a la señorita Davis yo mismo.

No necesito a mi hermano como testigo de este circo. No después de cómo me miró en la barbacoa familiar, con esa sonrisa de suficiencia cuando me vio discutiendo con Iris sobre los méritos del incienso de palo santo versus el de sándalo, un debate que aun no entiendo cómo llegué a tener.

Salgo del despacho con paso decidido, cada pisada resonando en los pasillos de mármol del ayuntamiento. Preparándome mentalmente, repaso los argumentos legales: obstrucción de un edificio público, manifestación sin permiso, alteración del orden... Si hay algo que sé hacer bien, es citar normativas.

Pero nada, absolutamente nada, me prepara para la reacción que tiene mi cuerpo ante la visión que me recibe cuando abro las puertas principales.

El sol de mayo ilumina la plaza, haciendo brillar el pelo de Iris como si tuviera luz propia. Sentada cómodamente en su cojín, con las piernas cruzadas en posición de loto, parece una aparición de

otro mundo. A su alrededor, varios habitantes del pueblo observan la escena con expresiones que van desde la confusión hasta la diversión abierta.

—Señorita Davis —digo, manteniendo mi voz firme y profesional mientras desciendo los escalones hasta situarme frente a ella, sin hacer caso de la forma en la que mi corazón late frenético en mi pecho—. Esto constituye una alteración del orden público. Le sugiero que se desencadene inmediatamente y presente su queja por el canal oficial.

Iris alza la mirada hacia mí, y el impacto de esos ojos avellana con motas doradas me golpea con la misma fuerza que la primera vez que los vi. Hay algo magnético en su mirada, algo que desafía toda lógica.

Me acerco más a ella sin ser muy consciente de lo que hago.

—Buenos días, señor alcalde —responde con una sonrisa deslumbrante—. Qué agradable verlo tan temprano. ¿Ha considerado ya mi solicitud para las lecturas de tarot, o necesita una demostración práctica de los beneficios de la adivinación?

Saca un mazo de cartas coloridas de un bolsillo de su vestido y lo baraja con una habilidad que sugiere años de práctica. El suave sonido de las cartas deslizándose entre sus dedos resulta extrañamente hipnótico.

—Lo que necesito —respondo, luchando contra el impulso de mirar sus manos— es que deje de hacer el ridículo en las escaleras del ayuntamiento y respete las normativas que todos los demás ciudadanos de Sunset Valley cumplen sin problema.

—¡Ah! —exclama, como si acabara de decir algo profundamente revelador—. Pero ahí está el quid de la cuestión, señor Wellington. No soy como todos los demás ciudadanos. Y mi solicitud no es como las demás solicitudes. Esto es una cuestión de libertad espiritual.

Se levanta con un movimiento fluido que desafía las leyes de la física, considerando las cadenas que la sujetan. De pie, apenas nos separan unos centímetros, y puedo oler su perfume: una mezcla desconcertante de pachulí, vainilla y algo cítrico que no identifico. Es embriagador, irritante y totalmente inapropiado para una conversación oficial.

—Su libertad espiritual —respondo, dando un paso atrás para recuperar algo de compostura— termina donde comienza mi responsabilidad de aplicar las normativas municipales. El tarot con fines comerciales requiere una licencia especial que usted no ha solicitado correctamente.

—¡La solicité en tres ocasiones! —protesta, y por primera vez veo un destello de genuina frustración en sus ojos—. La primera en un formulario oficial que nunca fue respondido. La segunda en una carta certificada que fue «extraviada». Y la tercera, sí, en un posavasos, porque evidentemente sus canales oficiales están diseñados para obstruir, no para facilitar.

Tiene razón. He estado retrasando deliberadamente su solicitud con tecnicismos administrativos. No porque tenga algo contra el tarot específicamente (aunque sí lo considero una habladuría), sino porque cada nuevo proyecto excéntrico de Iris Davis atrae a más curiosos, más atención a un pueblo que, si todo va según mi plan, pronto será solo un peldaño en mi ascenso político. No puedo permitir que ella lo convierta en un circo.

Sunset Valley necesita estabilidad, tradición y un perfil bajo. No una revolución bohemia liderada por una mujer que cambia el color de su pelo cada mes.

—Esta conversación sería más productiva en mi despacho —ofrezco, demasiado consciente de la creciente audiencia y de los teléfonos móviles que ya están grabando el encuentro—. Si me acompaña...

—No voy a ninguna parte —declara, alzando la barbilla en ese gesto desafiante que he llegado a conocer demasiado bien—. No hasta que apruebe mi solicitud. O al menos, hasta que me dé una razón válida para denegarla que no sea «porque yo lo digo».

—¿Y su plan es...?

—Hacer una huelga de hambre —anuncia con una sonrisa triunfal —. Bueno, casi. Tomaré líquidos, obviamente. No soy una loca. Pero nada sólido hasta que reconsidere su posición.

La observo, buscando algún signo de que está bromeando. No lo encuentro. Sus ojos brillan con determinación, y reconozco esa expresión. Es la misma que tenía cuando decidió instalar macetas

colgantes no autorizadas en toda la fachada de la cafetería, o cuando organizó aquel «flash mob de meditación» en el parque municipal sin permiso.

Iris Davis no se rinde. Nunca.

Y eso me pone nervioso. No solo porque admiro secretamente su tenacidad, sino porque representa exactamente el tipo de obstáculo impredecible que podría descarrilar mis planes meticulosamente elaborados.

—Esto es absurdo —murmuro, pasándome una mano por el pelo, un gesto que mi madre siempre ha dicho que revela cuando estoy perdiendo el control—. No puede acampar indefinidamente en las escaleras del ayuntamiento.

—Observe —responde, volviendo a sentarse con esa gracia irritante.

—Señorita Davis...

—Iris —me corrige, como siempre—. Llevamos meses discutiendo casi a diario. Creo que podemos usar nuestros nombres de pila, Liam.

La forma en que dice mi nombre, con esa ligera inflexión en la «i», me provoca una reacción física que no quiero analizar. Iris tiene esa capacidad: desestabilizarme con las cosas más simples. Un nombre. Una sonrisa. Un roce accidental cuando coincidimos en alguna comida familiar.

Es precisamente este tipo de desestabilización lo que no puedo permitirme. No cuando cada paso, cada decisión, cada aparición pública es un ladrillo en el camino hacia mi futuro político.

—Esto no puede continuar —digo, intentando un tono más conciliador—. Tengo una videoconferencia con el senador estatal en quince minutos y una reunión con inversores después. No puedo tener este... espectáculo en las escaleras del ayuntamiento.

—¿El senador Harrison? —pregunta, y me sorprende que conozca el nombre—. El que está impulsando ese horrible proyecto de refinería en tierras protegidas. Interesante compañía la que frecuenta, alcalde.

Su comentario me irrita precisamente porque ha dado en el clavo. El proyecto de la refinería es controvertido, pero el apoyo de

Harrison es crucial para mis aspiraciones políticas.

—Los asuntos del ayuntamiento no son de su incumbencia —respondo secamente—. Lo que es de su incumbencia es que está violando ordenanzas municipales y obstruyendo un edificio público.

—¿Qué va a hacer al respecto? —me desafía, con una chispa en sus ojos que debería irritarme pero que, en cambio, enciende algo primitivo en mi interior—. ¿Arrestarme? ¿Llamar a su hermano sheriff para que me lleve esposada? Aunque, pensándolo bien, eso podría ser interesante.

El rubor sube por mi cuello ante su insinuación. Esta mujer no tiene filtros, ni respeto por la autoridad, ni consideración por mi posición. Es exasperante.

—Si no se desencadena voluntariamente —digo, recuperando mi compostura—, tendré que llamar a los servicios de emergencia.

—Adelante —me desafía, cruzándose de brazos—. Siempre he querido ver más de cerca a nuestros valientes bomberos con el uniforme puesto. Estoy segura de que su hermano Aiden está especialmente cualificado para... situaciones calientes.

El doble sentido es tan obvio que varios espectadores ríen disimuladamente. Siento que mi rostro se calienta, no sé si por la frustración o por algo más primitivo que me niego a reconocer.

Con movimientos deliberadamente lentos, saco mi teléfono y marco el número de emergencias, manteniendo mis ojos fijos en los suyos mientras lo hago. Es un duelo silencioso, una batalla de voluntades en plena plaza pública. Y soy dolorosamente consciente de que cada segundo de este enfrentamiento está siendo documentado por los móviles de los espectadores. Mañana probablemente estaré en YouTube. Exactamente el tipo de atención que no necesito.

Cinco minutos después, el camión de bomberos aparece con sus luces (aunque sin sirenas, gracias a Dios). Y por supuesto, entre los bomberos que descienden está mi hermano Aiden, con su uniforme impecable y una expresión que oscila entre la diversión y preocupación.

—Vaya, vaya —dice, acercándose a nosotros—. Cuando dijeron «mujer encadenada en las escaleras del ayuntamiento», debí

imaginar que serías tú, Iris.

Para mi irritación, Iris le sonríe a Aiden con una calidez que nunca ha dirigido hacia mí.

—¡Aiden! —exclama alegremente—. Justo el Wellington que esperaba ver. Uno que entiende el significado de ayudar a los ciudadanos en apuros.

Aiden, el traidor, le guiña un ojo antes de volverse hacia mí.

—¿Qué ha pasado esta vez, hermano? ¿Otra ordenanza municipal que nadie entiende?

—Este asunto no es una broma —respondo secamente—. La señorita Davis está obstruyendo un edificio público e incumpliendo al menos tres normativas. Además, tengo asuntos importantes que atender.

—Y tu hermano está obstruyendo mi derecho constitucional a la libertad espiritual —interviene Iris, mirando a Aiden como si fuera su salvador—. Solo quiero leer el tarot en la cafetería. ¿Es eso demasiado pedir en un país supuestamente libre?

Aiden me mira, luego a ella, y finalmente suspira.

—Mira, Liam, sabes que estoy de tu lado, pero... ¿de verdad es para tanto? ¿Unas cartas del tarot? No me apetece tener que sacar la cortadora…

La traición fraternal es absoluta. Pero antes de que pueda responder, Iris saca una pequeña llave de uno de sus bolsillos y, con un movimiento fluido, abre las cadenas que la atan a la barandilla.

—No hace falta que saques la cortadora, Aiden. Ya me voy yo solita —dice Iris con dignidad.

—¿Tenías la llave todo el tiempo? —pregunto, sintiendo que mi presión arterial alcanza niveles peligrosos.

—Por supuesto —responde con naturalidad—. ¿Qué clase de manifestante sería si no tuviera un plan de escape?

Se levanta, sacudiéndose el vestido, y sonríe a Aiden.

—Gracias por venir tan rápido. Es reconfortante saber que al menos uno de los Wellington se preocupa genuinamente por el bienestar de los ciudadanos.

—Solo hacía mi trabajo —le responde mi hermano, con una sonrisa que me hace querer estrangularlo.

Iris recoge sus cosas: el cojín, el termo, las cartas del tarot, y me mira directamente.

—Esto no ha terminado, alcalde Wellington —dice, toda su actitud juguetona transformada en determinación pura—. Si cree que una simple cadena es lo más lejos que estoy dispuesta a llegar, no me conoce en absoluto. Volveré. Con refuerzos. Y no pararé hasta que Sunset Valley tenga la primera sala de tarot oficialmente reconocida del condado.

Hay algo en la intensidad de su mirada, en la firmeza de su voz, que me provoca una reacción inesperada: deseo. Doy un paso hacia atrás como si me hubieran golpeado.

Por un instante, algo pasa entre nosotros. Una chispa o un reconocimiento, pero desaparece tan rápido como llegó.

—Me caes muchísimo mejor que tu hermano —le dice a Aiden mientras comienza a descender los escalones—. Deberías enseñarle algo sobre flexibilidad. Y no me refiero solo a la física.

Con eso, se marcha, su vestido multicolor ondeando tras ella como una bandera de desafío, dejándome con una multitud dispersándose lentamente, un hermano divertido, y una sensación inquietante de que mi vida ordenada acaba de complicarse irrevocablemente.

—Es bastante única, ¿no crees? —comenta Aiden, observándola alejarse.

—Es un peligro con patas —respondo automáticamente—. Una amenaza para la tranquilidad pública.

Aiden me mira con esa expresión de hermano que ve más de lo que debería.

—Eso no responde a mi pregunta, hermanito.

No le doy la satisfacción de una respuesta. En su lugar, subo las escaleras hacia mi despacho, donde me espera una jornada de reuniones importantes, llamadas con potenciales donantes para mi futura campaña a gobernador, y los informes del comité de planificación urbana que necesito revisar antes del lunes.

Cosas importantes. Cosas que marcarán el rumbo de mi carrera. Cosas que me llevarán fuera de este pequeño pueblo hacia horizontes más amplios.

No tengo tiempo para distracciones coloridas que huelen a pachulí y desafían cada norma establecida. No cuando el camino está tan claramente trazado ante mí. No cuando cada paso debe ser meticulosamente calculado para asegurar mi ascenso político.

Y, sin embargo, mientras me siento tras mi escritorio, descubro que mis ojos se desvían constantemente hacia la ventana, hacia la plaza donde Iris Davis acaba de poner mi mundo patas arriba. Y lo más perturbador es que una parte de mí —una parte pequeña pero insistente— está deseando ver qué hará a continuación.

Porque si hay algo que he aprendido sobre Iris Davis en estos meses, es que nunca, jamás, se rinde.

Y eso, más que cualquier otra cosa, es lo que realmente me aterra. Y, Dios me ayude, lo que me intriga.

CAPÍTULO 1

LIAM

Hace seis meses

Mientras subo los escalones del ayuntamiento, consulto mi reloj. Llego tres minutos antes de lo previsto. Perfecto. Como debe ser.

El edificio de piedra gris se alza imponente bajo el cielo azul de Montana, tan ordenado y predecible como me gusta que sea mi vida. Dentro, el murmullo contenido de la actividad matutina me recibe como una melodía familiar. Asiento hacia Jane, la recepcionista que lleva quince años ocupando el mismo escritorio. Intercambio un breve «buenos días» con Johnson del departamento de urbanismo. Cada interacción es medida y precisa.

Cada interacción tiene un sentido.

El tacón de mis zapatos italianos marca un ritmo constante sobre el mármol pulido. Un sonido que siempre me ha resultado reconfortante. El tempo de una vida perfectamente organizada.

Antes de mi primera reunión, decido hacer una parada en el baño. Una rutina tan cronometrada como todo en mi existencia. Una parada que no alterará mi agenda inmaculada.

Lo que no puedo prever es lo que me espera al otro lado de la puerta.

—¡...completamente ridículo! ¡Como si el todopoderoso alcalde fuera la reencarnación de alguna deidad que no puede ser molestada por simples mortales!

Me quedo paralizado en el umbral. Una voz femenina —intensamente femenina— resuena contra las paredes de azulejos del baño de caballeros.

De caballeros.

—¿En qué clase de sistema necesitas una cita para solicitar un simple permiso? ¿Es que el señor alcalde tiene miedo de que los ciudadanos de verdad interrumpan su preciosa agenda?

Parpadeo varias veces, preguntándome si las tres horas de sueño que me permito cada noche finalmente me han llevado a alucinar.

Pero no. Apoyada contra el lavamanos, gesticulando frente al espejo como si mantuviera una conversación acalorada con su propio reflejo, hay una mujer.

Y qué mujer.

Es como si alguien hubiera derramado un bote de pintura vibrante en medio de mi mundo en blanco y negro. Su vestido —si es que puede llamarse así a ese torbellino de telas superpuestas en tonos tierra y dorados— fluye a su alrededor como si tuviera vida propia. El pelo, castaño claro con mechas de un color imposiblemente rosa, escapa rebelde de un moño que parece hecho a toda prisa.

Y está descalza. Completamente descalza en el baño de un edificio gubernamental.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí? —Mi voz suena más aguda de lo habitual, traicionando mi desconcierto—. Este es el baño de caballeros.

Ella se gira de golpe, y el impacto de sus ojos —avellana con motas doradas que brillan como si tuvieran luz propia— me golpea con tanta fuerza que tengo que resistir el impulso de dar un paso atrás.

Por un instante, parece tan sorprendida como yo. Luego, para mi absoluta perplejidad, sonríe. Una sonrisa amplia, deslumbrante, completamente inapropiada para alguien que acaba de ser descubierto en el baño equivocado.

—¡Oh! —exclama, sin el menor indicio de vergüenza—. No me había fijado en el símbolo de la puerta. Aunque, si lo piensas, es bastante sexista que sigamos segregando los baños por género, ¿no crees? Como si orinar fuera una actividad que requiere separación.

Me quedo sin palabras, literalmente sin palabras. Yo, Liam Daniel Wellington, graduado con honores en Ciencias Políticas, incapaz de formular una respuesta coherente ante esta... esta invasión de color y caos.

—Esto es... inaceptable —logro articular finalmente, sintiendo cómo mi presión arterial comienza su ascenso—. Tiene que salir inmediatamente.

Ella suspira dramáticamente, como si yo fuera el que está siendo irracional.

—Ya me iba, de todos modos —dice, recogiendo una bailarina color terracota del suelo (¿por qué estaba su zapato en el suelo?)—. Parece que solo he venido aquí a perder el tiempo. La secretaria-guardiana del Gran alcalde Wellington ya me ha dejado claro que el tipo no recibe a plebeyos sin cita previa. Aunque sea para algo tan simple como un permiso comercial que podría beneficiar a todo el pueblo.

El sarcasmo en su voz es tan tangible que casi podría tocarlo. Y lo más alarmante es que una parte de mí admira su audacia.

—¿Quién es usted? —pregunto, intentando recuperar algo de control sobre la situación.

—Iris Davis —responde, extendiendo una mano cubierta de anillos que tintinean como pequeñas campanas—. Copropietaria del futuro Vintage Valley Café, tu próximo lugar favorito para desayunar en este pueblo. Si es que algún día logro que tu jefe me conceda los permisos necesarios.

Su nombre cae sobre mí como una revelación. Iris. Como el arcoíris después de la tormenta. Como la parte colorida de los ojos que define cómo vemos el mundo.

Cojo su mano por puro reflejo y el contacto envía una corriente que recorre mi brazo hasta instalarse en algún lugar olvidado de mi pecho. Su piel es cálida, sus dedos delgados pero con pequeños callos que hablan de trabajo manual, de vida real. La suelto como si quemara.

—¿Y ha decidido que la mejor forma de conseguir esos permisos es irrumpir en el baño de caballeros? —pregunto, arqueando una ceja.

Ella se ríe, un sonido claro y musical que rebota en las paredes de azulejos, transformando el austero espacio en algo extrañamente vivo.

—En realidad, buscaba un sitio tranquilo para calmarme antes de cometer un asesinato —responde con una franqueza desconcertante —. Necesito esos permisos esta semana o no podremos abrir a tiempo.

Hay una nota de vulnerabilidad genuina bajo su bravuconería que me toma por sorpresa. Algo se remueve en mi interior, una emoción para la que no tengo nombre ni quiero buscarlo.

—Las normas existen por una razón, señorita Davis —digo, pero mi voz ha perdido algo de su firmeza habitual—. El alcalde tiene una agenda muy apretada.

No sé por qué estoy hablando de mí mismo en tercera persona.

¿Me he vuelto loco?

Debería dejarle claro quién soy y que su actitud es intolerable.

—¿Tan apretada que no tiene cinco minutos para un nuevo negocio que aportará vida a Main Street? —pregunta, inclinando la cabeza de una forma que hace que un mechón rosa caiga sobre su ojo derecho—. Vaya alcalde más... *comprometido* con el progreso.

El sarcasmo en su voz enciende algo primitivo dentro de mí. Nadie me habla así. Nadie cuestiona mi dedicación a este pueblo.

—El alcalde Wellington —digo, y ahora siento un extraño placer en hablar de mí mismo en tercera persona. No quiero decirle que el alcalde soy yo, todavía— es extremadamente dedicado. Pero hay procedimientos que seguir.

—Procedimientos, normas, protocolos... —replica, poniendo los ojos en blanco mientras se inclina para ponerse la otra bailarina—. Dime, ¿tu jefe también necesita un manual de instrucciones para ser agradable o eso también está sujeto a algún procedimiento municipal?

La indignación se mezcla con algo más inquietante: diversión. Una parte traicionera de mí encuentra refrescante su irreverencia.

—Le sugiero que solicite una cita como corresponde —digo, recuperando mi tono oficial—. Y que en el futuro preste más atención a los símbolos de las puertas.

Ella se yergue, y aunque soy considerablemente más alto, de alguna manera logra mirarme como si estuviéramos al mismo nivel. Hay una intensidad en sus ojos que resulta casi hipnótica.

—Y yo te sugiero que le digas a tu jefe que recuerde que está al servicio del pueblo, no al revés —responde, recogiendo un bolso de tela multicolor que no había notado antes—. Y que, si quiere que su pueblo prospere, debería facilitar las cosas a los pequeños emprendedores, no ponernos trabas burocráticas.

—Se lo transmitiré —respondo con sequedad, aunque una parte de mí admira su pasión.

Ella se dirige hacia la puerta, y su aroma —una mezcla de pachulí, vainilla y algo cítrico— me envuelve al pasar a mi lado. Es embriagador e irritante. Como todo en ella.

Se detiene en el umbral y se gira para mirarme una última vez.

—Dile también que Lauren Morgan y yo no nos rendiremos tan fácilmente —dice, y el nombre me hace detenerme—. Si no puede atenderme hoy, volveré mañana. Y pasado mañana. Y todos los días hasta que me conceda esos cinco minutos.

—¿Lauren Morgan? —pregunto, intentando conectar las piezas.

—Sí —responde, con una sonrisa que ilumina toda su cara—. Mi mejor amiga. Nos mudamos juntas hace unos días. Bueno, ella volvió, yo vine por primera vez.

Lauren Morgan, la antigua novia de mi hermano Cole. Joder. Esto solo hace que la situación sea más complicada.

—Le diré al alcalde que es amiga de los Wellington —digo, y veo cómo sus ojos se entrecierran con sospecha.

Ella me estudia por un momento, como si intentara resolver un acertijo.

—¿Y tú eres...?

—Alguien que puede ayudarte a conseguir esa reunión —respondo, y es técnicamente cierto.

Su rostro se ilumina de nuevo, y el efecto es casi deslumbrante.

—¡Fantástico! —exclama—. Entonces dile al estirado de tu jefe que necesito verlo hoy. Es urgente. Y que si no puede hacer un hueco en su preciosa agenda para algo que beneficiará a su pueblo, quizá debería reconsiderar su vocación de servicio público.

Hay algo en la forma en que dice «estirado» que enciende una chispa de irritación y, sorprendentemente, de desafío en mí.

—Le transmitiré tus... observaciones —digo, manteniendo mi expresión neutra con esfuerzo—. Aunque te sugeriría un tono más diplomático cuando finalmente te reúnas con él.

Ella se ríe de nuevo, y el sonido hace algo extraño con mi ritmo cardíaco.

—La diplomacia está sobrevalorada —responde alegremente—. Prefiero la honestidad brutal. Es más eficiente.

Con eso, se da la vuelta y sale, dejando tras de sí una estela de color, aroma y desorden que contrasta violentamente con los azulejos blancos y ordenados del baño.

Me quedo inmóvil por un momento, procesando lo que acaba de suceder. Una mujer descalza, con el pelo rosa, me ha dado una lección sobre el gobierno municipal en el baño de caballeros. Y lo más perturbador es que una parte de mí está intrigada. Desafiada. Estimulada de una forma que no he sentido en años.

Sacudo la cabeza, intentando despejarla. Tengo una reunión en cinco minutos. Un día estructurado que cumplir. Un camino político trazado con precisión milimétrica. No puedo permitir que una mujer con pulseras tintineantes me distraiga.

Cuando finalmente voy a mi despacho, Margaret me mira con una expresión que oscila entre la diversión y la preocupación al ver la expresión de mi cara.

—Señor, hay una mujer bastante... peculiar que insiste en verlo sin cita. Dice que es urgente, algo sobre permisos comerciales.

—¿Iris Davis? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Margaret asiente, sorprendida.

—¿La conoce?

«Más de lo que me gustaría», pienso.

—Tuve el... placer de encontrármela en el baño de caballeros —respondo, y veo cómo los ojos de Margaret se ensanchan con sorpresa.

—¿En el...? Oh, cielos. Lo siento, señor. Le dije claramente que necesitaba cita previa, pero es bastante... insistente.

—Está bien, Margaret —digo, suspirando—. Dile que la veré entre reuniones. Solo durante quince minutos, ni uno más.

La sorpresa en el rostro de Margaret es evidente. Nunca hago excepciones a las normas. Nunca.

—Por supuesto, señor —responde, estudiándome con una curiosidad que encuentro incómoda—. Se lo comunicaré inmediatamente.

Mientras entro en mi despacho y cierro la puerta, me pregunto qué demonios me ha poseído. ¿Desde cuándo hago excepciones? ¿Desde cuándo permito que el caos altere mi agenda cuidadosamente planificada?

Me siento en mi silla, intentando concentrarme en los documentos frente a mí, pero mi mente sigue volviendo a ojos avellana con motas doradas, a mechones rosados, a una risa que parecía transformar el aire a su alrededor.

Iris Davis va a ser un problema. Lo siento en mis huesos, tan claramente como sé que el sol saldrá mañana.

Y lo más perturbador de todo es que, a pesar de mi irritación, a pesar de mis reservas, una parte rebelde y enterrada de mí —una parte que creía muerta hace años— está deseando ver qué hará a continuación cuando descubra quién soy realmente.

CAPÍTULO 2

IRIS

Hace seis meses

Hay algo terriblemente satisfactorio en conseguir lo que quieres, sobre todo cuando te han dicho repetidas veces que es imposible. Lo noto en la sonrisa que no puedo contener mientras sigo a la secretaria —Margaret, se llama— por el pasillo del ayuntamiento. Lo siento en el tintineo alegre de mis pulseras, que parecen celebrar mi pequeña victoria.

Siempre he disfrutado mucho de hacer las cosas a mi manera.

—El alcalde Wellington le concederá quince minutos entre reuniones —me informa Margaret con un tono que sugiere que acabo de recibir una audiencia con el mismísimo Papa—. Es absolutamente excepcional que haga esto sin cita previa.

—Soy una persona excepcional —respondo, guiñándole un ojo.

Margaret me mira como si fuera una especie rara de orquídea que ha aparecido inexplicablemente en el jardín municipal: fascinación mezclada con la certeza de que no pertenezco aquí.

No me importa. Estoy acostumbrada a esas miradas. Las he recibido toda mi vida: en Portland cuando era la hija de la artista excéntrica que pintaba desnudos; en la universidad cuando meditaba en los jardines del campus; y ahora en Sunset Valley, donde cada uno de mis vestidos coloridos destaca como fuegos artificiales en un cielo de invierno.

Tampoco es que me esfuerce por encajar. Mis mechas rosas y mis pies descalzos (bueno, ahora con bailarinas, tras el «incidente» del baño) son declaraciones de independencia. Mi forma de decirle al mundo: «Aquí estoy. Sin filtros. Tómalo o déjalo».

Margaret se detiene frente a una puerta de roble macizo. La madera está tan pulida que casi puedo ver mi reflejo. Hay una placa dorada que reza: «Liam D. Wellington».

—Aquí es —anuncia con la solemnidad de quien presenta el Santo Grial—. Por favor, sea breve y concisa.

Hago un pequeño saludo militar que claramente la desconcierta y entro sin llamar. Porque soy así. Porque las normas sobre cuándo tocar en una puerta son otra invención social que nunca he terminado de compartir.

El despacho es exactamente lo que esperarías del hombre más estirado de Montana: sobrio, ordenado hasta lo clínico, con todo en perfectos ángulos rectos. Huele a cuero y a algún tipo de ambientador que pretende evocar madera, pero resulta demasiado artificial. Un espacio tan controlado que me produce un inmediato deseo de desordenarlo todo.

Y entonces miro hacia la mesa y lo veo.

El hombre del baño.

El hombre con el que he estado fantaseando (para mi absoluta mortificación) durante la última hora está sentado tras el escritorio masivo, con esa postura perfecta de niño de internado caro. Su traje azul marino parece recién planchado, como si las arrugas no se atrevieran a posarse sobre él.

Mi cerebro intenta procesar lo que estoy viendo.

Y lo comprendo de golpe.

—¿Tú? —es lo único que logro articular, mientras la comprensión me golpea como una avalancha—. ¿TÚ eres el alcalde Wellington?

Él se levanta con esa gracia contenida que solo poseen los depredadores o los políticos (que a menudo son la misma cosa). Sus ojos, de un gris tan intenso que parece atravesarme, brillan con lo que solo puedo describir como satisfacción malévola.

—Alcalde Liam Wellington —se presenta, extendiendo una mano que ignoro completamente—. Bienvenida a mi despacho, señorita Davis.

El muy capullo ha jugado conmigo. Cuando nos hemos encontramos en el baño me ha dejado despotricar sobre «el alcalde» como si fuera otra persona.

La indignación me sube por la garganta como lava, caliente y burbujeante.

—Me has dejado hacer el ridículo —acuso, plantándome frente a su escritorio.

Una sonrisa casi imperceptible curva la comisura de sus labios. Y por alguna razón absurda, mi mirada se queda fijada allí. En esa boca que debería estar diciendo cosas aburridas sobre ordenanzas municipales pero que, en cambio, parece esculpida por algún artista obsesionado con la perfección.

—Has sido tú quien ha asumido que era un asistente —responde con calma irritante.

Tiene razón, lo que solo me enfurece aún más.

—Podías haberme corregido en cualquier momento —insisto, resistiendo el impulso de golpear su inmaculado escritorio con el puño—. Pero no, preferiste dejarme seguir hablando para después... ¿qué? ¿Reírte de la hippie loca despistada?

Él se ajusta el nudo de la corbata, un gesto que no debería resultar tan hipnótico. Sus dedos son largos, elegantes, con uñas perfectamente cuidadas. Manos de pianista. O de cirujano. O de alguien que desmonta bombas con precisión milimétrica.

—No soy tan mezquino, señorita Davis —dice, y su voz tiene esa cualidad profunda que parece vibrar dentro de mi caja torácica—. Simplemente respeto demasiado mi tiempo para entrar en explicaciones innecesarias en un baño público.

El muy... Respiro hondo, intentando centrarme. No he venido a discutir. He venido a por los permisos para la cafetería. Por Lauren. Por nuestro sueño compartido. Por todas las horas que hemos invertido planificando, ahorrando, diseñando.

—Bien —digo finalmente, forzándome a recobrar la compostura—. Empecemos de nuevo. Buenos días, alcalde Wellington. Soy Iris Davis, copropietaria del futuro Vintage Valley Café, y necesito que apruebe los permisos para poder abrir en tres semanas.

Le extiendo una carpeta con todos los documentos. La he decorado con pequeños dibujos de tazas de café y pastelitos en los bordes porque, bueno, soy yo. Y porque una parte infantil de mí esperaba que le molestase tanto color en sus preciosos documentos

oficiales. Si llego a saber que el alcalde era en realidad el hombre del baño, hubiera puesto todavía más.

Él la toma con cautela, como si pudiera morderle. Sus cejas se elevan ligeramente al ver mis ilustraciones, pero no dice nada. Empieza a revisar los papeles con una concentración tan intensa que casi puedo ver los engranajes girando tras esos ojos grises.

Y entonces comete un error. Se muerde ligeramente el labio inferior mientras lee.

Es un gesto tan incongruentemente sensual, tan fuera de lugar en este hombre controlado y frío, que siento un golpe de calor en el estómago. Una especie de cortocircuito en mi sistema nervioso que envía señales contradictorias a mi cerebro.

Porque este hombre representa todo lo que detesto: rigidez, convencionalismo, apego irracional a normas arbitrarias. Es un traje caro con piernas. Es Control con mayúsculas.

Y aun así, no puedo dejar de notar lo ancha que es su espalda bajo esa chaqueta impecable. La forma en que la luz matinal destaca los ángulos de su mandíbula. Cómo sus pestañas, sorprendentemente largas para un hombre tan serio, proyectan pequeñas sombras sobre sus mejillas cuando baja la mirada.

Es ridículamente atractivo, lo que hace que le odie un poquito más.

—Todo parece estar en orden —dice finalmente, sacándome de mi inapropiada contemplación—. Aunque debo decir que es la primera vez que veo una solicitud con... ilustraciones en los márgenes.

—Para que sea memorable —respondo, encogiéndome de hombros—. La vida es demasiado corta para documentos aburridos.

Sus labios se curvan ligeramente hacia arriba, casi una sonrisa. Casi.

—La vida también es demasiado corta para trámites innecesariamente complicados —dice, para mi sorpresa—. Así que voy a aprobar esto ahora mismo.

Lo observo mientras estampa su firma en varios lugares, con movimientos tan precisos como todo en él. Su pluma es elegante, probablemente más cara que todos mis zapatos juntos.

—¿Así de fácil? —pregunto, sin poder contener mi asombro—. ¿Sin más trámites? ¿Sin más formularios? ¿Sin tener que sacrificar a mi fututo primogénito en el altar de la burocracia?

Esta vez sí sonríe, brevemente, como si le hubiera pillado por sorpresa.

—Contrariamente a la opinión popular, señorita Davis, no disfruto complicando la vida de los ciudadanos —responde—. Tu propuesta es sólida. El espacio cumple la normativa. No veo razón para retrasar lo que podría ser beneficioso para Main Street.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro en silencio, como si estuviésemos sopesando la posibilidad de seguir discutiendo, pero finalmente decido salir de ahí por patas. La presencia de este hombre me pone… de los nervios. Sí, eso es.

—Gracias por su tiempo, alcalde Wellington —digo, forzándome a sonar profesional—. Y por aprobar los permisos.

—De nada, señorita Davis —responde, y hay algo en la forma en que pronuncia mi apellido que me provoca un escalofrío inexplicable —. Espero que Vintage Valley Café sea un éxito.

Recojo mis papeles, metiendo todo apresuradamente en mi bolso colorido. Necesito salir de aquí, necesito respirar aire que no esté cargado con su aftershave carísimo y esa tensión inexplicable que ha comenzado a vibrar entre nosotros.

—Hasta pronto —me despido, sin mirarlo directamente. Porque si lo miro, podría volver a notar lo perfectos que son sus labios, o cómo su mandíbula se tensa cuando está pensando, o cualquier otro detalle ridículo que mi cerebro traidor parece decidido a registrar.

—Hasta pronto, señorita Davis —responde, y su voz me sigue mientras salgo del despacho, como un fantasma imposible de sacudir.

Ya en el pasillo, respiro hondo, intentando aclarar mi mente. ¿Qué demonios acaba de pasar ahí dentro? ¿Cómo es posible que el hombre que encarna todo lo que desprecio —rigidez, control, convencionalismo— sea capaz de alterar mis sentidos de esta manera?

Debo estar más estresada de lo que creía. O quizás sea algún tipo de reacción alérgica a la excesiva formalidad. Sí, eso debe ser. Una

especie de urticaria emocional ante tanta perfección insoportable.

Mientras salgo del ayuntamiento, descalzándome nuevamente porque a estas alturas me importa un bledo lo que piensen de mí, me prometo una cosa: Liam Wellington puede ser el alcalde, puede tener el poder de firmar mis permisos, pero no tiene poder sobre mí.

No dejaré que me afecte. No dejaré que ese hombre controlador y rígido se meta bajo mi piel.

Y definitivamente, absolutamente, bajo ninguna circunstancia, fantasearé con esa boca perfecta y esos hombros anchos y esos ojos que parecen ver demasiado.

De hecho, puede que sea la última vez que vaya a verlo en la vida.

CAPÍTULO 3

IRIS

Presente

Hay algo especial en el aroma del café recién molido mezclado con mantequilla caramelizada. Una promesa de confort, de hogar, de pertenencia. Respiro hondo mientras añado más vainilla a la masa de galletas, dejando que el vapor aromático me envuelva como un abrazo.

El Vintage Valley Café está tranquilo esta mañana de martes, con solo unas pocas mesas ocupadas. Desde el rincón más alejado, la risa de Lauren se eleva por encima del suave jazz que suena en nuestro viejo tocadiscos. Está inclinada hacia Cole, tan cerca que casi respiran el mismo aire, sus dedos entrelazados sobre la mesa de madera recuperada. La observo por el rabillo del ojo mientras formo pequeñas bolas de masa en la bandeja de hornear.

La felicidad le sienta bien a mi mejor amiga. Hace que sus ojos brillen y sus mejillas adquieran un tono rosado que ningún colorete podría imitar. Es como si se hubiera quitado de encima un peso invisible, como si finalmente pudiera ser la Lauren que siempre debió ser.

—Se van a derretir el uno en el otro como sigan así —murmura Helen, la tía de Lauren, desde la barra, donde se está tomando un café.

Sonrío, espolvoreando azúcar sobre las galletas.

—Déjalos. Tienen muchas carantoñas que recuperar después de siete años separados.

—Y Luna parece más feliz que nunca —añade Helen, con esa ternura en la voz que siempre aparece cuando menciona a su sobrina-nieta.

Asiento, sintiendo el familiar calor que me invade cuando pienso en Luna. Esa niña que se convirtió en parte de mi vida, en parte de mi corazón, desde el momento en que la sostuve en mis brazos en ese hospital de Seattle. Nuestra niña. Porque, aunque no comparta su sangre, compartimos algo quizás más importante: una elección. La elección de ser familia.

—Van a tener la familia que siempre se merecieron —digo, antes de entrar al obrador y meter la bandeja en el horno.

Y es cierto. Me alegro tanto por ellas que a veces me duele el pecho de pura felicidad. Lauren, que perdió a sus padres siendo apenas una adolescente. Luna, que durante seis años solo nos tuvo a nosotras. Y ahora tienen a Cole, tienen a Helen, tienen a toda la familia Wellington a su alrededor.

Tienen raíces.

Me lavo las manos en el fregadero, observando cómo el agua arrastra restos de masa y azúcar. El agua siempre en movimiento, nunca quieta, nunca perteneciendo realmente a ningún lugar... tan parecida a mí.

Porque esa es la verdad que me acompaña desde que tengo memoria: nunca he pertenecido del todo a ningún sitio. Ni en Portland, donde crecí como la hija de la artista bohemia que pintaba desnudos y fumaba hierbas extrañas. Ni en la universidad, donde mis cristales y mi tarot me ganaron miradas de confusión. Ni siquiera aquí, en Sunset Valley, donde después de seis meses sigo siendo «la amiga hippie de Lauren» o «la chica rara de la cafetería».

La forastera.

Desde que mi madre murió hace unos años, solo he tenido un verdadero hogar: Lauren y Luna. Fueron ellas quienes me anclaron cuando me sentía a la deriva tras perder a la única persona que siempre me había aceptado tal como era.

Salgo de nuevo a la cafetería.

Cole se inclina ahora para besarla, y veo cómo ella cierra los ojos, entregándose completamente al momento. Hay una intimidad tan palpable entre ellos que casi puedo sentirla en el aire: densa, cálida, real.

Y entonces lo siento. Un pinchazo agudo justo debajo de las costillas. No son celos, no exactamente. Es más bien... anhelo. Un deseo primitivo de lo que ellos tienen. No del amor romántico específicamente, sino de esa sensación de pertenencia tan absoluta. De encajar con alguien como dos piezas de un rompecabezas diseñadas para estar juntas.

Me giro, fingiendo buscar algo en la estantería para que nadie pueda ver la repentina humedad en mis ojos.

Es absurdo sentirse así. Tengo veinticinco años, un negocio propio, amigos que son como familia. Tengo más de lo que muchas personas pueden soñar.

Y sin embargo...

A veces, cuando la cafetería se vacía y el silencio se instala, cuando Lauren está con Cole y Luna en su nueva vida familiar, siento un vacío que ni todos mis cristales curativos pueden llenar. Un espacio en forma de pertenencia. De comunidad. De hogar.

No es que no sea feliz aquí. Amo este espacio que hemos creado, con sus mesas vintage y sus paredes cubiertas de vinilos antiguos. Amo hornear galletas de lavanda y servir lattes en tazas desparejadas encontradas en mercadillos. Amo ver cómo nuestros clientes habituales se relajan al entrar, como si cruzaran el umbral hacia un lugar donde pueden ser ellos mismos.

Pero quiero ser más que la extraña excéntrica que hace buenos pasteles. Quiero ser parte del tejido de este pueblo, no solo un parche colorido que destaca por no encajar.

Un tintineo en la puerta anuncia nuevos clientes, y me giro para ver entrar a un grupo de mujeres mayores. El club de punto que se reúne cada martes. Me sonríen educadamente mientras se acomodan en su mesa habitual, pero puedo sentir sus miradas cuando me doy la vuelta. Las he oído cuchichear sobre mi pelo, sobre mis cristales, sobre esa vez que organicé una meditación grupal en el parque sin permiso.

«La chica rara de Portland».

Con un suspiro, empiezo a preparar el pedido que siempre hacen: cuatro tés de hierbas, dos cafés con leche descremada, y una

bandeja de scones de arándanos. La rutina es reconfortante, al menos.

Y entonces, porque el universo parece odiarme últimamente, o porque mi subconsciente es un traidor, la imagen de Liam Wellington aparece en mi mente. Tan nítida que casi puedo oler su aftershave caro, ese aroma a bosque y especias que parece seguirlo como una sombra.

Liam, con su traje perfectamente planchado y su ceño perpetuamente fruncido. Liam, que representa todo lo que me irrita: rigidez, convencionalismo, apego irracional a normas arbitrarias. Liam, que se niega obstinadamente a permitirme hacer lecturas de tarot en la cafetería porque «no es apropiado para la imagen del pueblo».

Liam, cuyos ojos grises a veces parecen contener tormentas enteras.

Sacudo la cabeza, intentando disipar su imagen. Es absurdo que su cara sea la que aparezca cuando pienso en... lo que sea que estaba pensando. Probablemente es porque me ha causado más dolores de cabeza que cualquier otra persona en Sunset Valley.

No tiene nada que ver con lo ancha que es su espalda bajo esos trajes caros, o cómo sus dedos largos sostienen esa pluma Mont Blanc cuando firma documentos, o la forma en que a veces, muy raramente, una sonrisa genuina transforma su rostro haciéndolo parecer diez años más joven.

No tiene nada que ver con eso. En absoluto.

Es solo que es el hermano de Cole, y ahora que Lauren y Cole están juntos, lo veo más a menudo. Es inevitable que piense en él. Como se piensa en una espina clavada en el pie. O en un dolor de muelas. O en cualquier otra cosa molesta pero imposible de ignorar.

El timbre del horno suena, rescatándome de mis pensamientos. Las galletas están listas, su aroma dulce y reconfortante llenando el aire. Algo que he creado con mis propias manos. Algo que aporta un poco de dulzura al mundo.

Quizás eso es suficiente por ahora. Quizás pertenecer es algo que se construye poco a poco, galleta a galleta, sonrisa a sonrisa. Quizás algún día, cuando lleve el tiempo suficiente aquí, cuando haya

servido suficientes tazas de café y compartido suficientes momentos, este pueblo también será mío.

Y si mientras tanto la imagen de cierto alcalde de ojos grises insiste en colarse en mis pensamientos... bueno, simplemente lo añadiré a la lista de misterios del universo que aun no comprendo.

Ni quiero comprender.

CAPÍTULO 4

LIAM

El papel que cubre la camilla de exploración cruje bajo mi peso mientras el Dr. Simmons estudia los resultados de mi electrocardiograma. El sonido parece amplificado en el silencio de la consulta, un recordatorio irritante de que estoy perdiendo tiempo valioso en esta visita innecesaria.

—Su ritmo cardíaco está ligeramente acelerado, señor Wellington —dice finalmente, quitándose las gafas para limpiarlas meticulosamente con un pañuelo—. Pero no veo signos de arritmia o cualquier otra anomalía cardíaca.

Frunzo el ceño, consultando disimuladamente mi reloj. Ya voy con retraso para mi reunión con el comité de planificación urbana.

—Entonces, ¿por qué siento estos episodios donde mi corazón parece acelerarse sin motivo? ¿Y las palpitaciones? ¿Y la dificultad para respirar?

El Dr. Simmons me observa por encima de sus gafas ahora impolutas, con esa mirada que los médicos parecen perfeccionar durante años de escuchar a pacientes que creen saber más que ellos.

—Señor Wellington, lo que usted está experimentando son síntomas clásicos de ansiedad.

—¿Ansiedad? —La palabra sale de mi boca como si fuera un insulto—. Doctor, con todo respeto, creo que está confundido. Yo no sufro de ansiedad. Soy el alcalde de este pueblo. Gestiono crisis constantemente sin pestañear.

—Precisamente —responde con una calma exasperante—. Según lo que me ha descrito, trabaja un mínimo de catorce horas diarias, duerme menos de cuatro horas por noche, ha cancelado sus últimas

tres vacaciones, y no recuerda la última vez que hizo algo puramente por placer.

Abro la boca para protestar, pero él levanta una mano, silenciándome con un gesto que, debo admitir, es impresionantemente efectivo.

—Su cuerpo está enviándole señales de alarma, señor Wellington. Estas palpitaciones, el insomnio, los episodios de respiración acelerada... son manifestaciones físicas de un sistema nervioso sobrecargado.

El crujido del papel vuelve a resonar cuando me muevo incómodo. Hay algo profundamente humillante en estar sentado aquí, semidesnudo bajo esta ridícula bata de hospital, mientras un hombre que probablemente trabaja la mitad de horas que yo me dice que no sé gestionar el estrés.

—Con todo respeto, doctor, no creo que entienda la presión a la que está sometido un cargo público. No puedo simplemente... desconectar.

—Al contrario —sonríe ligeramente—. Entiendo perfectamente la presión. Lo que usted no entiende es que el cuerpo humano no está diseñado para funcionar como una máquina. Ni siquiera el suyo, señor alcalde.

Algo en su tono, una mezcla de compasión y firmeza, me irrita profundamente. Como si yo fuera uno más de esos pacientes débiles que no pueden manejar las exigencias de la vida real.

—¿Cuál es su recomendación entonces? —pregunto, sin molestarme en ocultar mi escepticismo—. ¿Unas vacaciones en un spa? ¿Meditación? ¿Quizás debería comprarme unas mallas y hacer yoga?

El Dr. Simmons no se inmuta ante mi sarcasmo. En cambio, escribe algo en su recetario con la misma calma metódica con la que hace todo.

—De hecho, el yoga sería una excelente opción —dice, arrancando la hoja y extendiéndomela—. Pero empecemos por algo más básico: ocho horas de sueño, tres comidas completas al día, y al menos treinta minutos diarios de actividad física que disfrute. No como obligación, sino como placer.

Tomo la receta con reticencia. No es un medicamento, como esperaba. Es una lista de recomendaciones.

—Esto no es una receta —digo—. Es una lista de deseos.

—Es un tratamiento, señor Wellington —responde con firmeza—. Tan válido y necesario como cualquier medicamento que pudiera recetarle. Si fuera hipertenso, le diría que reduzca la sal. Si fuera diabético, le hablaría de controlar el azúcar. Usted sufre de ansiedad severa, y estas son las medidas necesarias.

Me pongo la camisa y anudo la corbata con movimientos precisos, buscando recuperar algo de la dignidad que siento haber perdido en esta consulta.

—Lo tendré en cuenta —respondo automáticamente, sabiendo que ambos entendemos la mentira implícita.

El Dr. Simmons suspira, un sonido que sugiere que ha tenido esta conversación cientos de veces.

—Señor Wellington, permítame ser franco. Si continúa a este ritmo, en seis meses volverá a mi consulta con problemas mucho más serios que unas palpitaciones. Su cuerpo está dándole avisos que usted está decidido a ignorar.

Por un momento, su tono me recuerda a mi padre. La misma mezcla de autoridad y decepción que siempre me hacía sentir como un fracaso, sin importar cuánto me esforzara.

—Tengo responsabilidades —digo, ajustándome los gemelos—. Un pueblo entero depende de mí.

—Y usted depende de este cuerpo —señala, tocándome brevemente el hombro—. Que ahora mismo le está suplicando un descanso.

Salgo de la consulta quince minutos después, con la inútil receta doblada en el bolsillo de mi americana y un humor considerablemente peor que cuando entré. El cielo de Sunset Valley está despejado, un azul perfecto que parece burlarse de mi irritación.

Ansiedad. El diagnóstico sigue resonando en mi cabeza como un insulto. Los Wellington no sufrimos de ansiedad. Los Wellington hacemos lo que hay que hacer, sin quejas, sin excusas. Mi padre dirigió este pueblo durante dos décadas mientras administraba un

rancho de 2,500 acres, y nunca necesitó «técnicas de respiración» o «actividad física placentera».

Consulto mi reloj: 9:42. Demasiado tarde para la reunión del comité, pero si me doy prisa, puedo llegar a tiempo para la videollamada con el congresista Miller. Acelero el paso, calculando mentalmente qué puntos debo tocar en la conversación para asegurar su apoyo en mi futura candidatura a gobernador.

Y entonces la veo.

Al otro lado de la calle, en el pequeño parque que separa el ayuntamiento de la biblioteca municipal, una figura familiar está... ¿haciendo yoga?

Iris Davis, con su pelo ahora de un tono lavanda pálido que brilla bajo el sol de la mañana, está perfectamente equilibrada en una postura que parece desafiar todas las leyes de la física. Su cuerpo forma una especie de arco imposible, con una pierna extendida hacia el cielo mientras sus manos se apoyan firmemente en una esterilla color turquesa.

Sin ser plenamente consciente de lo que hago, me detengo.

Lleva unos leggings de un tono que solo puede describirse como «atardecer», degradados del naranja al púrpura, y un top que deja al descubierto una franja de piel dorada en su abdomen. Está descalza, por supuesto. Siempre descalza, como si los zapatos fueran una convención social que ha decidido ignorar personalmente.

Lo más desconcertante no es lo que está haciendo, ni cómo lo está haciendo, sino la expresión en su rostro. Una mezcla de concentración y serenidad tan absoluta que parece fuera de lugar en alguien que normalmente irradia caos y movimiento constante.

Iris baja lentamente la pierna, fluyendo hacia otra postura con una gracia que me resulta hipnótica. No hay tensión en sus movimientos, ninguna de esa rigidez que reconozco en los míos propios. Es como si su cuerpo y la gravedad hubieran llegado a algún tipo de acuerdo privado.

Y entonces, como si sintiera mi mirada, abre los ojos y me mira directamente.

Por un instante, el tiempo parece detenerse. Hay algo en sus ojos, incluso a esta distancia, que me atraviesa como un rayo. Como si pudiera ver más allá de mi traje impecable, de mi postura perfecta, de la máscara que llevo tan cuidadosamente construida.

Debería seguir caminando. Debería ignorarla, como ignoro a la mayoría de los ciudadanos cuando estoy en camino a una reunión importante. Pero mis pies parecen haberse olvidado cómo moverse.

Entonces ella sonríe. No es la sonrisa desafiante que suele dirigirme durante nuestros enfrentamientos en el ayuntamiento. Es algo más suave, casi comprensivo. Y luego, sin romper el contacto visual, me saluda con una inclinación de cabeza tan elegante como la postura que acaba de ejecutar.

Asiento levemente en respuesta, un gesto mínimo que parece costarme un esfuerzo desproporcionado. Y finalmente, recordando quién soy y adónde me dirijo, reanudo mi camino.

Pero algo ha cambiado. Una pregunta se ha instalado en mi mente, tan persistente como las palpitaciones que me llevaron a la consulta del médico: ¿Qué se sentirá al ser así? ¿Al moverse por el mundo con esa libertad, esa despreocupación por lo que los demás puedan pensar?

Iris Davis, con sus mechas lavanda y sus posturas imposibles, parece existir en un universo paralelo donde las expectativas no pesan, donde las responsabilidades no asfixian, donde la vida fluye en lugar de marchar a paso militar.

Un universo tan ajeno al mío como las estrellas.

Mientras subo las escaleras del ayuntamiento, vuelvo a sentirlo. Ese pulso acelerado, esa presión en el pecho que el Dr. Simmons insiste en llamar ansiedad. Respiro profundamente, intentando controlarlo como he hecho siempre: a través de la pura fuerza de voluntad.

Pero por primera vez, me pregunto si hay otra forma. Si toda esa palabrería sobre «actividad placentera» y «técnicas de respiración» no es tan absurda como quiero creer.

Y por un instante fugaz, casi imperceptible, me permito imaginar cómo sería tenderme en una esterilla turquesa bajo el cielo abierto,

sentir el sol en la piel, y no preocuparme por nada excepto el ritmo de mi propia respiración.

La imagen es tan ajena a todo lo que soy que la descarto inmediatamente. Tengo una videollamada con un congresista. Tres reuniones después. Un discurso que preparar para la inauguración del nuevo centro comunitario.

No tengo tiempo para fantasías imposibles ni para prestar atención a mujeres que parecen haber nacido libres de las cadenas que el resto llevamos tan orgullosamente.

Y sin embargo, mientras camino por el pasillo hacia mi despacho, la imagen de Iris Davis, perfectamente equilibrada entre el cielo y la tierra, persiste en mi mente como un recordatorio de algo que no sabía que había perdido.

O peor aún, de algo que nunca tuve.

CAPÍTULO 5

IRIS

La carta del ayuntamiento de Sunset Valley reposa sobre la encimera de la cocina como una bomba a punto de estallar. La he mirado fijamente durante diez minutos completos, como si pudiera cambiar su contenido con la pura fuerza de mi indignación.

DENEGADO.

En mayúsculas, impreso en tinta roja. Imposible ignorarlo. Igual que las últimas cuatro veces.

—Es oficial —anuncio, levantando la carta para que Lauren pueda verla desde donde está limpiando la máquina de café—. Tu cuñado me odia.

La cafetería está vacía. Hemos cerrado hace media hora, y el sol de poniente tiñe las paredes de un cálido tono dorado que normalmente me encantaría. Pero hoy, ni siquiera la hermosa luz del atardecer de Montana puede mejorar mi humor.

Lauren se acerca, secándose las manos en el delantal, y coje la carta.

—No te odia, Iris —dice después de leerla—. Solo es... meticuloso con las normativas.

Arqueo una ceja.

—¿Meticuloso? ¿En serio? Cuatro solicitudes. Cuatro negativas. Todas firmadas personalmente por él —señalo la elegante firma al final de la página—. Esto ya no es «meticuloso». Esto es una vendetta.

Lauren suspira, devolviéndome la carta.

—Liam es complicado. Tiene una idea quizás demasiado «formal» de cómo debe ser Sunset Valley y...

—Y una hippie leyendo el tarot no encaja en su visión perfecta del pueblo —termino por ella, sintiendo cómo la frustración me sube por la garganta como ácido—. Lo entiendo. No encajo. Nunca encajo.

Mi voz se quiebra ligeramente al final, revelando más de lo que pretendía. Lauren me mira con esa mezcla de comprensión y preocupación que siempre me desarma.

—Encajas conmigo —dice suavemente, apretándome el brazo—. Encajas con Luna. Eres parte de nuestra familia, Iris. Y este pueblo empezará a verlo también. Solo necesitan tiempo.

El nudo en mi garganta se afloja un poco. Lauren siempre sabe qué decir. Siete años de amistad y sigue siendo la única persona que puede calmar el caos dentro de mí con unas pocas palabras.

—Es solo que... —busco las palabras correctas mientras me siento en uno de los taburetes de la barra—. El tarot no es solo un hobby para mí, Lauren. Es una conexión con mi madre. Es cómo proceso el mundo. Y resulta que también es la única cosa que puedo ofrecer aquí que es exclusivamente mía.

Mi madre, Melody, me enseñó a leer el tarot cuando tenía nueve años. Su mazo gastado, con bordes dorados y figuras místicas, era su posesión más preciada. Cuando murió, fue lo primero que cogí de su apartamento, antes incluso de enfrentarme a su ropa o sus pinturas. Ese mazo contiene más de ella que su urna de cenizas.

Lauren asiente, comprensiva. Ella entiende lo que significa perder a los padres. Lo que significa aferrarse a cualquier cosa que te mantenga conectado.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —pregunta, apoyándose en la barra—. ¿Enviar otra solicitud?

Alzo la vista de la carta y la miro directamente a los ojos.

—Voy a hacer que tu querido cuñado claudique —declaro, con una determinación que me sorprende incluso a mí misma—. Voy a encontrar la forma de molestarlo tanto que al final será más fácil para él aprobar mi solicitud que seguir negándomela.

Lauren suelta una carcajada.

—Oh, Dios mío. Pobre Liam.

—No te pongas de su parte —le advierto, aunque no puedo evitar sonreír ante su reacción—. Es un tirano en traje italiano.

—No estoy de parte de nadie —responde, alzando las manos en señal de rendición—. Solo digo que subestimas lo terco que puede ser un Wellington. Cole y él heredaron eso de su padre.

—Y tú subestimas lo terca que puede ser una Davis —replico, llevándome una mano al pecho con fingida indignación—. Mi madre organizó una sentada de tres días frente al ayuntamiento de Portland para que le permitieran hacen murales callejeros. Y ganó.

Lauren me mira con diversión mientras se quita el delantal y se sienta a mi lado.

—¿Y cuál es tu plan maestro? ¿Acampar frente a su casa? ¿Inundar su despacho con cartas del tarot? ¿Contratarle un stripper vestido de adivino?

Se me escapa una carcajada.

—Esa última idea tiene potencial —respondo, fingiendo considerarla seriamente—. Pero no. Necesito algo más... persistente. Algo que lo saque de quicio pero que no pueda prohibir legalmente como cuando me tuve que desencadenar del ayuntamiento.

Apoyo la barbilla en mi mano, pensativa. El sol se ha puesto completamente ahora, y las luces tenues de la cafetería crean un ambiente íntimo. Desde que abrimos hace unos meses, este espacio se ha convertido en mi refugio. Las paredes color crema con detalles en turquesa y dorado. Las estanterías repletas de tazas vintage. El rincón de lectura con sillones rescatados de tiendas de segunda mano. Todo aquí tiene una historia, un propósito, un significado.

Todo excepto ese espacio vacío en la esquina, donde había planeado colocar mi mesa de tarot.

—Tiene que haber algo —murmuro, más para mí misma que para Lauren—. Alguna forma de hacer que me escuche. De sacarlo de quicio.

Lauren me observa con una expresión que no logro descifrar.

—¿Por qué es tan importante para ti lo que Liam piense? —pregunta finalmente—. Hay otras maneras de conectar con el pueblo. La cafetería ya es un éxito. La gente viene por tus pasteles. Incluso ese grupo de ancianas del club de punto que solían mirarte como si fueras un alienígena ahora te piden por tu nombre.

La pregunta me descoloca. ¿Por qué me importa tanto lo que piense Liam Wellington? ¿Por qué me obsesiona que precisamente él me niegue esta parte de mí?

—No se trata de él —respondo, quizás demasiado rápido—. Se trata de principios. De que no puede simplemente decidir quién puede hacer qué y quién no en base a sus ideas preconcebidas.

—Ajá —dice Lauren, con ese tono que sugiere que ve más de lo que digo—. No tiene nada que ver con que te parezca atractivo.

—¿Qué? —Mi voz sube una octava—. Eso es... eso es ridículo. Liam Wellington es la antítesis de todo lo que me gusta. Es rígido, controlador, obsesionado con las normas...

—Y terriblemente atractivo —añade Lauren, con una sonrisa traviesa—. Admítelo, Iris. Una parte de ti disfruta provocándolo. Viendo cómo esa vena de su frente palpita cuando le desafías. Cómo sus ojos se oscurecen cuando te acercas demasiado.

Siento un calor inesperado subiendo por mi cuello hasta mis mejillas. Imágenes no invitadas invaden mi mente: Liam ajustándose la corbata en nuestro primer encuentro; Liam mordiéndose el labio mientras leía mis documentos; Liam, perfectamente equilibrado y contenido, la personificación del control... hasta que no lo es.

—Estás delirando —murmuro, desviando la mirada hacia la carta rechazada—. Y desviándote del tema. Necesito un plan.

Lauren se levanta, dirigiéndose hacia el tablón de anuncios comunitario que tenemos junto a la puerta. Arranca un folleto y me lo entrega.

—Si quieres volverte inolvidable para Liam, esto podría ayudar.

El papel amarillo anuncia: «Pleno Municipal Abierto - Ayuntamiento de Sunset Valley - Jueves 20:00h - Alcalde L. Wellington invita a los ciudadanos a participar en las decisiones de su comunidad».

—¿Un pleno municipal? —pregunto, sintiendo cómo una sonrisa comienza a formarse en mis labios—. ¿Una reunión pública donde cualquier ciudadano puede hablar?

—Sí. Exactamente. Donde cualquier ciudadano puede hablar y el alcalde está obligado a escuchar —confirma Lauren, con un brillo de complicidad en sus ojos—. Cole dice que Liam los odia. Que intenta

eliminarlos cada año del presupuesto pero el consejo se niega porque es «tradición».

Mi sonrisa se ensancha hasta convertirse en una expresión que probablemente parece la del Gato de Cheshire. Una reunión pública. Un alcalde obligado a escuchar. Un foro donde no puede ignorarme ni desecharme con una carta genérica.

Es perfecto.

—Lauren Morgan, eres un genio diabólico —declaro, levantándome de un salto y abrazándola—. Voy a convertirme en la participante más entusiasta de los plenos municipales que Sunset Valley haya visto jamás.

Lauren me devuelve el abrazo, riendo.

—Solo recuerda que técnicamente soy familia de los Wellington ahora. No puedo tomar partido.

—Por supuesto que no —respondo con falsa solemnidad—. Solo eres una ciudadana preocupada, compartiendo información pública con otra ciudadana preocupada. Nada sospechoso.

Lauren sacude la cabeza, divertida, mientras comenzamos a cerrar la cafetería.

—De verdad, Iris, solo intenta no romperlo completamente, ¿vale? Cole dice que ha estado más estresado de lo habitual últimamente.

Algo en su tono me hace detenerme.

—¿Estresado cómo?

—No lo sé exactamente —responde, apagando las luces de la cocina—. Cole mencionó algo sobre que tenía problemas para dormir, o algo así.

Por un instante, recuerdo a Liam caminando frente al parque hace unos días, mientras yo hacía yoga. Había algo en su mirada entonces. Una especie de... anhelo. Tan fuera de lugar en su rostro normalmente imperturbable que me desestabilizó momentáneamente.

—Bueno —digo, sacudiendo la imagen de mi mente—, quizá un poco de caos controlado sea exactamente lo que necesita el alcalde Wellington. Para sacarle de esa cabeza suya.

—O para volverlo completamente loco —murmura Lauren, cerrando la caja registradora—. Solo prométeme que no harás nada

que pueda acabar con alguno de los dos en la cárcel.

Me llevo una mano al corazón.

—Prometo solemnemente que mis intenciones son puramente cívicas —declaro, con mi mejor imitación de la voz pomposa de Liam —. Solo quiero participar activamente en la vida democrática de nuestra hermosa comunidad.

Lauren pone los ojos en blanco mientras nos dirigimos hacia la puerta trasera.

Necesito el enfoque perfecto. No puedo parecer simplemente una lunática obsesionada con el tarot. Tengo que ser estratégica. Medida. Implacable.

Necesito, irónicamente, ser tan meticulosa en mi caótica ofensiva como Liam lo es en su ordenada defensa.

El pensamiento me arranca una sonrisa. Si el universo tiene sentido del humor, y creo firmemente que lo tiene, no hay nada más poético que usar el propio orden de Liam contra él.

Me despido de Lauren con un abrazo antes de que ella se vaya a la cabaña en la que vive con Cole y yo suba a casa de la tía Helen sobre la librería.

Pero mientras me dirijo a mi habitación planificando mi venganza, no puedo evitar preguntarme si hay algo más. Si esta obsesión con desafiar a Liam Wellington no tiene menos que ver con el tarot y más con esa extraña energía que parece vibrar entre nosotros cada vez que estamos en la misma habitación.

Sacudo la cabeza, desterrando la idea. No. Esto es sobre mis principios. Sobre ganar. Sobre mi derecho a ser quien soy, incluso en este pequeño pueblo donde todo parece tener un lugar designado.

Y si una parte traicionera de mí está ansiosa por ver esa vena en la frente de Liam palpitar de nuevo... bueno, eso es solo un beneficio colateral.

CAPÍTULO 6

LIAM

Los plenos municipales abiertos son una tradición tan antigua como innecesaria. Una reliquia de los tiempos en que Sunset Valley era lo suficientemente pequeño para que las opiniones de todos sus habitantes pudieran escucharse en una sola noche. Por lo que, ahora, cada jueves del mes, durante dos horas infernales, cualquier ciudadano puede levantarse y expresar sus «preocupaciones comunitarias». Lo que en la práctica significa escuchar a Martha Henderson quejarse por decimocuarta vez del ruido que hacen los adolescentes en el parque, o a Gerald Thompson insistir en que necesitamos más señales de stop en calles que apenas ven tres coches al día.

He intentado eliminar esta reliquia del presupuesto municipal durante tres años consecutivos. Y durante tres años, el consejo me ha recordado amablemente la importancia de «mantener viva la democracia participativa».

Democracia participativa. Como si la auténtica democracia no consistiera en elegir representantes para que tomen decisiones informadas, en lugar de convertir el gobierno local en un micrófono abierto para aficionados.

Esta noche, sin embargo, todo está siendo sorprendentemente llevadero. Llevamos diez minutos y solo ha habido tres intervenciones, todas razonablemente breves. Quizás finalmente la gente ha entendido que existen canales más eficientes para...

La puerta de la sala se abre, y el tiempo parece detenerse.

Iris Davis entra como un torbellino de color en la sobria sala de plenos. Lleva un vestido hecho con retales de diferentes telas en tonos púrpura y dorado, y su pelo —¿cuándo se lo ha cambiado a

ese tono turquesa?— está recogido en un moño desordenado del que escapan mechones rebeldes. Colgando de su cuello hay al menos cinco collares diferentes, y sus brazos están cubiertos de pulseras que tintinean suavemente con cada movimiento.

Es como si alguien hubiera soltado un pavo real en una convención de contables.

Siento cómo mi presión arterial comienza a subir mientras ella recorre el pasillo central, completamente ajena (o indiferente) a las miradas que atrae. Se mueve con esa gracia despreocupada que me resulta tan desconcertante, como si el espacio se adaptara a ella y no al revés.

Se sienta en primera fila —por supuesto que lo hace— y me mira directamente con una sonrisa que solo puedo describir solo como diabólicamente inocente.

Este pleno acaba de complicarse exponencialmente.

Joder.

—Continuando con el punto tres del orden del día —digo, intentando mantener mi voz firme y profesional—, pasamos a la propuesta sobre la renovación del alumbrado público en...

—Disculpe, señor alcalde —interrumpe una voz que reconocería en cualquier parte—. ¿No deberíamos presentarnos primero? Para los que venimos por primera vez.

Iris levanta la mano como una colegiala, pero su expresión tiene poco de inocente. Sus ojos brillan con lo que solo puedo describir como picardía premeditada.

—Las presentaciones no son necesarias, señorita Davis —respondo con toda la calma que puedo reunir—. Este no es un evento social, sino un pleno municipal.

—Pero, ¿cómo sabrán los demás ciudadanos quién está hablando? —insiste, mirando alrededor como si buscara apoyo—. La transparencia es fundamental en la democracia, ¿no cree?

Puedo sentir una vena palpitando en mi sien. Respiro hondo, recordando que estoy frente a una sala llena de ciudadanos y que cada gesto está siendo observado.

—Cuando sea su turno de palabra, podrá presentarse —digo, intentando zanjar el asunto—. Ahora, como decía, la renovación del

alumbrado...

—¿Y cuándo será mi turno exactamente? —vuelve a interrumpir —. Es que tengo varias propuestas y quiero asegurarme de tener tiempo para todas.

Varias propuestas. Dios santo.

—Las intervenciones ciudadanas están programadas para el final del pleno, señorita Davis —respondo, y noto cómo mi voz adquiere un filo que rara vez me permito en público—. Si pudiera esperar pacientemente, se lo agradecería.

Ella asiente, aparentemente satisfecha, y yo vuelvo a mis notas. Pero ahora soy dolorosamente consciente de su presencia. De cómo juguetea con uno de sus collares mientras me observa. De cómo cruza y descruza las piernas bajo ese vestido imposible. De cómo sus ojos nunca abandonan mi rostro.

Es como intentar dar una conferencia mientras alguien sostiene un caleidoscopio frente a ti.

Los siguientes cuarenta minutos son un ejercicio de resistencia. Logro avanzar por los puntos del orden del día, pero cada cierto tiempo, Iris encuentra una forma de interrumpir. Ya sea con una «pregunta aclaratoria» que no tiene nada que ver con el tema, o con un comentario supuestamente constructivo que descarrila completamente la discusión.

—Respecto al presupuesto para el baile de primavera —digo, consultando los documentos frente a mí—, la comisión propone un incremento del cinco por ciento para...

—¿Solo un cinco por ciento? —interviene Iris, sin molestarse en levantar la mano esta vez—. ¿No cree que la celebración de la vida merece un poco más de inversión, señor alcalde? El arte y la cultura son el alma de una comunidad.

—Agradezco su entusiasmo, señorita Davis —respondo, sintiendo cómo mi mandíbula se tensa—, pero el presupuesto municipal tiene limitaciones que deben respetarse.

—¿Y quién decide esas limitaciones? —pregunta, inclinándose hacia adelante en su asiento—. Porque si gastáramos menos en, no sé, repintar las líneas de aparcamiento cada seis meses, tendríamos

más para cosas que realmente importan. Como festivales. O arte comunitario. O lecturas de tarot en espacios públicos.

Ahí está. El verdadero motivo de su presencia.

—Las prioridades presupuestarias son decididas por este consejo en base a las necesidades documentadas del municipio —respondo, sabiendo que estamos bailando alrededor del verdadero tema—. Y las líneas de aparcamiento son una cuestión de seguridad vial, no un capricho estético.

Ella pone los ojos en blanco de una manera tan teatral que casi puedo escuchar el gesto.

—Por supuesto. La seguridad siempre primero —dice, con un tono que sugiere exactamente lo contrario—. Aunque me pregunto si la verdadera seguridad no está en fomentar el bienestar espiritual de los ciudadanos tanto como su bienestar físico.

Esta mujer va a ser mi perdición.

El pleno continúa así, en una especie de duelo verbal donde cada punto del orden del día se convierte en un campo de batalla. Para cuando llegamos al turno de intervenciones ciudadanas, estoy mentalmente agotado y físicamente tenso, como si hubiera estado conteniendo una explosión durante horas.

—Y ahora —digo, con un disgusto que no me molesto en disimular—, pasamos al turno abierto de intervenciones. Señorita Davis, ya que ha mostrado tanto interés, ¿le gustaría ser la primera?

Ella se levanta con una sonrisa radiante que me desconcierta momentáneamente. Es como mirar directamente al sol después de haber estado en la penumbra.

—Gracias, alcalde Wellington —dice, avanzando hacia el micrófono central—. Soy Iris Davis, copropietaria de Vintage Valley Café y ciudadana preocupada por el bienestar holístico de nuestra comunidad.

Se detiene, y por un momento casi parece nerviosa, algo tan fuera de su carácter que me hace prestar más atención.

—Estoy aquí para hablar sobre la importancia de la diversidad cultural en nuestro pueblo —comienza, y su voz adquiere una cualidad más suave, más sincera—. Sunset Valley es un lugar con una rica historia y tradiciones maravillosas. Pero para que una

comunidad prospere verdaderamente, debe estar abierta a nuevas ideas, nuevas perspectivas, nuevas formas de conectar.

Algo cambia en su expresión mientras habla. La picardía desafiante da paso a una pasión genuina que, debo admitir, resulta cautivadora.

—El tarot, por ejemplo, no es solo una forma de adivinación como algunos piensan —continúa, y noto que ya no me mira directamente, sino que se dirige a toda la sala—. Es una herramienta de introspección, un lenguaje simbólico que nos ayuda a procesar emociones y posibilidades. Es arte, psicología y tradición cultural todo en uno.

La observo mientras habla, gesticulando con esas manos siempre en movimiento, iluminándose desde dentro con cada palabra. Y me encuentro escuchando, realmente escuchando, no solo esperando mi turno para rebatir.

—Mi madre me enseñó a leer el tarot cuando tenía nueve años —dice, y hay una vulnerabilidad en su voz que nunca había oído antes —. Era su forma de enseñarme que la vida está llena de posibilidades, de caminos que se abren y se cierran, de decisiones que nos transforman. Cuando ella murió, sus cartas fueron lo único que me quedó de ella.

Un silencio cae sobre la sala. Incluso Martha Henderson, que normalmente aprovecha cualquier pausa para quejarse del volumen de la música en la heladería, parece conmovida.

—Todo lo que pido es poder compartir esta tradición con nuestra comunidad —concluye Iris, y sus ojos vuelven a encontrarse con los míos—. Ofrecer un pequeño rincón en mi cafetería donde las personas puedan explorar posibilidades, conectar con su intuición, quizás ver su vida desde una perspectiva diferente. ¿No es eso lo que hace que un pueblo sea más que un conjunto de edificios? ¿La disposición a crecer, a explorar, a estar abiertos a lo nuevo?

Termina su intervención, y durante un momento la sala permanece en silencio. Luego, para mi sorpresa, alguien comienza a aplaudir. Es la señora Peterson, de todas las personas. Una mujer que he visto con sombrero en misa todos los domingos durante toda mi vida.

Otros se unen, y pronto la mitad de la sala está aplaudiendo. Iris hace una pequeña reverencia, como una actriz al final de una obra, y regresa a su asiento con esa gracia fluida que parece desafiar la gravedad.

Me aclaro la garganta, intentando recuperar el control de la situación.

—Gracias, señorita Davis, por compartir sus... inquietudes —digo, y mi voz suena extraña incluso a mis propios oídos—. El ayuntamiento toma nota de su petición.

El resto del pleno transcurre como en una niebla. Otras personas hablan, se discuten más puntos, pero mi mente sigue volviendo a la expresión de Iris cuando habló de su madre. A la sinceridad que brillaba en sus ojos. A la forma en que el pueblo —mi pueblo— respondió a ella.

Cuando finalmente doy por concluida la sesión, me siento física y emocionalmente drenado, como después de una maratón para la que no me había preparado adecuadamente.

Recojo mis documentos mientras la sala se vacía gradualmente. Varios ciudadanos se detienen para hablar con Iris, que responde con esa calidez efervescente que parece irradiar. La observo por el rabillo del ojo, notando cómo parece iluminar el espacio a su alrededor, cómo las personas se van un poco más erguidas, un poco más sonrientes después de interactuar con ella.

Es un talento que no puedo negar, por mucho que me irrite.

Cuando el último ciudadano se marcha, nos quedamos solos en la sala. Ella está recogiendo su bolso, un enorme saco de tela con bordados que parece contener suficientes objetos para sobrevivir a un apocalipsis.

—Eso ha sido bastante efectivo —digo, acercándome a ella—. La historia de tu madre. El llamamiento a la diversidad cultural. Los aplausos. Muy teatral.

Levanta la mirada, y por un instante veo dolor real en sus ojos. Me golpea como un puñetazo en el estómago.

—No era teatro —responde, y su voz adquiere un filo duro—. Cada palabra que dije es verdad. Que tú seas incapaz de reconocer la sinceridad cuando la ves dice más de ti que de mí, alcalde.

Siento una punzada de vergüenza que me desconcierta. No estoy acostumbrado a sentirme avergonzado. Los Wellington no se disculpan. Los Wellington tienen convicción.

—Mi trabajo es proteger los intereses de este pueblo —digo, aferrándome a mi justificación habitual—. Y eso incluye mantener cierta... imagen.

—¿Y qué imagen es esa exactamente? —pregunta, dando un paso hacia mí—. ¿La de un lugar donde todos piensan igual? ¿Donde nada cambia nunca? ¿Donde las «tradiciones» solo cuentan si tienen más de cien años?

Está tan cerca que puedo distinguir las distintas tonalidades de verde y dorado en sus ojos. Tan cerca que su aroma —pachulí, vainilla, algo cítrico que nunca logro identificar— me envuelve completamente.

—Hay procedimientos para todo —respondo, consciente de que estamos desviándonos del tema—. Si quieres añadir servicios a tu negocio, hay formas adecuadas de solicitarlo.

—Lo he hecho. Cuatro veces —dice, alzando cuatro dedos frente a mi rostro—. Y cuatro veces has encontrado alguna razón burocrática para denegarla. Admítelo, Liam. Esto no tiene nada que ver con los procedimientos. Tiene que ver con que no encajo en tu visión perfectamente ordenada de Sunset Valley.

Ha usado mi nombre de pila. No «alcalde Wellington» o «señor alcalde», sino Liam. Simple, directo, personal. Y por alguna razón, ese pequeño detalle me desestabiliza más que toda su argumentación.

—No se trata de que encajes o no —digo, y mi voz suena más defensiva de lo que pretendo—. Se trata de normativas y precedentes.

Ella suelta una risa breve y seca.

—Por favor. Si Lauren quisiera leer poemas en la cafetería, o Henry quisiera dar charlas sobre flora autóctona, les darías el permiso sin pestañear. Pero como se trata de la hippie loca y sus cartas místicas, de repente hay «normativas y precedentes».

Tiene razón, y lo sabe. Y lo que es peor, yo también lo sé. Pero admitirlo sería rendirme, y los Wellington nunca se rinden.

—Mira —dice, cambiando sorprendentemente de tono—. Hagamos un trato. Aprueba mi solicitud para las lecturas de tarot, y te prometo que no volveré a aparecer en otro pleno municipal. Nunca más.

Arqueo una ceja, desconcertado por este giro hacia lo pragmático.

—¿Me estás... chantajeando?

—Lo llamo negociación creativa —responde, con una sonrisa que podría derretir glaciares—. Tú obtienes paz y tranquilidad en tus preciosos plenos y en tu vida, y yo obtengo mi rincón de tarot. Todos ganamos.

La propuesta es tentadora. Más tentadora de lo que debería ser. No más Iris interrumpiendo cada punto del orden del día. No más comentarios irreverentes descarrilando discusiones serias. No más distracción de color y movimiento en una sala diseñada para ser sobria y funcional.

Pero ceder ante ella sería admitir que tiene poder sobre mí. Y esa es una pendiente demasiado resbaladiza.

—Lo siento, señorita Davis, pero no puedo permitir que las políticas municipales sean dictadas por amenazas de interrupción —respondo, intentando sonar firme y profesional—. Tu solicitud será evaluada por sus propios méritos, no como moneda de cambio.

Su sonrisa se desvanece, y algo cambia en sus ojos. Una determinación que, debo admitir, encuentro tanto irritante como... impresionante.

—Bien —dice, dando otro paso hacia mí—. Entonces supongo que nos veremos en cada pleno a partir de ahora. Jueves tras jueves. Mes tras mes. Tengo muchas opiniones sobre cómo debería funcionar este pueblo, alcalde Wellington. Y ahora sé exactamente dónde expresarlas.

Estamos tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo. Tan cerca que veo cómo su pulso late visiblemente en la base de su garganta. Tan cerca que sería ridículamente fácil inclinarme y...

—Y tengo tantas ideas —continúa, aparentemente ajena al caos que está provocando dentro de mí—. Sobre el color de los bancos del parque. Sobre la altura permitida para los setos. Sobre la

necesidad urgente de un festival de danza del vientre en la plaza principal.

—No te atreverías —murmuro, inclinándome imperceptiblemente hacia ella.

—Pruébame —responde, alzando la barbilla en ese gesto desafiante que he llegado a asociar exclusivamente con ella.

Estamos nariz con nariz ahora, respirando el mismo aire, atrapados en algún tipo de duelo silencioso que tiene poco que ver con permisos municipales y mucho con algo que no me atrevo a nombrar.

—Señor Wellington, olvidé estos informes que necesitan su... Oh.

La voz de Margaret rompe el hechizo como un cubito de hielo deslizándose por la espalda. Doy un paso atrás tan bruscamente que casi tropiezo con una silla, mientras Iris se gira con una naturalidad que me resulta enervante.

—Margaret, qué alegría verte —dice, como si no acabara de estar a punto de... lo que sea que estábamos a punto de hacer—. Estábamos teniendo un debate muy productivo sobre participación ciudadana.

Margaret nos mira alternativamente, con esa expresión de quien sabe exactamente lo que ha interrumpido, pero es demasiado profesional para comentarlo.

—Por supuesto —responde, dejando los documentos sobre la mesa más cercana—. No quería interrumpir. Solo pasaba a dejar estos informes que necesitan su firma antes de mañana.

—Gracias, Margaret —digo, intentando que mi voz suene normal —. Yo... los revisaré esta noche.

Margaret asiente y se retira, no sin antes lanzarnos una última mirada curiosa.

Cuando volvemos a estar solos, el ambiente ha cambiado. La tensión sigue ahí, pero ahora está teñida de algo más. Vergüenza. Confusión. La sensación incómoda de haber sido sorprendidos haciendo algo que no deberíamos.

—Bueno —dice Iris, recogiendo su bolso gigantesco—, ha sido un pleno fascinante. Deberíamos hacerlo más a menudo. Oh, espera, vamos a hacerlo. Todos los jueves. Qué emoción.

Hay un brillo en sus ojos que me desafía a responder, a continuar nuestra batalla verbal. Pero de repente me siento agotado. Como si toda la energía que normalmente me sostiene a través de largas jornadas de trabajo se hubiera evaporado en esos minutos intensos.

—Buenas noches, señorita Davis —digo finalmente, refugiándome en la formalidad como quien se pone una armadura.

—Buenas noches, alcalde Wellington —responde, haciendo una pequeña reverencia burlona antes de dirigirse hacia la puerta.

Se detiene en el umbral, girándose para mirarme una última vez.

—Por cierto, me gusta ese color que aparece en tus mejillas cuando te enfadas —dice, con una sonrisa que debería ser ilegal—. Combina perfectamente con la vena de tu frente.

Y con eso se va, dejando tras de sí una estela de color, aroma y desorden que contrasta violentamente con la sobriedad de la sala de plenos.

Me dejo caer en la silla más cercana, sintiendo el pulso acelerado y la respiración irregular que el Dr. Simmons diagnosticaría como ansiedad. Pero no es ansiedad, me digo. Es irritación. Frustración perfectamente justificada ante una ciudadana disruptiva.

No tiene nada que ver con la forma en que sus ojos brillan cuando está apasionada por algo. O cómo su voz se suaviza cuando habla de cosas que le importan. O cómo su presencia parece llenar cualquier espacio con una vitalidad casi tangible.

No tiene nada que ver con eso. En absoluto.

Y, sin embargo, mientras recojo mis documentos y me preparo para irme, no puedo evitar preguntarme si el próximo jueves llegará demasiado pronto o no lo suficientemente rápido.

CAPÍTULO 7

LIAM

El hielo tintinea suavemente contra el cristal mientras giro el vaso de whisky entre mis dedos. La oficina del senador Harrison es exactamente lo que cabría esperar: madera oscura, cuero envejecido, y suficientes cabezas de animales disecados como para poblar un pequeño zoológico. El tipo de lugar donde se toman decisiones que afectan a miles de personas mientras se fuma puros prohibidos.

—Entonces, Wellington, ¿cómo va todo en ese pintoresco pueblo tuyo? —pregunta Harrison, un hombre de sesenta y tantos con el tipo de bronceado que solo se consigue en campos de golf exclusivos—. ¿Ya te has decidido a dar el salto?

«Ese pintoresco pueblo tuyo.» Como si Sunset Valley fuera una curiosidad, un trampolín, no el hogar desde hace generaciones de mi familia, ni de personas que aprecio y admiro. Pero sonrío y asiento, porque así es como funciona el juego.

—Las cosas van bien, senador. Y sí, estoy considerando seriamente presentarme a gobernador en las próximas elecciones.

Harrison intercambia una mirada con Jenkins, el otro hombre en la habitación. Jenkins, director del comité estatal, es el tipo de político que nunca ha ocupado un cargo electo pero que tiene más poder que la mayoría de los que sí. El hombre que decide quién recibe apoyo del partido y quién queda relegado a la oscuridad.

—Nos alegra oírlo —dice Jenkins, inclinándose hacia adelante—. Hemos estado observando tu carrera con interés, Liam. Eres joven, atractivo, con un historial impecable, un apellido con peso histórico... Eres exactamente el tipo de candidato que necesitamos para recuperar la mansión del gobernador.

El cumplido debería complacerme. Es, después de todo, exactamente lo que he estado trabajando para conseguir durante años. Sin embargo, hay algo en la forma clínica en que enumera mis cualidades, como si fuera ganado en una subasta, que me provoca una incómoda presión en el pecho. Como si todos mis atributos fuesen una farsa para engañar a los votantes.

—Aprecio la confianza —respondo con una sonrisa cuidadosamente calibrada—. Y tengo algunas ideas sobre cómo podríamos abordar los desafíos que enfrenta el estado.

—Por supuesto que las tienes —Harrison hace un gesto desdeñoso con la mano—. Pero antes de entrar en plataformas y políticas, necesitamos hablar de imagen y momentos.

—¿Momentos? —pregunto, aunque ya sé a dónde va.

—Momentos definitorios, hijo —explica, como si estuviera hablando con un niño—. La gente no vota políticas. Vota historias. Necesitamos que tu nombre esté asociado con un gran éxito, algo que demuestre tu capacidad para gestionar, para unir a la gente.

Jenkins asiente vigorosamente.

—Y creemos que tenemos la oportunidad perfecta —dice, sacando una carpeta de su maletín—. El Circuito Nacional de Rodeo está buscando una sede para un evento especial este verano. Un gran espectáculo que atraería a miles de visitantes y cobertura mediática nacional.

Abro la carpeta. Dentro hay un dossier detallado sobre una propuesta para traer el rodeo a Montana, específicamente a un condado rural que pueda ofrecer «autenticidad western» sin la saturación turística de los destinos habituales.

—¿Quieren que celebremos el Circuito Nacional de Rodeo en Sunset Valley? —pregunto, intentando que mi tono no revele mi sorpresa—. Nunca hemos organizado algo de esa magnitud.

—Exactamente —Harrison sonríe, mostrando dientes demasiado blancos para ser naturales—. Es la oportunidad perfecta para ponerte en el mapa. Imagina los titulares: «El joven alcalde Wellington transforma su pequeño pueblo en el epicentro del rodeo nacional». Demostrarías capacidad organizativa, visión económica, y atraerías la atención de todo el estado.

La idea es tan audaz como intimidante. Sunset Valley tiene un rancho histórico —el Wellington Ranch, propiedad de mi familia desde hace generaciones— y suficiente tierra para acoger el evento, pero nuestra infraestructura está diseñada para 2,000 residentes, no para los 15,000 visitantes que proyecta el dossier.

—Es una propuesta interesante —digo, midiendo mis palabras—. Pero nuestro pueblo nunca ha albergado un evento de esta escala. Tendríamos que hacer mejoras significativas en infraestructura, seguridad, alojamiento...

—Detalles, detalles —interrumpe Harrison con impaciencia—. Para eso están los comités y los equipos. Lo importante es la visión, el liderazgo. Tú obtienes la sede, anuncias el proyecto, y te conviertes en el hombre que puso Sunset Valley en el mapa.

—La competencia será feroz —advierte Jenkins—. Media docena de condados estarán compitiendo por esto. Pero tenemos contactos. Podemos inclinar la balanza a tu favor si demuestras compromiso total.

La presión en mi pecho aumenta. Un rodeo nacional en Sunset Valley. La transformación completa de nuestro tranquilo pueblo en un espectáculo turístico. Los beneficios económicos serían considerables, sin duda, pero también los riesgos. Y conozco a mi comunidad: algunos recibirían la idea con entusiasmo, mientras que otros la verían como una amenaza a nuestro modo de vida.

—Necesitaría consultar con el consejo municipal —digo finalmente —. Hay muchas consideraciones logísticas y presupuestarias.

Harrison suelta una carcajada que suena como papel de lija.

—Eres el alcalde, por Dios santo. No pidas permiso, Liam. Muestra visión. Preséntales el proyecto como un hecho, no como una pregunta. Los políticos exitosos no consultan a cada paso; crean narrativas que otros siguen.

Tomo un sorbo de whisky, dejando que el ardor me centre. La propuesta es ambiciosa, posiblemente transformadora para Sunset Valley. Pero también es un riesgo enorme, personal y político. Si fracasa, mi carrera podría terminar antes de despegar realmente. Si tiene éxito...

—Hay otra opción —sugiere Jenkins, interpretando correctamente mi silencio—. Podrías esperar al siguiente ciclo electoral para buscar tu momento definitorio. Claro que, para entonces, quizás ya hayamos encontrado a otro candidato prometedor.

La amenaza velada no podría ser más clara. Es ahora o nunca.

—Presentaré la candidatura de Sunset Valley para el rodeo —digo, y las palabras saben a compromiso y ambición a partes iguales—. Será un evento que nadie olvidará.

Las sonrisas satisfechas de ambos hombres me confirman que he dicho lo correcto, aunque mi estómago parece no estar de acuerdo.

—Excelente —Harrison se levanta, dando por terminada la reunión—. Estaremos pendientes de tus progresos. Necesitarás formar un comité organizador fuerte, conseguir apoyos locales. No nos decepciones, Wellington.

Durante el trayecto de vuelta a Sunset Valley, intento ignorar el zumbido en mis oídos y la sensación de que acabo de firmar un contrato del que no he leído la letra pequeña. Las montañas de Montana se perfilan contra el cielo del atardecer, majestuosas e impasibles ante las pequeñas ambiciones humanas.

Para cuando llego al ayuntamiento, la presión en mi pecho se ha convertido en un dolor sordo y mi cabeza late con preguntas sin respuesta. ¿Cómo voy a convencer al pueblo de transformar completamente su rutina por un evento efímero? ¿Cómo equilibro mis ambiciones con el bienestar de una comunidad que valora la tranquilidad por encima de todo?

—Buenas tardes, señor —me saluda Margaret cuando entro—. El comité de presupuesto ha dejado los informes que solicitó, y tiene una llamada pendiente con el departamento de transportes sobre el puente de Pine Creek.

—Gracias, Margaret —respondo automáticamente—. Estaré en mi despacho en un momento.

En lugar de dirigirme allí, sin embargo, giro hacia el pasillo y entro en el baño. Necesito un momento. Solo un momento para reorganizar mis pensamientos.

El agua fría contra mi rostro debería ser reconfortante, pero apenas la siento. Mi corazón late demasiado rápido, como si acabara

de correr una maratón en lugar de mantener una conversación civilizada. El espejo me devuelve la imagen de un hombre que parece perfecto en la superficie —traje impecable, cabello cuidadosamente peinado, postura erguida— pero cuyos ojos traicionan algo más.

Miedo. Pánico. Duda.

No. No es eso. Los Wellington no dudan. Los Wellington avanzan, sin importar el obstáculo.

Apoyo las manos en el lavabo y respiro hondo, intentando calmar el ritmo frenético de mi pulso. «Técnicas de respiración», había escrito el Dr. Simmons. Inhala por la nariz contando hasta cuatro. Mantén el aire. Exhala por la boca contando hasta seis.

Es ridículo que esté aquí, escondido en un baño, practicando ejercicios de respiración como un estudiante antes de un examen. Soy el alcalde más joven en la historia de Sunset Valley. He manejado crisis presupuestarias, disputas territoriales y desastres naturales sin pestañear.

Puedo manejar un maldito rodeo nacional.

Pero mientras me repito eso, otra voz en mi cabeza —una voz que suena sospechosamente como la de mi padre— susurra: «Solo si es perfecto. Un Wellington no puede permitirse cometer errores. Un Wellington no puede fallar.»

Necesito serenarme.

Cierro los ojos y, por un instante, veo la imagen de Iris haciendo yoga en el parque. La serenidad en su rostro. La forma en que su cuerpo parecía moverse con el viento en lugar de contra él.

¿Qué diría ella de todo esto? Probablemente algo sobre energías y fluir con el universo y otras tonterías *new age*. Pero quizás —y este pensamiento es más perturbador de lo que debería— quizás tendría razón.

No. La rigidez vuelve a instalarse en mi columna vertebral como un corsé familiar. Esa mujer representa todo lo que he rechazado en mi vida: desorden, imprevisibilidad, vulnerabilidad pública. No tiene nada que enseñarme.

Ajusto mi corbata, paso una mano por mi cabello, y me preparo para volver a ser el alcalde Wellington. El dolor en mi pecho sigue

ahí, pero lo ignoro. Con el tiempo desaparecerá. Siempre lo hace.

Cuando salgo del baño, mi máscara está firmemente en su lugar. Mi paso es seguro, mi voz firme mientras respondo a los saludos de los empleados municipales. Nadie necesita saber que, durante unos minutos, el control que define mi existencia estuvo a punto de resquebrajarse.

Y nadie, absolutamente nadie, necesita saber que, por un breve instante, deseé ser el tipo de persona que puede tumbarse en el césped del parque sin preocuparse por arrugar su traje o manchar su reputación.

Porque esa persona —libre, despreocupada, auténtica— nunca podría ser gobernador.

Y ser gobernador es lo que siempre he querido.

¿Verdad?

CAPÍTULO 8

IRIS

La barbacoa dominical de la familia Wellington está en pleno apogeo cuando Lauren y yo llegamos. El amplio jardín del rancho familiar está lleno de mesas perfectamente dispuestas, con manteles a cuadros rojos y blancos que ondean suavemente con la brisa primaveral. El aroma a carne a la brasa impregna el aire, mezclándose con el perfume de las flores silvestres que Dorothy ha colocado estratégicamente en jarrones de cristal.

No es mi primera vez aquí, por supuesto. Los Wellington son famosos por sus barbacoas abiertas al pueblo, una tradición tan antigua como el propio Sunset Valley. Pero hay algo diferente en el ambiente hoy, una especie de electricidad expectante que no logro identificar.

No es que tenga ganas de ver a Liam.

Por supuesto que no.

—¡Lauren! ¡Iris! —la voz cálida de Dorothy Wellington nos alcanza antes de verla. Emerge de entre un grupo de invitados con su elegancia habitual, vestida con un sencillo vestido azul que de alguna manera consigue que parezca sofisticado y acogedor a la vez —. ¡Qué alegría que hayáis podido venir!

Nos envuelve a ambas en un abrazo fragante a lavanda y canela, el aroma que siempre asocio con ella. Desde que nos conocimos, Dorothy ha sido sorprendentemente cálida conmigo, considerando que su hijo mayor y yo nos pasamos la vida discutiendo.

—No me perdería vuestras famosas costillas por nada del mundo —respondo con una sonrisa genuina.

—Ni la tarta de manzana —añade Lauren, que ya busca con la mirada a Cole entre la multitud.

Dorothy entrelaza su brazo con el mío, guiándome hacia las mesas mientras Lauren se escapa para reunirse con Cole y con Luna.

—¿Sabes? —me dice en voz baja, con un tono conspirador—. Daniel está convencido de que acabarás incendiando el ayuntamiento un día de estos. Le he dicho que, si lo hicieras, al menos tendría estilo.

Suelto una carcajada. Esta es una de las razones por las que adoro a Dorothy: tiene el humor sutil pero afilado que uno no esperaría en la matriarca de la familia más antigua del pueblo.

—No le des ideas —responde una voz masculina detrás de nosotras—. Ya tiene suficientes por sí sola.

Me giro para encontrarme con Liam, impecablemente vestido incluso para una barbacoa informal. Camisa azul claro perfectamente planchada, pantalones chinos sin una arruga, y ese aire de control absoluto que siempre parece acompañarlo. Aunque hoy hay algo distinto en él. Una tensión en su mandíbula, una rigidez en sus hombros que va más allá de su habitual compostura.

—Hijo —le reprende suavemente Dorothy—, ¿dónde están tus modales? Iris es nuestra invitada.

—Soy perfectamente consciente de quién es la señorita Davis, madre —responde él, con ese tono formal que me provoca ganas instantáneas de desordenarle el pelo—. Su presencia es... inolvidable.

No sé si es un cumplido o un insulto, así que opto por sonreír ampliamente.

—Lo mismo digo, alcalde Wellington. Siempre es un placer verte fuera de tu hábitat natural. ¿Te duele no llevar corbata? ¿Tienes síntomas de abstinencia?

Dorothy ahoga una risa, y juraría que veo un destello de diversión en los ojos de Liam antes de que su expresión vuelva a cerrarse.

—Si me disculpáis —dice, ajustándose innecesariamente los puños de la camisa—, tengo que ayudar a mi padre con la parrilla.

Lo observo alejarse, tan rígido como siempre. Pero hay algo más en su forma de caminar hoy. Como si llevara un peso invisible sobre los hombros.

—No se lo tomes a mal —dice Dorothy, apretando suavemente mi brazo—. Está más tenso que de costumbre. Asuntos del ayuntamiento.

—¿Cuándo no lo está? —respondo, aunque siento una inexplicable punzada de preocupación.

Dorothy me mira con una expresión que no logro descifrar del todo, como si pudiera ver algo que yo estoy pasando por alto.

—Sabes, Iris —dice finalmente—, me alegro mucho de que hayas entrado en su vida. Hacía años que no veía a mi hijo tan... despierto.

—¿Despierto? —repito, confundida—. Creo que la palabra que buscas es «irritado».

Ella sonríe, un gesto suave y conocedor que me recuerda a mi propia madre.

—A veces necesitamos a alguien que nos irrite lo suficiente para hacernos sentir algo. Lo que sea.

Antes de que pueda procesar la declaración, Luna aparece corriendo, con el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas por el juego.

—¡Tía Iris! ¡Tienes que venir a ver los potrillos! ¡El abuelo Daniel dice que puedo montar uno cuando sea mayor!

Me dejo arrastrar por la pequeña, agradecida por la interrupción. Las palabras de Dorothy me han dejado extrañamente inquieta, como si hubiera tocado algo dentro de mí que preferiría dejar sin examinar.

La tarde avanza entre risas, conversaciones y excelente comida. Luna va de un grupo a otro, encantando a todos con su energía inagotable. Lauren y Cole están sentados bajo un arce, tan absortos el uno en el otro que podrían estar solos en el universo. Los habitantes del pueblo disfrutan de la hospitalidad Wellington, creando ese ambiente de comunidad que, debo admitir, es una de las cosas que más me gusta de Sunset Valley.

Estoy sirviendo mi segundo plato de ensalada de patata cuando Daniel Wellington golpea su copa con una cucharilla, reclamando la atención de todos. Es una versión mayor de Liam: mismo porte autoritario, mismos ojos penetrantes, misma expresión de quien está acostumbrado a que sus palabras tengan peso.

—Amigos, vecinos, familia —anuncia con voz potente—. Gracias a todos por acompañarnos hoy. Como muchos sabéis, los Wellington hemos sido parte de este pueblo desde su fundación. Y hoy, tengo el orgullo de anunciar que mi hijo Liam ha logrado algo extraordinario para todos nosotros.

Las conversaciones cesan. Todos los ojos se vuelven hacia Liam, que se encuentra junto a su padre, con expresión impasible aunque ligeramente tensa.

—El Circuito Nacional de Rodeo —continúa Daniel— está considerando a Sunset Valley como sede para su evento especial de este verano.

Un murmullo de asombro recorre el jardín. El Circuito Nacional es la liga mayor del rodeo, algo que normalmente solo las grandes ciudades pueden aspirar a albergar.

—Esto significaría miles de visitantes, cobertura mediática nacional, y una oportunidad económica sin precedentes para nuestro pueblo —prosigue Daniel—. Y todo gracias a las conexiones políticas de Liam con el senador Harrison.

Observo a Liam, esperando verlo orgulloso, pero su expresión es sorprendentemente contenida. Hay algo en la rigidez de su sonrisa que parece forzado, como si estuviera representando un papel.

—No es un hecho todavía —dice, tomando finalmente la palabra —. Somos una de varias candidaturas. Tenemos que presentar una propuesta convincente y ganar la licitación.

—Y la ganaremos —declara su padre con absoluta confianza—. Los Wellington siempre ganan. Y este rodeo será tu boleto a la mansión del gobernador, hijo.

Ah. Ahí está la verdadera motivación.

—¿Gobernador? —escucho murmurar a alguien cerca—. Nuestro Liam apunta alto.

La conversación explota en varias direcciones. Algunos vecinos expresan entusiasmo por el rodeo, otros preocupación por el impacto que tendría un evento de tal magnitud. Pero lo que capta mi atención es la expresión de Liam: una mezcla perfecta de determinación profesional y algo más... ¿resignación? Como si estuviera siguiendo un guion escrito por otra persona.

Me acerco al grupo donde Liam ahora responde preguntas, más por curiosidad que por otra cosa.

—¿Y cómo vamos a acoger a tantos visitantes? —pregunta Martha Henderson, siempre preocupada por los detalles logísticos—. No tenemos suficientes hoteles.

—Estamos considerando varias opciones —responde Liam con ese tono profesional que usa en los plenos—. Desde camping temporal hasta acuerdos con pueblos vecinos.

—Y el agua —interviene Gerald Thompson—. Nuestra infraestructura no está preparada para tanta gente.

Liam asiente, reconociendo la preocupación.

—Todos estos aspectos serán parte del plan integral que presentaremos. Es un desafío logístico considerable, pero también una oportunidad única.

Sus oyentes asienten.

—Lo presentaré al consejo municipal en el próximo pleno —añade, mirando directamente hacia donde estoy—. Es importante que el pueblo participe en la decisión.

Nuestras miradas se cruzan por un instante, y tengo la extraña sensación de que hay un mensaje implícito ahí para mí. Una especie de desafío o... ¿una invitación?

—Suena fascinante —digo, dando un paso adelante—. Un gran rodeo tradicional, pero también podría ser una oportunidad para mostrar otras facetas de Sunset Valley. Arte local, gastronomía, música...

—Exactamente —interviene Dorothy con entusiasmo—. No solo el rodeo en sí, sino un festival completo.

—Con todo respeto, señorita Davis —dice Daniel con un tono que claramente indica que no hay ningún respeto involucrado—, estamos hablando de una tradición americana seria.

El comentario despectivo enciende algo dentro de mí. Es el mismo tono condescendiente que he enfrentado toda mi vida. El mismo que usaba mi profesor de secundaria cuando decía que mis ideas eran «demasiado fantasiosas». El mismo que usan los que creen que solo hay una forma correcta de ver el mundo.

Estoy a punto de responder cuando siento la mano de Lauren en mi brazo, una suave advertencia silenciosa. Respiro hondo, encontrando mi centro.

—Por supuesto —respondo con una dulzura que haría sospechar a cualquiera que me conociera—. Solo pensaba en cómo maximizar la experiencia para los visitantes.

—Las ideas innovadoras siempre son bienvenidas —interviene Liam, para mi sorpresa—. El consejo municipal tendrá mucho que considerar.

Me mira directamente, y por un segundo creo ver algo inesperado en sus ojos. ¿Complicidad? Pero desaparece tan rápido que bien podría haberlo imaginado.

La conversación deriva hacia otros temas, pero mi mente está en plena ebullición. Un rodeo nacional en Sunset Valley. La oportunidad perfecta para demostrar que pertenezco aquí. Que tengo algo valioso que aportar.

Mientras observo a Liam conversando tensamente con un grupo de ciudadanos, una idea toma forma en mi mente. Una idea audaz, posiblemente loca, pero potencialmente brillante.

Voy a crear una propuesta para este rodeo. Una propuesta tan innovadora, tan inclusiva y tan perfecta para Sunset Valley que el consejo municipal no podrá rechazarla. Una propuesta que obligará a Liam a trabajar conmigo, a escucharme, a verme como algo más que una molestia hippie.

Una propuesta que demostrará a todo el pueblo que pertenezco aquí tanto como cualquier Wellington.

La idea me hace sonreír, y cuando levanto la mirada, me encuentro con los ojos de Liam fijos en mí. Por un instante, parece alarmado, como si pudiera leer mis pensamientos. Le dedico mi sonrisa más inocente, la que Lauren llama «sonrisa de desastre inminente».

El próximo pleno municipal va a ser realmente interesante.

CAPÍTULO 9

LIAM

No hay asientos suficientes. Ese es mi primer pensamiento cuando Margaret abre las puertas del salón de plenos y una marea humana comienza a entrar. Mi segundo pensamiento es considerablemente menos profesional: estoy jodido.

La noticia de ser la posible sede del rodeo Nacional se ha extendido por Sunset Valley como un incendio forestal, transformando lo que normalmente sería un pleno municipal de asistencia moderada en algo que se parece más a un concierto de rock. Ciudadanos que nunca he visto interesados en política local se aprietan contra las paredes, se sientan en el suelo, se asoman por las puertas.

Margaret se acerca con expresión de disculpa.

—Señor alcalde, hemos tenido que colocar altavoces en el pasillo. Hay gente que no ha conseguido entrar.

Asiento, ajustándome la corbata en un gesto automático que utilizo para calmarme. La presión en mi pecho ha estado aumentando desde esta mañana, como si una mano invisible estuviera apretando lentamente. Respiro hondo, intentando ignorarla. No es el momento para episodios de... lo que sea que el Dr. Simmons insiste en llamar ansiedad.

—¿Y el material audiovisual? —pregunto, comprobando nuevamente las diapositivas de mi presentación. Sesenta y cuatro diapositivas perfectamente estructuradas que detallan cada aspecto de nuestra propuesta para el rodeo.

—Todo preparado, señor.

Me aclaro la garganta, sintiéndome extrañamente expuesto ante tantas miradas expectantes. Y entonces, la veo.

Iris Davis entra en el salón como una explosión de color en un mundo de grises. Lleva un vestido largo de algún material fluido en tonos turquesa y dorado que parece capturar y reflejar cada rayo de luz en la habitación. Su pelo, ahora de un tono violeta suave, está recogido en un elaborado trenzado del que escapan mechones rebeldes. Y está sonriendo. Esa sonrisa que he aprendido a temer porque invariablemente precede a algún tipo de caos.

Nuestras miradas se cruzan a través de la sala abarrotada, y algo electrizante pasa entre nosotros. Un reconocimiento, una promesa, un desafío. Ella inclina levemente la cabeza, un gesto que podría parecer respetuoso si no fuera por el brillo travieso en sus ojos.

Está tramando algo. Lo sé tan claramente como sé que el sol saldrá mañana.

—Deberíamos comenzar, señor —sugiere Margaret, sacándome de mi momentánea parálisis.

—Por supuesto.

Me dirijo hacia el estrado, sintiendo cada paso como si caminara hacia un pelotón de fusilamiento. El murmullo de la multitud disminuye cuando me pongo en posición. Sesenta y cuatro diapositivas. Un plan meticulosamente estructurado. Todo está bajo control. No tengo que preocuparme.

—Buenas noches, ciudadanos de Sunset Valley —comienzo, activando la primera diapositiva—. Como muchos ya habréis escuchado, tenemos la oportunidad excepcional de presentar la candidatura de nuestro pueblo para acoger el evento especial del Circuito Nacional de Rodeo este verano.

Un murmullo de excitación recorre la sala. Veo rostros entusiasmados, ojos brillantes, expectativas elevadas. Y en primera fila, Iris, observándome con una intensidad que me desconcierta.

—Se trata de una competencia reñida —continúo—. Helena, Bozeman y otras tres ciudades importantes están también en la carrera. Sin embargo, el comité organizador ha expresado interés en llevar el evento a una comunidad más pequeña que pueda ofrecer una experiencia auténtica.

Avanzo a la siguiente diapositiva, un gráfico detallado que muestra el impacto económico proyectado.

—Los beneficios potenciales son considerables. Estamos hablando de aproximadamente 15,000 visitantes durante tres días, lo que supondría un impacto económico directo estimado en 2.3 millones de dólares.

Continúo con mi presentación, mostrando mapas, esquemas, presupuestos detallados. Mi propuesta es sólida, conservadora, basada en datos. Propongo utilizar los terrenos del Rancho Wellington para las competiciones principales, establecer áreas de aparcamiento temporal en los campos al este del pueblo. Todo perfectamente reglamentado, ordenado, controlable.

—La propuesta debe presentarse en dos semanas en la sede del Circuito Nacional en Billings —explico—. Necesitaremos la aprobación del consejo municipal y un equipo designado para representar a Sunset Valley.

Es en este momento cuando noto que estoy perdiendo a mi audiencia. Los rostros entusiasmados han dado paso a expresiones educadamente aburridas. Incluso Martha Henderson, quien normalmente toma notas obsesivas en cada reunión, está mirando discretamente su reloj.

—En resumen —concluyo, mostrando la diapositiva final con las proyecciones a cinco años—, esta es una oportunidad sin precedentes para poner a Sunset Valley en el mapa y generar crecimiento económico sustancial. ¿Preguntas?

Un silencio incómodo se extiende por la sala. Y entonces, como era inevitable, una mano se alza. Una mano con al menos cinco anillos que capturan la luz como pequeños soles.

—Señorita Davis —digo, sintiendo cómo mi estómago se contrae en anticipación—. Adelante.

Iris se pone de pie con esa gracia fluida que parece desafiar las leyes de la física. Cuando habla, su voz tiene un tono musical que llena la sala sin necesidad de micrófono.

—Gracias, alcalde Wellington, por esa presentación tan... exhaustiva —comienza, y hay risas disimuladas en la audiencia—. Tengo algunas preguntas, pero primero me gustaría compartir algunas reflexiones, si me lo permite.

No es realmente una petición. Antes de que pueda responder, ella ya se está dirigiendo hacia el pasillo central, acercándose al estrado como si fuera la cosa más natural del mundo.

—El rodeo es una tradición maravillosa, una celebración del espíritu del Oeste —dice, girándose para dirigirse a la audiencia—. Pero creo que todos estaremos de acuerdo en que nuestra visión debería ser más ambiciosa que simplemente proporcionar un espacio para un evento que podría celebrarse en cualquier lugar.

La miro con una mezcla de irritación y, muy a mi pesar, curiosidad. ¿Adónde pretende llegar?

—Sunset Valley no es solo un punto en el mapa —continúa, gesticulando ampliamente—. Es una comunidad con una identidad única, con talentos extraordinarios, con una historia y una cultura propias. ¿Por qué no hacer de este rodeo una celebración de todo lo que somos?

La sala está completamente silenciosa ahora. Todos los ojos fijos en ella.

—Imaginad esto —dice, y su voz adquiere un tono casi hipnótico —. No solo un rodeo, sino un festival completo. Donde Sam Fisher pueda mostrar sus tallas de madera que son conocidas hasta en Missoula.

Sam Fisher, un hombre de setenta años sentado en la tercera fila, se endereza con orgullo.

—Donde la cerveza artesanal de los hermanos Donovan pueda competir con cualquier marca nacional.

Los Donovan, propietarios de la microcervecería local, asienten con entusiasmo.

—Donde la música de nuestra propia Jessie Taylor pueda ser escuchada por miles de personas.

Jessie, una joven cantante de country que trabaja en la gasolinera, se sonroja visiblemente.

Y así continúa, nombrando a prácticamente cada negocio, cada artesano, cada talento local. Conoce a todos. Conoce sus oficios, sus pasiones, sus sueños. Y lo más sorprendente: solo lleva ocho meses en el pueblo.

—Podríamos tener una feria de artesanía local —propone, con un entusiasmo contagioso—. Demostraciones de habilidades tradicionales junto con artesanías contemporáneas. Food trucks que ofrezcan lo mejor de nuestra gastronomía. Música en vivo en un escenario secundario. Actividades para niños. Un auténtico festival que muestre el alma de Sunset Valley, no solo un evento de tres días que ocurra en nuestro pueblo, pero podría estar ocurriendo en cualquier parte.

Me doy cuenta, con una mezcla de horror y fascinación, de que está reimaginando completamente mi propuesta meticulosamente planificada. Y lo peor es que la audiencia está cautivada.

—Y lo más importante —añade, girándose brevemente hacia mí con una sonrisa que debería ser ilegal—, esto no sería algo que ocurra a Sunset Valley, sino algo que Sunset Valley crea. Todos nosotros, juntos.

Hay aplausos espontáneos. Veo a Gerald Thompson, el mismo que hace diez minutos parecía estar contando las manchas en el techo, asintiendo con entusiasmo. Martha Henderson está tomando notas frenéticamente.

—Por supuesto —continúa Iris, con un tono ligeramente más moderado—, reconozco que la logística de lo que propongo es más compleja. Pero también el potencial de beneficio es exponencialmente mayor. No solo económico, sino cultural. De identidad comunitaria.

Se gira completamente hacia mí, y por un momento estamos frente a frente. Hay un desafío en sus ojos, pero también algo más. Algo que casi parece una invitación.

—¿Qué opina, alcalde Wellington? —pregunta, y su voz ha perdido todo rastro de confrontación—. ¿Podríamos considerar una visión más... inclusiva?

Es una trampa. Tengo suficiente experiencia política para reconocer cuando estoy siendo acorralado. Si rechazo su propuesta, pareceré rígido e insensible ante los deseos de la comunidad. Si la acepto, estoy abandonando mi plan cuidadosamente estructurado por lo que esencialmente es un sueño febril.

—Agradezco su entusiasmo, señorita Davis —respondo con toda la diplomacia que puedo reunir—. Sin embargo, debemos recordar que estamos compitiendo contra propuestas de ciudades con muchos más recursos. La seriedad y viabilidad de nuestra presentación serán factores determinantes.

Es una respuesta razonable. Profesional. Y absolutamente ineficaz, a juzgar por las expresiones decepcionadas en la sala.

—¿Por qué no ambas cosas? —propone ella, como si fuera la solución más obvia del mundo—. Tú estructura organizativa sólida combinada con una visión más... vibrante.

—Eso tiene sentido —interviene Sam Fisher desde su asiento—. Necesitamos tanto la cabeza como el corazón, ¿no?

Murmullos de aprobación se extienden por la sala. Estoy perdiendo el control de la situación tan rápidamente que casi puedo sentir cómo se me escapa entre los dedos.

—Lo que la señorita Davis propone —intento razonar— requeriría un nivel de coordinación y recursos que...

—Todos ayudaríamos —interrumpe Martha Henderson, para mi absoluta sorpresa—. Yo podría organizar a los voluntarios. Llevo haciendo el festival de la manzana desde hace veinte años.

—Y yo podría coordinar la parte de alimentación —añade Joanne del restaurante principal—. Conozco a todos los propietarios de negocios gastronómicos en un radio de cincuenta millas.

De repente, parece que todo el pueblo está ofreciéndose voluntario para diferentes aspectos del festival. La idea de Iris ha prendido como una chispa en un campo seco. Y en menos de diez minutos, mi propuesta cuidadosamente elaborada ha sido completamente transformada.

—Podríamos someterlo a votación —sugiere Iris, con una sonrisa que solo puedo describir como triunfal—. Es lo democrático, ¿no?

Y así es como, veinte minutos después, me encuentro derrotado por un margen de 89 a 3. Los únicos votos para mi propuesta original: el mío, el de mi padre, y el de Margaret (que sospecho que lo ha hecho por pura lealtad).

Pero el verdadero golpe llega cuando Gerald Thompson propone que, dado que se trata de una fusión de ideas, tanto Iris como yo

deberíamos representar a Sunset Valley en la presentación en Billings.

—Ellos dos juntos —dice con una convicción alarmante— representan lo mejor de nuestro pueblo. La tradición y la innovación. La estructura y la creatividad.

La propuesta es aprobada con entusiasmo unánime antes de que pueda siquiera abrir la boca para protestar.

Cuando finalmente clausuro la reunión, más por necesidad de aire que por haber concluido realmente la agenda, me siento como si hubiera sido atropellado por un tren. Un tren muy colorido conducido por una mujer con pelo violeta.

La sala se vacía gradualmente. Ciudadanos entusiasmados discuten sus roles en el nuevo «Festival del Rodeo de Sunset Valley». Recojo mis notas, ahora completamente irrelevantes, sintiendo una mezcla de aturdimiento y resignación.

—Así que... parece que seremos compañeros de viaje.

Alzo la mirada. Iris está de pie frente a mí, con esa sonrisa que hace que algo se retuerza dentro de mi pecho.

—Eso parece —respondo con toda la dignidad que puedo reunir.

—Va a ser divertido —dice, y hay una sinceridad en su voz que me desconcierta—. Tu estructura, mi caos. Perfectamente complementarios.

La miro fijamente, buscando el sarcasmo, la burla, la trampa. Pero solo veo entusiasmo genuino.

No comprendo a esta mujer.

—Has destruido mi propuesta en menos de diez minutos —señalo, sin poder contener completamente mi frustración—. ¿Cómo esperas que trabajemos juntos?

—No la he destruido —corrige, inclinando ligeramente la cabeza —. La he mejorado. Y trabajaremos juntos porque ambos queremos lo mejor para este pueblo.

—Lo mejor para este pueblo es una propuesta seria que tenga posibilidades reales de ganar —replico—. No un festival de hadas y duendes.

Ella entorna los ojos, y por un momento veo un destello de esa tenacidad que hace que sea tan formidable oponente.

—Los hombres de traje que decidirán eso —dice, acercándose un paso— verán docenas de propuestas aburridas como la tuya. Pueblos prometiendo lo mismo: infraestructura, eficiencia, logística. Lo que no verán en ningún otro sitio es lo que nosotros ofrecemos: un alma. Una comunidad que no solo les da un espacio, sino que les da una experiencia inolvidable.

Hay tanta pasión en su voz que me encuentro momentáneamente sin palabras. Pero no me puedo permitir arrastrar por su pasión. Tengo que poner límites. Realidad.

—Esto es una locura, Iris.

—No. Para nada. Vamos a hacer una propuesta tan buena para el Rodeo Nacional que ni tú vas a poder sacarle un pero. Te lo aseguro —dice casi susurrándome las palabras al oído y haciendo que se me quede atrapado el aire en los pulmones.

Y con eso se va, dejando tras de sí una estela de perfume que huele a pachulí y posibilidades peligrosas.

Me quedo solo en la sala de plenos, contemplando las ruinas de mi plan perfectamente ordenado. Dos semanas. Dos semanas con Iris Davis planeando un festival que tiene el potencial de ser o bien el mayor éxito o bien el mayor fracaso de mi carrera política.

El dolor en mi pecho regresa, más intenso que antes. Respiro profundamente, intentando calmarlo con pura fuerza de voluntad.

Dos semanas. ¿Qué podría salir mal?

Todo, susurra una voz en mi cabeza. Absolutamente todo.

No puedo permitirlo.

CAPÍTULO 10

IRIS

La música retumba en el interior del Buffalo Saloon, el único bar de Sunset Valley que puede presumir de tener una pista de baile lo suficientemente grande para albergar la despedida de solteros conjunta que hemos organizado para Lauren y Cole. Las luces bajas crean un ambiente íntimo a pesar de que parece que medio pueblo está aquí esta noche, celebrando la inminente boda de la pareja que todos consideran un «reencuentro épico».

Me ajusto la cinta que dice «TEAM BRIDE» que Sage insistió en que todas lleváramos, mientras observo a la gente a mi alrededor. Lauren está radiante, bailando con Cole en el centro de la pista. Henry Wellington intenta impresionar a un grupo de chicas con sus dudosas habilidades para lanzar dardos. Dorothy y Daniel están sentados en una mesa cercana a la barra, brindando por su hijo y su futura nuera.

Y Liam Wellington, el hombre más escurridizo de Montana, está estratégicamente situado en la esquina más alejada del local, como si pudiera fundirse con la pared de madera si se queda lo suficientemente quieto.

Dos días. Han pasado dos días enteros desde el pleno municipal, y ha estado evitándome con la precisión milimétrica que parece aplicar a todos los aspectos de su vida. No ha respondido a mis mensajes, ha cancelado dos reuniones «por motivos de agenda», y cuando me presenté en su despacho esta mañana, Margaret me informó con expresión compungida que el alcalde estaba «en una reunión crucial fuera del ayuntamiento».

Como si fuese a tragármelo…

Cruzo la sala, esquivando a Sage, que intenta hacerme bailar con uno de los bomberos amigos de Aiden. Esta noche tengo una misión, y no implica flirtear con hombres que huelen a humo y whisky. Y que no me interesan lo más mínimo.

A medida que me acerco a Liam, noto cómo se tensa. Está de pie junto a una mesa alta, con un vaso de lo que parece ser whisky apenas tocado. Su postura es tan rígida que parece estar posando para una escultura titulada «Incomodidad Extrema en Ambiente Festivo». A pesar de la atmósfera casual, lleva una camisa abotonada hasta el cuello y pantalones de vestir, como si estuviera en una reunión de presupuesto en lugar de una fiesta.

—Alcalde Wellington —lo saludo, situándome estratégicamente entre él y su evidente ruta de escape—. Qué coincidencia encontrarte aquí.

Me mira con esos ojos de tormenta que tienen la desconcertante capacidad de hacerme sentir expuesta y desafiante al mismo tiempo.

—Señorita Davis —responde con una formalidad absurda para alguien que está en una fiesta—. Difícilmente es una coincidencia. Es la despedida de soltero de mi hermano.

—Y de mi mejor amiga también —replico, dando un sorbo a mi copa de vino rosado—. Lo que nos convierte en... ¿qué? ¿Co-organizadores de despedida? ¿Futuros acompañantes en el altar? ¿Compañeros de proyecto para el rodeo que has estado evitando desesperadamente durante 48 horas?

Veo cómo se tensa su mandíbula. Esa vena en su frente —mi vieja amiga— empieza a palpitar sutilmente. Por alguna razón inexplicable, me encanta provocar esa reacción.

—No te he estado evitando —dice, y casi admiro su capacidad para mentir con absoluta convicción—. He estado extremadamente ocupado con asuntos municipales.

—Claro. Y yo soy la persona más organizada del mundo.

Aprieta los labios en una línea fina, y por un momento me pregunto si es físicamente doloroso para él contenerse tanto. Debe ser agotador vivir tan controlado.

—Mira —dice finalmente, bajando ligeramente la voz—, puedo llegar a aceptar que debemos trabajar juntos en esto. Pero no

podemos presentarnos en Billings con una propuesta que incluya... ¿cómo era? ¿«Una carpa de adivinación del futuro con cristales energéticos»?

—Lecturas de tarot y cristales curativos —corrijo—. Y es solo una pequeña parte de una visión mucho más amplia que, te recuerdo, fue votada democráticamente por los ciudadanos que supuestamente representas.

Da un pequeño sorbo a su whisky, como si necesitara fortalecer sus defensas contra mi argumentación.

—El comité del Circuito Nacional es extremadamente conservador —insiste—. Buscan tradición, no... innovación extravagante.

Está sudando. Lo noto ahora, pequeñas gotas formándose en su frente a pesar de que el local no está especialmente caluroso. Y hay algo en su respiración que parece irregular. Se lleva la mano al pecho en un gesto que parece inconsciente, como si algo le molestara.

—¿Estás bien? —pregunto, mi tono cambiando de confrontación a preocupación sin darme cuenta.

—Perfectamente —responde demasiado rápido, enderezándose como si la mera sugerencia de debilidad fuera ofensiva—. Como iba diciendo, necesitamos ajustar significativamente tu propuesta si queremos tener alguna posibilidad.

Lo observo más atentamente. Su piel tiene un tono ligeramente grisáceo que contrasta con el rubor febril de sus mejillas. Sus ojos, normalmente agudos y alertas, parecen ligeramente desenfocados. Algo definitivamente no está bien.

Pero antes de que pueda insistir, un Aiden visiblemente ebrio se acerca y rodea los hombros de su hermano mayor con un brazo.

—¡Liam! —exclama con entusiasmo—. ¡Deberías estar bebiendo! ¡Tu hermano se casa!

—Estoy bebiendo —responde Liam, levantando su vaso casi intacto.

—Eso no es beber, hermano —Aiden sacude la cabeza con desaprobación exagerada—. ¡Eso es fingir ser sociable!

Liam esboza una sonrisa que no llega a sus ojos. Hay una tensión en su expresión que me resulta cada vez más preocupante.

—Aiden —intervengo—, ¿no deberías estar supervisando ese juego de chupitos que mencionaste antes? Creo que Henry está a punto de establecer algún tipo de récord dudoso.

Aiden se ilumina ante la sugerencia y se despide con un saludo exagerado, dirigiéndose hacia donde Henry está, efectivamente, alineando una impresionante fila de vasos de tequila.

Una vez solos de nuevo, me acerco a Liam y bajo la voz.

—Podemos hacer esto por las buenas, o por las malas —le digo, aunque mi tono ha perdido mucho de su filo anterior debido a la preocupación—. Puedes seguir evitándome y me presentaré en Billings con mi propia versión del plan, o podemos trabajar juntos y crear algo que combine lo mejor de ambas visiones.

Liam respira profundamente, y hay un ligero temblor en esa inhalación que hace que las alarmas en mi cabeza suenen con más fuerza.

—Mañana lo hablamos —dice finalmente.

—Más te vale, Liam. Si no, te juro que te perseguiré por todo Sunset Valley.

Casi sonríe. Casi. Pero el gesto se transforma en una mueca que intenta disimular rápidamente. Su mano vuelve a su pecho, y esta vez, el movimiento parece más pronunciado, como si estuviera intentando aliviar un dolor.

—¿Seguro que estás bien? —insisto, genuinamente preocupada ahora—. Pareces...

—Estoy perfectamente —me corta, pero su voz suena tensa—. Solo necesito un minuto.

Sin más explicación, se gira y camina hacia el pasillo que conduce a los baños, su postura es rígida, pero con un ligero balanceo que contradice su habitual control perfecto.

Miro a mi alrededor. Lauren está completamente absorta en Cole. Nadie más parece haber notado nada extraño en el comportamiento del alcalde. Quizás estoy exagerando. Quizás solo está incómodo por tener que ceder ante mi propuesta. Quizás...

Pero mis instintos están gritando que algo no va bien, y he aprendido a lo largo de los años a confiar en ellos.

Dejo mi copa en la mesa más cercana y sigo el mismo camino que ha tomado Liam. El pasillo está débilmente iluminado y vacío, con dos puertas al final: una con la silueta de un vaquero y otra con la de una vaquera. Espero durante lo que me parece una eternidad, pero Liam no sale.

La preocupación crece en mi pecho. ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si está enfermo? ¿Y si...?

Antes de que pueda pensarlo demasiado, me encuentro llamando suavemente a la puerta del baño de caballeros.

—¿Liam? —pregunto, sintiendo una extraña sensación de déjà vu de nuestro primer encuentro—. ¿Estás ahí?

No hay respuesta, pero creo escuchar un sonido. Algo como... ¿una respiración entrecortada?

—Voy a entrar —anuncio, y sin darme tiempo a reconsiderar, empujo la puerta.

CAPÍTULO 11

LIAM

El mundo a mi alrededor se ha reducido a un túnel estrecho. Mi visión es borrosa en los bordes, mis oídos zumban, y mi corazón late tan fuerte contra mis costillas que estoy convencido de que va a estallar. No puedo respirar. Es como si alguien hubiera reemplazado todo el oxígeno por cemento.

Me aferro al borde del lavabo con tanta fuerza que mis nudillos se han puesto blancos. El espejo me devuelve la imagen de un hombre que no reconozco: pálido, sudoroso, con los ojos desorbitados por el pánico. No soy yo. No puedo ser yo. Liam Wellington no pierde el control de esta manera.

Pero estoy perdiendo el control.

Cada latido de mi corazón duele. Palpita. Martillea. Voy a morir aquí, en el baño del Buffalo Saloon. Poco antes de la boda de mi hermano. A dos semanas de la presentación que podría cambiar mi carrera política. A seis meses de anunciar mi candidatura a gobernador.

La imagen de los ojos de Iris se forma en mi mente.

Voy a morir sin haber cumplido mi destino.

—¿Liam?

La voz suena amortiguada, como si viniera de muy lejos. La ignoro, concentrándome en intentar respirar.

—Voy a entrar.

La puerta se abre, y a través de mi visión borrosa, distingo una figura que entra como un torbellino de color. Iris. Por supuesto que es ella. ¿Quién más irrumpiría en un baño de hombres sin pensarlo dos veces?

Debería sentirme humillado. Avergonzado de que me vea así, destrozado, vulnerable, débil. Pero en lugar de eso, algo extraño sucede. Su presencia, que normalmente me irrita hasta límites insospechados, me resulta inexplicablemente... calmante.

—Liam —exclama, cerrando la puerta tras de sí—. ¿Qué te ocurre?

Intento hablar, pero no puedo formar palabras coherentes. El pánico constriñe mi garganta.

—No puedo... —jadeo finalmente—. No puedo respirar.

Sus ojos se agrandan con comprensión, y algo en su expresión cambia. La preocupación reemplaza a la sorpresa.

—Liam —dice con una voz que no le había escuchado nunca, suave pero firme—. Mírame. Estás teniendo un ataque de pánico. No te estás ahogando. Tu cerebro te está jugando una mala pasada.

¿Pánico? No. Es imposible. Tiene que ser algo físico. Un infarto. Un aneurisma. Algo tangible y diagnosticable que pueda tratarse con medicina real, no con psicología barata.

—No —insisto entre jadeos—. Es mi... corazón. Algo... está mal.

—Confía en mí por una vez, ¿quieres? —responde, acercándose hasta quedar frente a mí—. Respira conmigo. Despacio. Inhala por la nariz, exhala por la boca.

Para mi sorpresa, toma mis manos entre las suyas. Sus manos son pequeñas pero firmes, cálidas contra mi piel helada. Su tacto es como un ancla, algo sólido a lo que aferrarme mientras todo lo demás parece desmoronarse.

—Inhala conmigo —instruye, exagerando su propia respiración para que pueda seguirla—. Uno, dos, tres, cuatro. Aguanta. Y exhala. Seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

Sus ojos están fijos en los míos, intensos, determinados. No hay burla en ellos, ni desafío, ni diversión a mi costa. Solo concentración absoluta y algo que parece... ¿preocupación genuina?

Intento seguir su ritmo. Al principio me es imposible, mi cuerpo se resiste a obedecer. Pero ella no se rinde. Sigue contando, sigue respirando, sigue sosteniendo mis manos como si pudiera transferirme su calma a través del contacto.

Y poco a poco, algo increíble sucede. Mi respiración comienza a sincronizarse con la suya. El dolor en mi pecho disminuye gradualmente. El zumbido en mis oídos se desvanece. Mi visión se aclara, y de repente puedo ver cada detalle de su rostro: las pequitas doradas que salpican su nariz, las motas verde esmeralda en sus ojos avellana, la curva suave de sus labios mientras sigue contando.

—Eso es —murmura, y hay alivio en su voz—. Lo estás haciendo muy bien. Sigue respirando conmigo.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, mirándonos a los ojos, respirando juntos en perfecta sincronía. El tiempo parece haberse detenido en este pequeño baño mal iluminado. No existe el pueblo, ni la fiesta, ni mi carrera, ni mis responsabilidades. Solo existen sus manos sosteniendo las mías y el ritmo compartido de nuestra respiración.

Cuando finalmente el pánico se disipa por completo, lo que queda en su lugar es una vergüenza aplastante. Liam Wellington, el alcalde más joven de la historia de Sunset Valley, candidato a gobernador, miembro de una de las familias más respetadas de Montana... reducido a un desastre tembloroso en un baño público, salvado por la última persona de quien habría esperado ayuda.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunto, mi voz ronca pero más estable.

—He visto ataques de pánico antes —responde, aun sosteniendo mis manos, un gesto que debería incomodarme pero que inexplicablemente me reconforta—. Lauren solía tenerlos después... después de lo de Cole.

Aparto la mirada. La mención de ese período doloroso me golpea con una nueva ola de culpa. Mi hermano destrozó a Lauren, y yo no hice nada para impedirlo. Estaba demasiado ocupado complaciendo a mi padre, demasiado concentrado en mi carrera para intervenir.

—Gracias —digo, la palabra saliendo de mi boca casi sin permiso.

No estoy acostumbrado a agradecer. Los Wellington no dependen de otros. Los Wellington resuelven sus propios problemas. Los Wellington no muestran debilidad.

Pero yo le acabo de mostrar mi mayor debilidad a Iris Davis, de todas las personas. Y en lugar de burlarse, me ha ayudado. Me ha sostenido cuando estaba cayendo. Ha visto a través de mi fachada perfectamente construida y, sorprendentemente, no parece despreciar lo que ha encontrado debajo.

—De nada —responde simplemente.

Hay un momento de silencio, pero no es incómodo. Es como si hubiéramos cruzado algún tipo de frontera invisible, entrando en un territorio nuevo donde las reglas habituales no se aplican. Donde no somos el alcalde y la hippie, sino simplemente dos personas compartiendo un momento de humanidad cruda.

Finalmente, suelta mis manos y retrocede un paso. Inmediatamente extraño su calor.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta suavemente—. ¿O prefieres que te deje solo?

Levanto la mirada, encontrándome con esos ojos que ahora parecen ver demasiado. Debería decir que estoy bien. Debería recuperar mi dignidad, mi control. Debería mantener la distancia profesional que siempre he insistido en mantener con ella.

—No lo sé —admito, y las palabras saben a vulnerabilidad y verdad.

Ella asiente, como si hubiera dicho mucho más que esas tres simples palabras. Se apoya contra la pared, dándome espacio, pero sin abandonarme.

—¿Es la primera vez? —pregunta.

—No —respondo, sorprendiéndome a mí mismo con la honestidad —. El médico dice que es ansiedad, pero...

—Pero los Wellington no sufren de ansiedad —completa ella, con una sonrisa que no tiene nada de burlona. Es comprensiva. Casi cómplice.

La miro, asombrado de que haya captado tan perfectamente lo que estaba pensando.

—Exactamente —confirmo—. Mi padre dirigió este pueblo durante décadas sin tener «ataques de pánico». Mi abuelo construyó el rancho Wellington mientras servía en la junta estatal de ganadería. Ninguno de ellos necesitó «técnicas de respiración» o «terapia».

Las palabras salen como un torrente. Es como si, ahora que la primera grieta ha aparecido en mi fachada, todo estuviera desbordándose sin control.

—Esto no puede estar pasándome a mí —continúo, pasándome una mano temblorosa por el pelo—. No ahora. No cuando estoy tan cerca. El rodeo, la candidatura, todo depende de que yo mantenga el control. De que sea perfecto.

Iris me observa con una expresión que no logro descifrar. No hay juicio en ella, solo atención absoluta. Como si cada palabra que digo mereciera ser escuchada.

—¿Duermes bien? —pregunta.

La pregunta me toma por sorpresa.

—Lo suficiente —respondo automáticamente—. Cuatro o cinco horas. No necesito más.

—Todo el mundo necesita más —dice, y hay una certeza tranquila en su voz—. Tu cuerpo necesita descanso. Tu mente también.

—No tengo tiempo para descansar —replico, sintiendo cómo la frustración vuelve a crecer dentro de mí—. El rodeo es en menos de tres meses. La candidatura a gobernador debe anunciarse justo después. Tengo que supervisar personalmente cada detalle, cada aspecto...

—¿Por qué? —pregunta.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué tiene que ser perfecto? ¿Por qué tienes que controlarlo todo? ¿Por qué es tan importante ser gobernador?

Las preguntas me golpean como dardos, precisos y afilados. Nadie me ha cuestionado así antes. Nadie ha osado desafiar lo que siempre ha sido mi verdad fundamental.

—Porque es mi destino —respondo, las palabras sonando huecas incluso a mis propios oídos—. Es lo que se espera de mí. Es lo que siempre se ha esperado.

—¿Y qué esperas tú? —insiste, inclinando ligeramente la cabeza —. ¿Qué quieres tú, Liam? No tu padre, no los Wellington. Tú.

Me quedo sin palabras por un momento. La pregunta es tan simple y a la vez tan profundamente perturbadora que no sé cómo responder. Nadie me ha preguntado eso antes. Ni siquiera yo mismo.

—Quiero... —empiezo, pero me detengo, reorganizando mis pensamientos—. Necesito hacer algo significativo con mi vida. Dejar una marca. Continuar el legado familiar. Ser alguien.

—Ya eres alguien —dice, y hay una suavidad en su voz que me desarma completamente—. Eres Liam. Alcalde de Sunset Valley. Hermano. Hijo. Amigo. Eso es ser alguien.

Sacudo la cabeza, incapaz de asimilar sus palabras. No pueden ser ciertas. No es suficiente.

—No lo entiendes —digo, y hay desesperación en mi voz—. Tengo que ser más. Tengo que lograrlo. Este rodeo es mi oportunidad. Si fracaso...

No puedo terminar la frase. El pensamiento es demasiado aterrador para verbalizarlo.

Iris da un paso hacia mí, y sin previo aviso, pone una mano en mi mejilla. Su tacto es gentil, cálido, inesperado. Me congelo, completamente desconcertado por el gesto.

—Liam —dice, su voz apenas es un susurro—, ¿de verdad lo que más quieres en esta vida, tu sentido de la vida es ser gobernador?

La pregunta cuelga entre nosotros, pesada con implicaciones que no estoy preparado para considerar. Miro sus ojos, tan llenos de una compasión que no merezco, y siento que estoy al borde de un abismo. Un paso más y podría caer para siempre, o podría volar. No sé cuál es más aterrador.

—Sí —respondo finalmente, aferrándome a la única certeza que he conocido—. Lo es.

Espero ver decepción en su rostro. O peor, lástima. Pero lo que veo me sorprende por completo.

Determinación.

—Bien —dice, y su voz ha cambiado, volviéndose más firme, más decidida—. Entonces vamos a hacer la mejor propuesta del mundo para lograrlo. Somos un equipo perfecto tú y yo. El orden y el caos. La estructura y la diversión. Y nada va a poder con nosotros.

Me mira con una intensidad que casi duele, como si pudiera ver cada grieta en mi armadura y estuviera decidida a reforzarlas en lugar de explotarlas.

—Desde mañana nos vamos a reunir todas las tardes hasta la presentación —continúa—. A las ocho en la cafetería cuando cerremos al público. ¿Te ha quedado claro?

Me encuentro asintiendo, incapaz de formular una respuesta coherente. Esta mujer, que hace veinte minutos me irritaba hasta límites insoportables, ahora está prometiendo ayudarme a conseguir mi sueño. Sin condiciones. Sin burla. Sin juzgarme por mi debilidad.

Es desconcertante. Es ilógico. Es...

Es un alivio tan profundo que casi me hace tambalear.

Iris retrocede, dirigiéndose hacia la puerta. Antes de salir, se gira para mirarme una última vez.

—Y más te vale que te cuides y descanses, o no vas a llegar vivo a la reunión —advierte, con una mezcla de severidad y preocupación genuina—. Si no te mata la ansiedad, te mataré yo.

Y con eso se va, dejándome solo con el eco de sus palabras y la sensación fantasma de su mano en mi mejilla.

Me miro en el espejo del baño. El hombre que me devuelve la mirada sigue siendo yo, pero hay algo diferente. Una grieta en la fachada. Un resquicio de vulnerabilidad que antes no estaba ahí. O quizás siempre estuvo, pero nunca me permití verlo.

Y lo más perturbador de todo: no me siento peor por ello.

Me siento... más ligero. Como si hubiera dejado caer una pequeña fracción del peso invisible que llevo sobre los hombros.

Debe ser la adrenalina post-pánico, me digo. O quizás Iris realmente ha usado algún tipo de brujería hippie en mí. No hay otra explicación para que esté considerando seriamente reunirme con ella cada noche durante casi dos semanas. Para que esté contemplando confiar en ella para el proyecto más importante de mi carrera.

Para que esté pensando en ella como «Iris» y no como «señorita Davis» o «esa molestia bohemia».

Arreglo mi camisa, paso una mano por mi cabello, y respiro profundamente. Esta vez, mis pulmones se llenan completamente. El oxígeno llega a mi cerebro, aclarando mis pensamientos.

Sea cual sea la magia que Iris ha obrado en este baño, parece haber funcionado. Al menos por ahora.

Y eso es tanto un alivio como un motivo de inquietud.

Porque si hay algo más peligroso que un ataque de pánico, es depender de alguien más para mantener la calma. Especialmente si ese alguien es una mujer que representa todo lo que he pasado la vida evitando: caos, espontaneidad, vulnerabilidad.

Y sin embargo, mientras salgo del baño y me preparo para reincorporarme a la fiesta, no puedo evitar sentir una extraña anticipación ante la perspectiva de nuestras reuniones nocturnas.

Debo estar más agotado de lo que pensaba.

O quizás, solo quizás, estar con Iris es exactamente lo que necesito.

Y eso, más que cualquier ataque de pánico, es lo verdaderamente aterrador.

CAPÍTULO 12

IRIS

—Absolutamente no.

La expresión de Liam al ver la esterilla de yoga extendida en el suelo de la cafetería es exactamente la que me esperaba: una mezcla de horror, incredulidad y esa arruga entre las cejas que aparece cuando algo desafía su visión ordenada del mundo.

Tengo que esforzarme para contener la risa.

—No te estoy pidiendo que hagas un triple salto mortal —digo, cruzándome de brazos—. Solo son unos estiramientos básicos para liberar tensión.

Son las ocho y cinco de nuestra primera sesión de trabajo, y la cafetería está vacía excepto por nosotros. Las luces están atenuadas, creando un ambiente relajado que contrasta con la formalidad del traje oscuro de Liam. Ha llegado puntual, por supuesto, con una carpeta bajo el brazo y esa postura perfecta que hace que mi columna vertebral se sienta inadecuada solo de mirarlo.

—He venido para trabajar en la propuesta del rodeo —responde, señalando la mesa que he preparado con papeles, mapas y muestras de color—. No a... hacer *posturitas*.

Respiro hondo, recordándome que estrangular al alcalde sería malo para nuestras posibilidades de ganar la candidatura del rodeo.

—Escúchame, Wellington. Te encontré teniendo un ataque de pánico en un baño público. Tu cuerpo te está enviando señales de alarma tan claras como las luces de un coche de policía. Podemos ignorarlas y seguir como si nada, o podemos hacer algo al respecto.

Sus ojos se desvían, incómodos ante la mención directa de su momento de vulnerabilidad.

—Aprecio tu preocupación —dice con ese tono diplomático que me pone los nervios de punta—. Pero estoy perfectamente bien.

—¿Has dormido más de cinco horas seguidas desde entonces?

Su silencio es toda la respuesta que necesito.

—Mira —digo, suavizando mi voz—, soy consciente de que tu cerebro está programado para ver cualquier sugerencia mía como una conspiración para arruinar tu vida. Pero por una vez, ¿podrías considerar la posibilidad de que realmente quiero ayudarte?

Sus ojos se fijan en los míos, buscando. Evaluando. Como si intentara descifrar un código particularmente complejo.

—¿Por qué? —pregunta finalmente.

Es una buena pregunta. ¿Por qué me importa si Liam Wellington duerme bien o si su corazón late a un ritmo saludable? ¿Por qué me preocupa que esté trabajando hasta la extenuación para cumplir expectativas impuestas por otros?

—Porque contrariamente a la opinión popular, no soy una descerebrada —respondo, eligiendo la verdad simple—. Y porque si vamos a pasar la próxima semana y media trabajando juntos, prefiero que estés funcional y no al borde de otro colapso. Es puro interés propio, en realidad.

Una sombra de sonrisa cruza su rostro. Tan breve que casi me la pierdo.

—Veinte minutos —dice finalmente, como quien accede a someterse a una dolorosa intervención médica—. Ni un segundo más.

La victoria me sabe a gloria.

—Veinte minutos —confirmo, ocultando mi sorpresa—. Puedes dejarte la camisa puesta, pero al menos quítate la chaqueta y la corbata. Y los zapatos, por supuesto.

Me doy la vuelta para ajustar la música, dándole privacidad para desvestirse parcialmente. La suave melodía de un piano llena el espacio, deliberadamente elegida por ser lo menos «hippie» posible.

Cuando me giro de nuevo, me quedo momentáneamente sin palabras.

Liam Wellington, alcalde de Sunset Valley y epítome del control, está de pie junto a la esterilla, descalzo, sin chaqueta, con las

mangas de su camisa blanca cuidadosamente dobladas hasta los codos y los primeros botones desabrochados. La visión es sorprendentemente... perturbadora.

Hay algo casi ilícito en ver a este hombre tan meticulosamente compuesto en un estado de descompostura, incluso tan leve. Sus antebrazos son fuertes, marcados por venas sutiles que hablan de un cuerpo entrenado que no es solo para exhibir en trajes caros. Sus pies descalzos, resultan extrañamente vulnerables contra la madera oscura del suelo, me hacen sentir como si estuviera presenciando algo íntimo.

—¿Y ahora qué? —pregunta, sacándome de mi inapropiada contemplación.

Me aclaro la garganta, agradeciendo la iluminación tenue que oculta el calor que siento subir por mis mejillas.

—Ahora, respiramos —digo, posicionándome en mi propia esterilla frente a él—. Inhala por la nariz durante cuatro segundos, mantén dos, exhala por la boca durante seis.

Comenzamos con ejercicios simples de respiración. Para mi sorpresa, Liam sigue mis instrucciones sin resistencia, cerrando los ojos y respirando profundamente. Su rostro, siempre tenso, comienza a relajarse gradualmente.

Pasamos a estiramientos suaves: brazos elevados, torsiones laterales, posturas básicas diseñadas para liberar la tensión acumulada en la espalda y los hombros. Sus movimientos son tensos al principio, como si su cuerpo hubiera olvidado cómo moverse naturalmente.

—Relaja los hombros —instruyo suavemente—. No estás desactivando una bomba, solo estás estirando.

Me lanza una mirada que oscila entre la irritación y la diversión. Pero obedece, dejando caer los hombros ligeramente.

A medida que avanzamos, noto cómo su cuerpo comienza a rendirse a las posturas, encontrando un ritmo. Hay una gracia inesperada en sus movimientos, una fluidez que emerge cuando abandona el control constante. Es fascinante verlo, es como presenciar como un robot descubre que puede bailar.

Y luego está el momento en que, durante una flexión hacia adelante, su camisa se estira sobre su espalda, revelando una musculatura que definitivamente no esperaba. No es el cuerpo esculpido de un gimnasio, sino algo más auténtico: fuerza real, funcional, oculta bajo capas de formalidad.

Aparto la mirada, desconcertada por mi propia reacción. ¿Desde cuándo encuentro atractiva la espalda de Liam Wellington? Es un disparate. Una aberración. El equivalente emocional de que a un vegano de repente le apetezca un chuletón.

—¿Lo estoy haciendo mal? —pregunta, notando mi distracción.

—No —respondo demasiado rápido—. Lo estás haciendo... bien. Sorprendentemente bien.

Se le escapa una pequeña sonrisa que evito mirar.

Cuando finalmente terminamos, Liam permanece quieto en la esterilla, con los ojos cerrados y la respiración profunda y regular. Hay color en sus mejillas, una suavidad en su expresión que nunca había visto antes.

—¿Cómo te sientes? —pregunto.

Abre los ojos lentamente, como si regresara de un lugar lejano.

—Diferente —admite, y hay una nota de sorpresa en su voz—. Como si alguien hubiera... aflojado algo dentro de mí.

Su honestidad me desarma completamente. Es como si, por un breve momento, hubiera dejado caer la máscara del alcalde Wellington para mostrarme a la persona debajo. El verdadero Liam.

—Eso es bueno —digo, con una suavidad que me sorprende a mí misma—. Esa es la idea.

Nos miramos por un instante, un momento de conexión tan inesperado como desconcertante. Luego, como si recordara quién es y dónde está, Liam se pone de pie y comienza a recomponerse: camisa abotonada, mangas bajadas, zapatos colocados con precisión.

Mientras recojo las esterillas, lo observo transformarse de nuevo en el hombre que conozco: estructurado, contenido, perfectamente controlado. Pero ahora sé que hay algo más bajo esa superficie pulida. Un Liam más suave, más real. Y por alguna razón absurda,

ese conocimiento me provoca una calidez en el pecho que no quiero examinar demasiado de cerca.

—Bien —dice, ajustándose los gemelos—. ¿Trabajamos en la propuesta ahora?

Y así, como si los últimos veinte minutos no hubieran ocurrido, nos sumergimos en mapas, presupuestos y planes logísticos. Para mi sorpresa, la tensión habitual entre nosotros se ha transformado en algo diferente. No es exactamente cordialidad, pero tampoco es el antagonismo acostumbrado. Es una especie de tregua cautelosa, un espacio compartido donde nuestras diferencias parecen complementarse en lugar de chocar.

Él aporta estructura donde yo veo solo posibilidades infinitas. Yo inyecto creatividad donde él ve solo listas y procesos. Discutimos, por supuesto—sobre la ubicación de los puestos de artesanía, sobre el equilibrio entre tradición e innovación, sobre cuánto espacio dedicar al área de sanación con cristales (que él sigue llamando «zona de supersticiones»)—pero hay un ritmo nuevo en nuestros desacuerdos, como una danza en la que ambos conocemos los pasos.

En algún momento de la noche, me doy cuenta de que estoy disfrutando. Realmente disfrutando. Trabajar con Liam Wellington, contra todo pronóstico, resulta ser estimulante. Su mente es afilada, su conocimiento del pueblo impresionante, y cuando ocasionalmente deja escapar un comentario sarcástico, descubro que su sentido del humor es sorprendentemente mordaz.

Es inquietante.

A medida que las noches pasan —una sesión se convierte en tres, luego en cinco— establecemos una rutina. Empezamos con veinte minutos de yoga (que Liam ya no protesta, aunque nunca admitirá que le gusta), seguidos de horas de planificación colaborativa.

Para el final de la primera semana, tenemos un esquema sólido para nuestra presentación. Para sorpresa de ambos, resulta que nos complementamos mejor de lo que cualquiera de los dos habría imaginado.

Una noche, mientras trabajo en los bocetos para el área del festival, levanto la vista para encontrar a Liam mirándome con una

expresión que no puedo descifrar. No es la habitual desaprobación, ni siquiera la exasperación resignada que ha desarrollado en los últimos días. Es algo más... contemplativo.

—¿Tengo algo en la cara? —pregunto, pasándome una mano por la mejilla.

Parpadea, como si lo hubiera sacado de un trance.

—No, solo estaba... —se aclara la garganta— pensando en lo mucho que conoces el pueblo para llevar tan poco tiempo aquí.

No es lo que esperaba.

—Me gusta escuchar a la gente —respondo, encogiéndome de hombros—. Todo el mundo tiene una historia que contar si te tomas el tiempo para oírla.

—¿Incluso Martha Henderson? —pregunta con una sonrisa ladeada que nunca le había visto antes—. Esa mujer ha presentado treinta y siete quejas formales en lo que va de año.

Me río, sorprendida por su broma inesperada.

—Especialmente Martha Henderson. Sus quejas son realmente elaboradas. Hay una creatividad ahí que merece reconocimiento.

Liam suelta una risa. Una risa genuina, profunda, que transforma completamente su rostro. Sus ojos se arrugan en las esquinas, sus hombros se relajan, y por un momento parece diez años más joven. El sonido me atraviesa como una corriente eléctrica.

Oh no.

Oh no, no, no.

Reconozco esta sensación. Este calor en el estómago. Este absurdo impulso de hacer o decir algo —cualquier cosa— que provoque de nuevo esa risa. Es atracción. Innegable e inconveniente atracción por Liam Wellington.

El hombre que representa todo lo que me irrita: rigidez, convencionalismo, apego irracional a las normas. El hombre cuya visión del mundo es diametralmente opuesta a la mía.

Es un desastre. Es una locura. Es la broma cósmica definitiva.

Y mientras continuamos trabajando, intercambiando ideas y ocasionales pullas verbales, me pregunto con creciente alarma: ¿Cómo es posible que el único hombre en Sunset Valley con el que

no debería congeniar sea precisamente el que hace que mi pulso se acelere cuando sonríe?

CAPÍTULO 13

LIAM

Las manecillas del reloj marcan las doce menos diez de la noche, y la cafetería lleva horas cerrada. El único sonido, aparte de nuestras voces, es el suave crujir del papel mientras reorganizamos por enésima vez los materiales para la presentación. La luz cálida de las lámparas vintage crea un ambiente acogedor, casi íntimo, transformando completamente la atmósfera del lugar.

Es nuestra última noche de trabajo. Mañana a las siete partiremos hacia Billings para presentar nuestra propuesta ante el Comité del Circuito Nacional de Rodeo. Casi dos semanas de trabajo intenso, de discusiones acaloradas, de compromisos inesperados, culminarán en una presentación de treinta minutos que podría cambiar el futuro de Sunset Valley.

Y mi futuro político.

Observo a Iris mientras etiqueta meticulosamente cada sección del dossier que hemos creado. Tiene el pelo recogido en un moño descuidado, con varios lápices de colores atravesándolo como si su cabellera fuera un alfiletero improvisado. Lleva puesta una camiseta desgastada con el logo de algún festival de música y unos pantalones de yoga que ha llevado durante las últimas tres horas, después de cambiarse la ropa que había llevado durante el día.

—¿Me pasas las fotos del rancho? —pregunta sin levantar la vista de los papeles—. Necesito añadirlas a la sección de instalaciones.

Le entrego el sobre con las fotografías que tomé específicamente para la presentación. Nuestros dedos se rozan brevemente durante el intercambio, y siento ese ahora familiar hormigueo en la piel. Lo ignoro, como he estado haciendo durante días.

—Esta vista aérea es impresionante —comenta, examinando una de las imágenes—. Realmente muestra la magnitud del espacio disponible.

—Mi hermano Henry la hizo con un dron —explico—. Quería asegurarme de capturar los límites naturales que servirían para la zona de acampada.

Ella asiente, y una pequeña sonrisa aparece en sus labios. Esa sonrisa que he empezado a anticipar, a buscar incluso, durante nuestras sesiones de trabajo. La sonrisa que indica aprobación genuina, no la versión sarcástica que solía dirigirme.

Y ahí está de nuevo. Ese peligroso calor en el pecho que me invade cada vez más frecuentemente en su presencia. Esa sensación de... comodidad. De pertenencia. De paz. Como si trabajar hasta la medianoche con Iris Davis en una cafetería vacía fuera exactamente donde debo estar.

Es aterrador.

Porque estos días con ella han cambiado algo fundamental entre nosotros. Hemos establecido un ritmo, una dinámica que funciona contra toda lógica. Hemos descubierto que, a pesar de nuestras diferencias abismales, o quizás precisamente por ellas, nos complementamos. Donde yo veo estructura, ella ve posibilidades. Donde ella propone creatividad salvaje, yo aporto viabilidad práctica.

Y lo más perturbador: he empezado a disfrutar su compañía. A esperar nuestras reuniones. A notar su ausencia cuando no está desafiándome con alguna idea extravagante o riéndose de mi «obsesión patológica con los ángulos de 90 grados», como ella lo llama.

No puedo permitirlo.

Tengo que crear distancia entre nosotros.

—Creo que debería quedar claro que yo me encargaré de la parte logística en la presentación —digo, intentando redirigir mis pensamientos—. La infraestructura, el presupuesto, los aspectos técnicos.

—Y yo de la visión creativa y el componente comunitario —completa ella—. Lo tengo claro, Liam. Hemos ensayado esto como veinte veces.

Mi nombre en sus labios ya no suena extraño. Ha pasado de «alcalde Wellington» a «Wellington» y finalmente a «Liam» en este tiempo, una progresión que refleja perfectamente cómo han caído nuestras barreras. Demasiadas barreras.

—Por cierto —digo, y las palabras salen antes de que pueda reconsiderarlas—, respecto a mañana... sería conveniente que vistieras de forma... apropiada para la ocasión.

Sus manos se detienen sobre el papel. El ambiente en la habitación cambia instantáneamente, como cuando el barómetro cae antes de una tormenta.

—¿Apropiada? —repite, y hay un filo en su voz que no había escuchado en días—. ¿Qué significa exactamente «apropiada», Liam?

Me aclaro la garganta, incómodo pero decidido a seguir. Necesito esto. Necesito esta distancia. Necesito recordarnos a ambos que esto es un arreglo profesional temporal, no... lo que sea que ha estado creciendo entre nosotros.

Necesito recordarnos a ambos que somos diferentes e incompatibles.

—Profesional —contesto, evitando sus ojos—. Conservador. El comité está formado principalmente por hombres mayores bastante tradicionales. No queremos que se distraigan con...

—¿Con qué? —Su voz es engañosamente suave ahora, como terciopelo cubriendo una navaja—. ¿Con mi apariencia «excéntrica»? ¿Con mis colores «llamativos»? ¿Con mi ser completo que tanto te avergüenza?

—No me avergüenzas —respondo automáticamente, porque no es eso lo que pienso.

Iris se levanta lentamente, toda la calidez desaparecida de su rostro. Sus ojos, normalmente cálidos y expresivos, se han endurecido hasta parecer piedras preciosas: hermosas pero impenetrables.

—Sabes, durante estas sesiones, casi me convences —dice, y hay una tristeza en su voz que me golpea como un puño—. Casi me convences de que me veías algo más que un inconveniente colorido.

Que quizás había algo en mí que respetabas. Qué equivocada estaba.

—Iris, no es eso —intento explicar, levantándome también—. Solo estoy pensando en lo mejor para la presentación. En cómo maximizar nuestras posibilidades. Es estrategia, no juicio personal.

—¿Estrategia? —Su risa carece completamente de humor—. No, Liam. La estrategia fue cuando decidimos que yo hablaría de la visión comunitaria mientras tú te centrabas en los números. Esto es simple y llanamente vergüenza. Estás avergonzado de ser visto con alguien como yo frente a personas que consideras importantes.

Quiero negarlo. Quiero decirle que está equivocada. Pero las palabras no salen, porque en el fondo, hay una verdad dolorosa en lo que dice. Parte de mí sí teme que su apariencia no convencional afecte cómo nos perciba el comité. Parte de mí sí está preocupado por las miradas, los juicios, las asociaciones.

Y por eso necesito esta barrera. Porque otra parte de mí —una parte creciente, insistente— está fascinada precisamente por esa libertad, por esa autenticidad que ella representa. Una parte de mí anhela secretamente su valor para ser exactamente quien es, sin disculpas, sin compromisos.

A esa parte de mí le encanta como es Iris.

Y eso me aterra.

—Solo te estoy pidiendo que consideres el contexto —digo finalmente, optando por el camino seguro, el camino cobarde—. Es un entorno conservador. Las primeras impresiones importan.

Por un momento, parece que Iris va a recoger sus cosas e irse. Veo la batalla en sus ojos, el impulso de mandarme al infierno y abandonar todo el proyecto. Casi deseo que lo haga. Sería más fácil volver a nuestros roles de adversarios que navegar esta confusa tierra de nadie en la que hemos entrado.

Pero entonces, su expresión cambia. La ira da paso a algo más calculado, más determinado. Casi puedo ver los engranajes girando detrás de esos ojos extraordinarios.

—De acuerdo, alcalde Wellington —dice, volviendo al título formal como una clara declaración de guerra—. Mensaje recibido. No te

preocupes, mañana estaré perfectamente «apropiada» para tu preciosa presentación.

Hay algo en su tono que debería alarmarme, pero estoy demasiado aliviado por haber conseguido lo que buscaba —distancia, claridad, fronteras restauradas— para prestar atención.

—Gracias por entenderlo —respondo, ignorando la punzada de culpa que siento.

—Oh, lo entiendo perfectamente —dice, y hay un brillo peligroso en sus ojos—. Entiendo que después de casi dos semanas trabajando codo con codo, después de todas las noches que te he visto caerte de cansancio sobre esos papeles, después de haberte sostenido durante un ataque de pánico y haberte escuchado hablar de tus sueños... sigues viéndome como un problema que gestionar, no como una compañera que respetar.

Sus palabras me golpean como una bofetada. Quiero protestar, quiero explicar que no es tan simple, que hay matices, complejidades. Pero ella continúa antes de que pueda hablar.

—Lo más triste es que realmente quería que esto funcionara. No solo por el pueblo, o por el rodeo, sino por ti. —Niega con la cabeza, recogiendo sus papeles—. Pensé que quizás había algo más en Liam Wellington que un traje caro y ambiciones políticas. Mi error.

Cada palabra se clava como una aguja. Lo peor es que tiene razón. O al menos, parte de razón. Pero mi carrera, mi futuro, dependen de esta presentación. No puedo permitirme desviarme por... sentimientos. Por lo que sea que esté creciendo dentro de mí.

—Nos vemos mañana a las siete —dice, dirigiéndose a la puerta y abriéndola en una clara invitación a que me largue—. No te preocupes, estaré puntual. Y presentable. No decepcionaré al todopoderoso comité.

Asiento, cojo mis cosas y salgo por la puerta.

Iris la cierra al instante, dejándome solo en la acera con un vacío en el pecho que se siente sospechosamente como remordimiento.

Me paso una mano por el pelo en un gesto de frustración. Esta era la solución correcta. La única solución. Crear una distancia profesional, mantener la relación en términos claros y definidos. Era necesario.

Entonces, ¿por qué me siento como si acabara de cometer un error terrible?

La imagen de su rostro herido aparece en mi mente. La forma en que la luz desapareció de sus ojos. Cómo su voz, normalmente vibrante y llena de vida, se volvió plana y distante.

No me importa, me digo firmemente. Es mejor así. Más claro. Más seguro. Después de la presentación, volveremos a nuestras vidas separadas. Ella con la cafetería, sus cristales y sus cartas del tarot, yo con mi agenda política y mis responsabilidades. Como debe ser.

Y si siento un vacío en el estómago ante la idea, es simplemente cansancio. Nada más.

Mañana será un día crucial. La presentación tiene que ser perfecta. Mi futuro depende de ello. No puedo permitirme distracciones, ni remordimientos, ni cuestionamientos.

No puedo permitirme a Iris Davis.

Y esa certeza duele mucho más de lo que debería.

CAPÍTULO 14

IRIS

El paisaje de Montana se desliza por la ventanilla del coche como una acuarela infinita: montañas azuladas en la distancia, campos que comienzan a verdear con la primavera, ocasionales rebaños de ganado que parecen manchas sobre el lienzo de la pradera. En cualquier otro momento, estaría maravillada por la belleza del recorrido, quizás incluso obligando a parar para hacer alguna foto.

Pero no hoy. No cuando el silencio dentro del vehículo es tan denso que podría cortarse con un cuchillo.

Estoy cabreada.

Liam conduce con esa precisión mecánica que caracteriza todo lo que hace. Manos firmes sobre el volante, velocidad exactamente cinco kilómetros por encima del límite permitido, postura perfectamente erguida. Ni un solo movimiento superfluo. Ni una palabra innecesaria.

De hecho, ni una palabra, punto.

Llevamos casi dos horas en la carretera y solo ha abierto la boca para preguntar si necesitaba parar para ir al baño (pregunta que respondí con un escueto «no»), y para confirmar que tenemos todos los materiales para la presentación (otro «sí» igualmente seco por mi parte).

Me muerdo el interior de la mejilla para contener las palabras que amenazan con desbordarme. Palabras como «hipócrita», «cobarde» y «estirado». No servirían de nada excepto para empeorar una situación ya de por sí tensa. Y necesitamos estar concentrados para la presentación. Para ganar. Porque, aunque ahora mismo fantaseo con estrangular a Liam Wellington con su propia corbata

perfectamente anudada, sigo queriendo que nuestra propuesta sea la elegida.

Por el pueblo. Por la comunidad. No por él.

Miro de reojo su perfil. Está tenso, incluso para sus estándares habituales. Hay una rigidez en su mandíbula, una arruga entre las cejas que no ha desaparecido en todo el trayecto. Sus nudillos están blancos de apretar el volante.

Está nervioso. Probablemente piensa que voy a sabotearlo todo. Que me presentaré como una lunática hippie gritando sobre energías cósmicas y cristales curativos. Que lo avergonzaré frente al comité.

El pensamiento debería darme una perversa satisfacción. En cambio, me produce un extraño dolor en el pecho. Porque después de tantos días trabajando juntos, después de verlo vulnerable, de escucharlo hablar de sus sueños, de compartir risas inesperadas sobre las quejas de Martha Henderson... él sigue sin confiar en mí.

Sigue viendo solo lo que quiere ver.

El cartel de «Bienvenidos a Billings» aparece a lo lejos, y siento cómo Liam se tensa aún más, si eso es posible.

—Llegamos con una hora de antelación —dice, rompiendo finalmente el silencio—. Eso nos dará tiempo para prepararnos adecuadamente.

Su voz es tan profesional, tan distante, que podría estar hablando con cualquier colega, no con la persona que le ha visto al borde de un colapso nervioso, no con alguien que ha pasado los últimos días compartiendo ideas y creando algo juntos.

—Perfecto —respondo, igualmente formal.

Veo cómo aprieta la mandíbula ante mi tono cortante. Bien. Que sepa que no soy la única que puede levantar muros.

Billings se materializa a nuestro alrededor, con sus edificios modernos y su ritmo más acelerado que el de Sunset Valley. Liam navega por las calles con la seguridad de alguien que ha estado aquí muchas veces. Probablemente para reuniones políticas. Reuniones donde todos visten trajes idénticos y hablan en ese tono uniforme y sin vida que confunden con profesionalismo.

El hotel donde nos alojaremos aparece a nuestra izquierda: un edificio de ladrillo rojo de seis pisos, elegante sin ser ostentoso. El Montana Grand, según indica la marquesina dorada sobre la entrada.

—Dejaremos el equipaje y nos registraremos primero —dice Liam mientras aparca en el espacio reservado—. La sede del Circuito está a diez minutos a pie.

Asiento, limitándome a seguirlo mientras recoge su impecable maleta del maletero. Mi propio equipaje consiste en una mochila de viaje con estampado indio y una bolsa para el traje que contiene mi atuendo para la presentación.

Un atuendo que, estoy segura, dejará a Liam Wellington completamente estupefacto.

El vestíbulo del hotel es acogedor, con maderas oscuras y detalles en bronce que evocan una estética montana tradicional pero refinada. Una mujer de mediana edad con una placa que la identifica como «Beverly» nos recibe con una sonrisa profesional desde el mostrador de recepción.

—Bienvenidos al Montana Grand. ¿En qué puedo ayudarles?

—Tenemos una reserva a nombre de Sunset Valley —responde Liam, sacando su cartera para enseñar su identificación—. Dos habitaciones.

Beverly teclea en su ordenador, frunciendo ligeramente el ceño.

—Ah, sí, aquí está. Reserva para los representantes de Sunset Valley para la presentación del Circuito Nacional de Rodeo.

Su expresión se ilumina de repente.

—¡Oh! ¿Ustedes son el señor y la señora Wellington? —pregunta con entusiasmo renovado.

—¿Disculpe? —La voz de Liam sube una octava.

Esto está empezando a ponerse interesante.

Me pregunto si esta vez sí que le dará un infarto a Liam.

—Tengo una reserva para el matrimonio Wellington —explica Beverly, girando la pantalla para mostrarle—. Habitación 412, suite king con vistas a las montañas.

—Debe haber un error —dice Liam, y puedo ver cómo empieza a formarse una mancha roja en su cuello, subiendo hacia sus mejillas

—. Somos los representantes de Sunset Valley, pero no somos... no estamos...

—No estamos casados —intervengo, sintiendo una extraña mezcla de diversión y algo más indefinible—. Y necesitamos dos habitaciones separadas.

Beverly parece genuinamente confundida.

—Lo siento mucho, pero la reserva fue hecha por teléfono específicamente para, cito, «el alcalde Wellington y su esposa» —dice, mostrando las notas en la pantalla—. Y lamentablemente, no tenemos más habitaciones disponibles. El evento ha llenado completamente el hotel.

Matrimonio Wellington. Esposa. Casi puedo ver los engranajes girando en la cabeza de Liam mientras intenta procesar esta información. ¿Quién diablos hizo esta reserva y por qué pensó que éramos pareja?

La imagen de la secretaria de Liam aparece en mi mente. Ella fue quien organizó el papeleo para el viaje.

La muy...

—Esto es inaceptable —dice Liam, interrumpiendo mis pensamientos—. Debe haber alguna alternativa. Quizás otro hotel cercano...

—Lo siento, señor Wellington —responde Beverly, genuinamente apenada—. Pero con el evento del rodeo, todos los hoteles del centro están completamente reservados. Y la suite que tenemos para ustedes es una de nuestras mejores habitaciones. Tiene un sofá bastante cómodo, además de la cama king.

Veo cómo Liam está a punto de seguir discutiendo, probablemente dispuesto a dormir en el coche antes que compartir una habitación conmigo. Su rechazo me golpea con una fuerza inesperada.

Suficiente. No voy a dejar que esto nos desvíe de lo importante.

—Nos la quedamos —digo, extendiendo la mano para tomar la llave que Beverly sostiene.

—Iris —la voz de Liam es un susurro tenso—. No podemos compartir habitación.

—Podemos perfectamente, Wellington —respondo, manteniendo mi voz baja pero firme—. Es solo una noche. Tienes dos opciones: o compartes una suite enorme conmigo como dos adultos civilizados, o duermes en el coche y llegas a la resolución más importante de tu carrera oliendo a cuero recalentado y con la espalda destrozada. Tú decides.

Nos miramos fijamente durante lo que parece una eternidad. Puedo ver la batalla interna en sus ojos, el cálculo de los pros y contras, la búsqueda desesperada de una tercera opción que no existe.

Finalmente, asiente una vez. Seco, tenso, pero un asentimiento al fin y al cabo.

—Gracias por su ayuda, Beverly —digo, forzando una sonrisa—. Si mi «marido» sigue dando problemas, ¿puedo solicitar una almohada extra para golpearlo durante la noche?

Beverly suelta una carcajada, mientras Liam me mira horrorizado.

—Por supuesto, cariño —responde ella, siguiéndome el juego—. Las tenemos tamaño matrimonial, especiales para maridos difíciles.

Me despido y me dirijo hacia los ascensores, sintiendo los pasos rígidos de Liam tras de mí. Una vez dentro, pulso el botón para el cuarto piso y nos quedamos cada uno en un extremo de la cabina, como si el otro tuviera una enfermedad contagiosa.

—Esto es completamente inapropiado —murmura finalmente.

—¿Sabes qué es inapropiado, Liam? —respondo, cabreada—. Tratar a una compañera de trabajo como si fuera una vergüenza que hay que ocultar. Eso sí es inapropiado.

La flecha que acabo de dispararle da directamente en el blanco, porque aparta la mirada y no responde. Cuando las puertas del ascensor se abren, soy la primera en salir, determinada a mantener mi dignidad intacta.

La habitación 412 está al final del pasillo. Deslizo la tarjeta-llave y empujo la puerta, entrando en lo que, efectivamente, es una suite impresionante. Espaciosa, con una decoración elegante en tonos tierra, un escritorio junto a la ventana, un sofá de aspecto cómodo en la pequeña sala de estar, y más allá, visible a través de una

puerta entreabierta, una cama *king-size* que parece ridículamente grande para una sola persona.

Liam entra tras de mí, cerrando la puerta con un suave clic que de alguna manera logra sonar resentido.

—Tenemos que estar en la sede del Circuito en cuarenta minutos —dice, consultando su reloj—. Sugiero que nos cambiemos y salgamos cuanto antes.

Su voz es tan controlada, tan metódica, que por un segundo tengo el impulso irracional de hacer algo, cualquier cosa, para romper esa compostura perfecta. Tirarle un cojín. Desordenarle el pelo. Besarlo hasta que se olvide de cómo anudar una corbata.

Espera, ¿qué?

El último pensamiento me deja momentáneamente aturdida. No. Absolutamente no. El estrés del viaje y la situación me están haciendo pensar tonterías.

—Usaré el baño primero —digo, cogiendo mi bolsa del traje y dirigiéndome hacia la puerta que presumiblemente conduce al baño —. No tardaré.

Cierro la puerta tras de mí y me apoyo contra ella, respirando profundamente para calmar el repentino aceleramiento de mi pulso. No es por él, me digo firmemente. Es por la presentación. Por los nervios normales antes de hablar frente a un comité importante. Por la responsabilidad de representar a todo un pueblo.

No tiene nada que ver con el hecho de que en unas horas estaré durmiendo a menos de dos metros del insoportablemente atractivo y frustrante alcalde de Sunset Valley.

Nada en absoluto.

Abro mi bolsa de viaje y saco el atuendo que he escogido cuidadosamente para hoy. Lo extiendo sobre el mármol del lavabo y sonrío. Oh, va a ser una presentación memorable.

Y luego, una noche muy, muy larga.

CAPÍTULO 15

LIAM

La sala de espera de la sede del Circuito Nacional de Rodeo es imponente, con paredes de madera oscura y fotografías históricas de antiguos campeones. Debería estar repasando mentalmente nuestra presentación, afinando argumentos, anticipando preguntas del comité. En cambio, mi mente está en otra parte.

Específicamente, en la suite 412 del Montana Grand Hotel. En la cama que domina la habitación. En el sofá que sin duda será mi lecho esta noche. En el hecho de que, en pocas horas, estaré compartiendo un espacio cerrado con Iris hasta el amanecer.

¿Por qué me preocupa más eso que la presentación que está a punto de determinar el futuro de mi carrera política? Es irracional. Es absurdo.

Es aterrador.

Aún no puedo olvidar el momento en que Iris salió del baño, completamente transformada. Cuando la vi con ese traje pantalón de un azul medianoche profundo, perfectamente cortado para acentuar sus curvas sin resultar provocativo. Su pelo, recogido en un moño bajo y elegante, mostrando algunos mechones de un tono violeta tan sutil que parecía un juego de luz. Su maquillaje natural pero impecable, realzando esos ojos extraordinarios que parecen cambiar de color según la iluminación.

Parecía... profesional. Sofisticada. Perfectamente «apropiada».

No parecía ella misma.

Y me odié profundamente por haberle pedido que cambiara su apariencia.

Ese odio solo aumentó cuando me miró directamente a los ojos y preguntó: «¿Satisfecho con mi transformación, alcalde Wellington?

¿Suficientemente *conservadora* para tus amigos de traje?»

No tuve el valor de responder entonces, y ahora, sentados en esta sala de espera, el silencio entre nosotros es tan denso que podría cortarse con un cuchillo.

—Sunset Valley —anuncia una asistente con un portapapeles, interrumpiendo mis pensamientos—. El comité los recibirá ahora.

Nos ponemos de pie a la vez, y por un segundo nuestras miradas se cruzan. La determinación que veo en sus ojos me recuerda por qué, a pesar de nuestras diferencias, hemos trabajado tan bien juntos estas semanas. Cuando Iris Davis se propone algo, no hay fuerza en el universo que pueda detenerla.

—Vamos a ganar esto —dice simplemente.

Y contra toda lógica, le creo.

La sala del comité es aún más intimidante que la de espera: una mesa en forma de U donde siete hombres y dos mujeres, todos de edades entre cincuenta y setenta años, nos observan con expresiones impasibles. Pantallas para proyecciones flanquean la pared detrás de nosotros, y nuestros materiales ya están dispuestos sobre un podio central.

Me adelanto para presentarnos, cayendo en la rutina familiar de la diplomacia política.

—Buenos días, distinguidos miembros del comité. Soy Liam Wellington, alcalde de Sunset Valley, y esta es Iris Davis, miembro de nuestro equipo de desarrollo comunitario.

«Miembro de nuestro equipo». Una mentira piadosa que suena hueca incluso a mis propios oídos. Como si Iris fuera simplemente una subordinada, no la coautora y verdadera fuerza creativa detrás de nuestra propuesta.

Comienzo con la parte logística, mostrando mapas, presupuestos, planes de seguridad. Mi voz es firme, mis datos precisos, pero puedo sentir que no estoy conectando realmente con el comité. Sus expresiones siguen siendo educadamente neutrales, con ocasionales asentimientos corteses.

Es el tipo de presentación que he dado docenas de veces: competente, exhaustiva, impecable.

Y completamente olvidable.

—Y ahora, para hablar sobre la visión cultural y comunitaria de nuestra propuesta, cedo la palabra a la señorita Davis.

Iris avanza con una sonrisa que ilumina toda la habitación, y entonces... sucede la magia.

Su voz cambia, adquiriendo una cualidad que envuelve a todos los presentes. No es solo lo que dice, sino cómo lo dice. Con una pasión tan genuina, tan visceral, que es imposible no sentirse atraído por ella.

—Imaginen —indica, y de alguna manera esa simple palabra crea un espacio de posibilidad en la sala— un rodeo que no sea solo un evento que ocurre en Sunset Valley, sino un evento que Sunset Valley crea. Donde cada ciudadano, desde Sam Fisher con sus tallas de madera hasta Jessie Taylor con su música original, se convierte en parte de una experiencia irrepetible.

Mientras habla, la sala se transforma. Ya no estamos en un edificio corporativo en Billings, sino recorriendo mentalmente las calles de Sunset Valley, oliendo el pan recién horneado de la panadería de Miller, escuchando la música en vivo en la plaza central, sintiendo la energía de una comunidad completa unida en torno a una visión compartida.

Y el comité... el comité está cautivado. Veo a hombres que probablemente nunca han considerado la «experiencia holística» de nada en sus vidas asintiendo con entusiasmo mientras Iris describe cómo el festival complementará las competiciones tradicionales del rodeo.

Es una visión tan vívida, tan completa, que hace que todas las demás propuestas que hemos escuchado mientras esperábamos (prácticamente idénticas a mi parte de la presentación) parezcan esquemas bidimensionales en comparación.

Cuando finalmente termina y responde a las últimas preguntas, hay brillo en los ojos del comité. Un interés genuino. Y comprendo, con una claridad cristalina, que si ganamos, será gracias a Iris. No a mis presupuestos, no a mis proyecciones, no a mi experiencia política. Será gracias a su capacidad para hacer que las personas se preocupen, para hacerlas sentir, para mostrarles posibilidades que no sabían que existían.

Es una mujer increíblemente fascinante que cada día me sorprende más.

Y yo soy un completo gilipollas.

Salimos de la sala cuarenta minutos después, con la cita con el comité para la decisión de mañana. Iris se mantiene profesional hasta que estamos fuera del edificio, y entonces se permite una pequeña celebración, alzando los puños al aire.

—¡Lo hemos hecho! ¡Les ha encantado! ¿Has visto la cara del tipo con la corbata de caballos cuando mencioné las demostraciones de herrería artística? ¡Prácticamente estaba babeando!

Su entusiasmo es contagioso, y me descubro sonriendo a mi pesar.

—Has estado... —busco la palabra adecuada, aunque ninguna parece suficiente— extraordinaria.

Se detiene, sorprendida por el cumplido. Algo cambia en su expresión, una vulnerabilidad momentánea que rápidamente oculta tras una sonrisa casual.

—Bueno, alguien tenía que compensar tu presentación de robot corporativo —responde, pero no hay verdadero veneno en sus palabras—. Aunque debo admitir que tus gráficos eran impresionantemente aburridos. Un verdadero logro estético.

Y así, el momento pasa. Volvemos a nuestros roles habituales: ella provocando, yo conteniéndome. Ella caos, yo control.

Pero algo ha cambiado. O tal vez siempre ha estado ahí y solo ahora me atrevo a verlo.

Regresamos al hotel en un silencio menos tenso que el de la mañana. Ninguno menciona lo que nos espera: una noche compartiendo habitación. Como si al no nombrarlo, pudiéramos pretender que no está sucediendo.

La suite 412 nos recibe exactamente como la dejamos, con la cama enorme dominando el espacio como un elefante en la habitación.

—Yo dormiré en el sofá —digo automáticamente, mientras me aflojo la corbata—. Tú puedes quedarte con la cama.

Iris se encoge de hombros, dejando su bolso sobre una silla.

—Como quieras. Aunque es una cama ridículamente grande para una sola persona —responde, y por un segundo mi mente crea imágenes que no debería estar creando—. Voy a cambiarme. Ha sido un día largo.

Desaparece en el baño con su mochila, dejándome solo con mis pensamientos. Pensamientos que son cada vez más difíciles de controlar.

Me quito la chaqueta y la corbata, desabotonando los primeros botones de mi camisa mientras me acerco a la ventana. Billings se extiende ante mí, sus luces encendiéndose gradualmente mientras el sol comienza a ponerse.

¿Cómo he llegado a esto? Hace tres semanas, Iris Davis era la irritante dueña de la cafetería que perturbaba mis plenos municipales. Ahora es... ¿qué exactamente?

La puerta del baño se abre y ella emerge, transformada nuevamente. Se ha quitado el traje formal y ahora lleva un pantalón holgado de algodón y una camiseta suelta que deja un hombro al descubierto. Se ha soltado el pelo, y las ondas violetas caen libremente alrededor de su rostro. Se ha quitado el maquillaje, revelando las pecas que salpican el puente de su nariz.

Y es esta Iris —la real, la auténtica, sin filtros— la que hace que algo se retuerza dentro de mi pecho. La que me hace cuestionar cada certeza que creía tener.

—Iris —digo antes de poder contenerme—. Quiero disculparme.

Se detiene en seco, claramente sorprendida.

—¿Disculparte? ¿El todopoderoso alcalde Wellington conoce esa palabra?

Su tono es ligero, pero puedo ver cautela en sus ojos.

—Lo que dije anoche... sobre tu forma de vestir... —continúo, obligándome a mantener el contacto visual—. Fue irrespetuoso y estaba completamente fuera de lugar. No tenía derecho a pedirte que cambiaras tu apariencia. Fui un idiota.

La sorpresa en su rostro da paso a algo más suave, más abierto.

—Sí, lo fuiste —confirma, pero hay una sonrisa tentativa en sus labios—. Un completo y absoluto idiota.

—Lo sé.

—Un esnob elitista con un palo en el culo del tamaño de Montana.

—También lo sé.

—Un controlador obsesivo incapaz de apreciar que lo diferente puede ser hermoso.

—Estoy empezando a captar el patrón —digo, y para mi sorpresa, estoy sonriendo también.

Ella se ríe entonces, un sonido claro y musical que parece llenar cada rincón de la habitación. Y algo en esa risa desata un nudo que ni siquiera sabía que tenía dentro.

—Disculpa aceptada, Wellington —dice finalmente—. Aunque solo porque hoy es un día especial y estoy de buen humor.

—¿Tan segura estás de que vayamos a ganar?

—¿Tú no? —pregunta, inclinando la cabeza en ese gesto que he llegado a asociar exclusivamente con ella—. Los hemos conquistado, Liam. Pudieron intentar resistirse a mi encanto bohemio, pero fallaron miserablemente.

Su sonrisa es tan radiante, tan genuinamente feliz, que siento un impulso irracional de acercarme, de tocarla, de comprobar si es real o simplemente es un producto de mi imaginación estresada.

Y entonces me golpea, con la fuerza de un tren de mercancías.

Me gusta Iris.

No solo me atrae físicamente (aunque Dios sabe que eso también). Me gusta su mente, su pasión, su absurda terquedad. Me gusta cómo defiende sus convicciones. Me gusta cómo puede ver potencial donde otros solo ven obstáculos.

Me gusta todo lo que representa: libertad, autenticidad, coraje para ser exactamente quien es sin disculpas.

Todo lo que yo no soy. Todo lo que nunca me he permitido ser.

El reconocimiento es tan abrumador que tengo que sentarme en el borde de la cama. Siento un calor familiar extendiéndose por mi cuerpo, concentrándose de manera alarmante en zonas que ciertamente no deberían estar respondiendo a estos pensamientos. Y mucho menos cerca de una cama cuando estamos a solas.

Estoy completamente, irrevocablemente jodido.

—¿Liam? ¿Estás bien? —pregunta, acercándose con preocupación genuina—. Te has puesto pálido de repente.

—Estoy bien —respondo, y mi voz suena extraña incluso a mis propios oídos—. Solo... cansado.

Ella me estudia con esos ojos que parecen ver demasiado, y por un segundo aterrador, temo que pueda leer mis pensamientos. Que pueda ver el torbellino de deseo, confusión y miedo que me recorre.

—Deberías descansar —dice finalmente—. Ha sido un día largo.

Asiento, agradecido por la salida.

—Voy a... —señalo vagamente hacia el baño— refrescarme un poco.

Me encierro en el baño y me apoyo contra la puerta, respirando profundamente. En el espejo, mi reflejo parece el de un extraño: ojos demasiado brillantes, mejillas sonrojadas, expresión vulnerable.

No puedo sentir esto. No puedo permitírmelo. Iris Davis representa todo lo que podría descarrilar mi camino cuidadosamente planificado hacia el éxito político. Es impredecible, controvertida, imposible de controlar.

Es perfecta.

Y eso es lo que hace que sea tan peligrosa.

Cuando finalmente salgo del baño, la encuentro sentada en la cama, hojeando un libro. Alza la mirada y sonríe, y mi corazón da un vuelco tan brusco que casi espero que pueda oírlo.

—¿Mejor? —pregunta.

—Sí —miento—. Solo necesitaba un momento.

Me dirijo al sofá, preparándome mentalmente para una noche incómoda, tanto física como emocionalmente.

—Sabes —dice ella, cerrando su libro—, este viaje ha sido... educativo.

—¿En qué sentido? —pregunto, genuinamente curioso.

—He descubierto que debajo de todo ese control y esa rigidez, hay un ser humano real —responde con una sonrisa traviesa—. Posiblemente incluso uno decente.

—No te emociones demasiado —respondo secamente—. Mañana volveré a ser el alcalde estirado de siempre.

—Oh, lo sé —dice, con un suspiro teatral—. Pero por esta noche, en esta habitación, puedo fingir que somos solo Liam e Iris. Sin títulos, sin historia, sin expectativas.

La miro, y hay algo tan vulnerable en su expresión que me deja sin aliento.

—Me gustaría eso —admito, y la verdad de mis palabras me sorprende—. Solo por esta noche.

Ella sonríe, una sonrisa diferente a todas las que le he visto antes. Más suave, más íntima. Como si compartiera un secreto solo conmigo.

—Bien —dice simplemente—. Entonces somos solo nosotros.

Me permito, solo por esta noche, soñar con un mundo donde alguien como yo podría estar con alguien como ella.

Un mundo donde las diferencias no son obstáculos sino complementos. Donde el orden y el caos pueden coexistir en perfecta armonía.

Un mundo imposible, probablemente. Pero por unas horas, antes de regresar a Sunset Valley y a nuestras vidas separadas, me permito creer que podría existir.

Y es el sueño más dulce que he tenido en años.

CAPÍTULO 16

IRIS

La tensión que ha marcado todo nuestro viaje parece haberse diluido tras la disculpa de Liam. El ambiente en la habitación ha cambiado, como cuando el cielo se despeja después de una tormenta. Aún queda algo en el aire, una especie de electricidad estática, pero ya no amenaza con convertirse en un rayo.

Estoy sentada con las piernas cruzadas sobre la enorme cama, sintiendo la suavidad del edredón bajo mis dedos mientras observo a Liam revisar unos documentos en el escritorio. Sigue siendo tan metódico como siempre, pero hay algo diferente en su postura. Menos rígido. Como si se hubiera aflojado uno o dos botones invisibles.

Mi estómago gruñe, rompiendo el silencio.

—Creo que mi sistema digestivo acaba de expresar su opinión —digo, llevándome una mano al vientre—. ¿Tienes hambre?

Liam levanta la vista de sus papeles, y hay una sombra de sonrisa en sus labios.

—No hemos comido nada desde el desayuno —responde, consultando su reloj como si necesitara confirmar que, efectivamente, es hora de alimentarse—. Supongo que deberíamos cenar algo.

—Podríamos pedir al servicio de habitaciones —sugiero—. Y ver una película. Es demasiado tarde para salir a buscar un restaurante.

Espero resistencia. Una excusa sobre que tiene mucho trabajo pendiente. En cambio, Liam cierra la carpeta frente a él.

—De acuerdo —dice, y la facilidad con la que acepta me deja momentáneamente desconcertada.

—¿En serio? —pregunto, incapaz de ocultar mi sorpresa—. ¿Sin argumentos sobre cómo estás desperdiciando tiempo valioso que podrías usar para organizar el presupuesto trimestral o algo así?

—Resulta que incluso los alcaldes necesitan alimentarse —responde, y esta vez su sonrisa es más plena, llegando casi a sus ojos—. Además, hoy hemos hecho un buen trabajo. Creo que nos merecemos una pausa.

¿Quién es este hombre y qué ha hecho con Liam Wellington? Siento una calidez inesperada expandiéndose en mi pecho.

—No sabía que tuvieras permitido hacer pausas —digo, con una sonrisa traviesa—. Pensé que estaba en los estatutos de los Wellington: «No descansarás, ni comerás, ni vivirás como un ser humano normal».

Él pone los ojos en blanco, pero sin verdadera irritación.

—Muy graciosa. ¿Vamos a pedir esa comida o prefieres seguir burlándote de mis supuestos estatutos familiares?

Media hora después, nuestra cena ha llegado: hamburguesas gourmet con patatas, ensalada y una botella de vino tinto que impulsivamente añadí al pedido. Para mi sorpresa, Liam no protestó.

—¿Dónde vamos a comer? —pregunto, mirando alternativamente entre la pequeña mesa del rincón y el sofá.

—La mesa parece lo más adecua... —comienza Liam, pero lo interrumpo.

—¿Sabes qué sería realmente divertido? —digo, sintiendo un impulso repentino—. Comer en el suelo. Como un picnic interior.

Su expresión es impagable: una mezcla de confusión y horror, como si le hubiera sugerido bailar desnudos bajo la luna llena.

—¿En el suelo? —repite, como si no estuviera seguro de haber oído correctamente.

—Sí, el suelo. Esa superficie horizontal sobre la que caminamos —explico, disfrutando de su desconcierto—. Vamos, Wellington. Por una vez en tu vida, haz algo que no figure en tu agenda meticulosamente planificada.

Veo la batalla en sus ojos. El Liam alcalde, controlado y formal, contra... ¿quién? ¿El Liam que podría haber sido si no llevara el peso del mundo sobre sus hombros?

—Bien —dice finalmente, y me sorprende tanto que casi dejo caer las patatas—. Pero al menos usemos las toallas del baño como mantel. No quiero imaginar cuándo limpiaron por última vez la moqueta.

No puedo evitar reírme mientras voy al baño a buscar las toallas. Incluso en sus actos de rebeldía, Liam Wellington necesita un mínimo de orden.

Cuando regreso, lo encuentro de pie en medio de la habitación, como si no supiera exactamente cómo proceder con este extraño ritual de «comer en el suelo». Con movimientos exagerados, extiendo las toallas junto a la cama, creando un improvisado mantel de picnic.

—Siéntate —le indico, señalando el espacio que he preparado—. Te prometo que no vas a contraer ninguna enfermedad extraña.

—No estoy preocupado por enfermedades —protesta, mientras se sienta con la elegancia forzada de alguien que no está acostumbrado a tales posiciones—. Solo me preocupa manchar el traje.

Lo miro de arriba abajo, su impecable traje azul marino que, a pesar de haberlo llevado todo el día puesto, apenas muestra una arruga. Una idea se forma en mi mente.

—Podrías cambiarte —sugiero, intentando sonar casual—. Dime que tienes algo más que trajes en esa maleta.

Liam parece ofendido.

—Por supuesto que tengo otras prendas. No duermo con traje y corbata, ¿sabes?

—Honestamente, no me sorprendería —respondo, sirviéndome una copa de vino—. Te imaginaba durmiendo perfectamente recto, como una tabla, con un traje de tres piezas y los zapatos puestos, listo para levantarte al primer rayo de sol y conquistar el mundo.

Me mira con esa expresión que he llegado a reconocer: exasperación mezclada con una pizca de diversión que nunca admitiría sentir.

—Voy a cambiarme —anuncia, levantándose con dignidad—. Solo para demostrar que tus ridículas teorías sobre mí son incorrectas.

Sonrío victoriosamente mientras lo veo desaparecer en el baño con su maleta. Esta versión de Liam, ligeramente desenfadada,

dispuesta a seguirme el juego aunque sea un poco, me resulta peligrosamente atractiva.

Cuando regresa, casi me atraganto con el vino.

Liam Wellington, el hombre que parece haber nacido con traje y corbata, lleva ahora unos pantalones de chándal gris oscuro y una sencilla camiseta blanca que se ajusta perfectamente a sus hombros anchos y a su torso. Está descalzo, y como siempre, esos pies desnudos me parecen lo más íntimo que he visto en mucho tiempo.

Parece años más joven. Accesible. Humano.

Es devastadoramente atractivo, y de repente me arrepiento profundamente de mi brillante idea.

—¿Satisfecha? —pregunta, extendiendo los brazos—. Ropa normal para personas normales.

—Estoy impresionada —admito, intentando que mi voz suene ligera a pesar del calor que siento subir por mi cuerpo—. Pensaba que ni siquiera sabías lo que era un chándal.

Se sienta en el suelo, y tengo que esforzarme para no quedarme mirándolo fijamente.

Sirvo vino en su copa y se lo ofrezco.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, Iris Davis —dice, y hay algo en su tono que hace que mi pulso se acelere.

—Podríamos remediarlo —sugiero, tomando un sorbo de mi vino para disimular el repentino nerviosismo—. Juguemos a las veinte preguntas mientras cenamos.

—¿Un juego? —Su ceja se arquea con escepticismo.

—Vamos, será divertido —insisto, mordiendo una patata—. Yo pregunto, tú respondes. Luego tú preguntas, yo respondo. Nada demasiado personal si no quieres.

Para mi sorpresa, asiente.

—Tú primero —dice, dándole un bocado a su hamburguesa.

Así comienza la cena más extraña y sorprendentemente agradable que he tenido en mucho tiempo. Entre bocados y sorbos de vino, descubro que Liam prefiere los perros a los gatos, que tocaba el piano de niño, pero lo dejó cuando empezó la universidad, que su color favorito es el azul cobalto (no el azul marino de sus trajes, que

es una decisión «estética profesional»), y que en secreto disfruta de las novelas de suspense, aunque raramente tiene tiempo para leer.

A cambio, le cuento sobre mi infancia en Portland, sobre cómo conocí a Lauren en la universidad, sobre mi madre artista y su colección de cristales que ahora guardo como un tesoro. Le explico mi obsesión por los colores brillantes y por qué creo que la vida es demasiado corta para pasar desapercibida.

La comida desaparece, la botella de vino se vacía gradualmente, y sin darme cuenta, nos hemos movido. Ya no estamos sentados formalmente sobre las toallas, sino recostados contra el borde de la cama, hombro con hombro, tan cerca que puedo oler su aftershave mezclado con algo más básico, más esencial. Algo que es simplemente Liam.

—Vale, mi turno —digo, sintiendo la calidez del vino y de la conversación—. ¿Alguna vez has hecho algo verdaderamente impulsivo? Algo que no estuviera meticulosamente planeado.

Liam reflexiona por un momento, haciendo girar el vino en su copa.

—Compré una moto —dice finalmente—. El verano después de graduarme en la universidad. Mi padre casi me mata cuando la vio. Un Wellington no monta en «esas máquinas de muerte», según él.

—¿Sigues teniéndola? —pregunto, fascinada por esta imagen de un Liam rebelde que nunca había considerado.

—No —responde, y hay un destello de algo parecido al arrepentimiento en sus ojos—. La vendí cuando regresé a Sunset Valley. No encajaba con la imagen de futuro alcalde.

Hay tanta historia en esa simple respuesta. Me pregunto cuántas partes de sí mismo ha sacrificado Liam en el altar de las expectativas ajenas.

—Mi turno —dice, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Por qué el tarot? De todas las... pasiones alternativas, ¿por qué esa?

La pregunta me sorprende. No por su contenido, sino por la ausencia de juicio en su tono. Parece genuinamente curioso.

—Era lo que hacíamos mi madre y yo —respondo, sintiendo una oleada de nostalgia—. Cada domingo por la mañana, mientras otras familias iban a la iglesia, nosotras nos sentábamos en la cocina con

las cartas extendidas sobre la mesa. Ella decía que el tarot no era para predecir el futuro, sino para entender el presente. Para ver posibilidades que quizás estábamos pasando por alto.

Liam me escucha con atención, sin la expresión escéptica que esperaba.

—¿Las tienes aquí? —pregunta—. ¿Tus cartas?

—Siempre las llevo conmigo —admito, señalando mi bolso—. Son como mi amuleto de la suerte.

Nos miramos fijamente por un momento, y hay algo nuevo en sus ojos. Una calidez, una curiosidad que no había visto antes.

—¿Me leerías las cartas? —pregunta, y la petición me deja momentáneamente sin palabras.

—¿En serio?

—En serio —confirma, y veo que le cuesta un esfuerzo admitirlo —. Si es importante para ti, quiero entender por qué.

Mi corazón da un vuelco tan intenso que casi me mareo. O quizás sea el vino. Sea lo que sea, me levanto rápidamente y voy a por mi bolso.

—Vamos a la cama —sugiero, y al ver su expresión, añado rápidamente—. Para la lectura. Necesitamos una superficie plana y más cómoda.

Nos trasladamos a la enorme cama, sentándonos uno frente al otro con las piernas cruzadas. Saco mi mazo, envuelto en un pañuelo de seda que fue de mi madre, y lo coloco entre nosotros.

—Este era su mazo —explico, desenvolviendo las cartas con reverencia—. Lo usó durante más de veinte años.

Liam lo observa con fascinación mal disimulada. Sus dedos se mueven ligeramente, como si quisiera tocar las cartas pero no se atreviera.

—Puedes tocarlas —le digo, adivinando sus pensamientos—. No van a morderte.

Con cautela, toma la carta superior. El Mago. Muy apropiado.

—El Mago representa el poder de manifestar —explico, mientras barajo el resto del mazo—. La capacidad de convertir ideas en realidad. Es acción, determinación, foco. Bastante adecuado para ti, diría yo.

Liam estudia la carta con expresión pensativa.

—¿Cada carta tiene un significado específico? —pregunta.

—Tienen significados tradicionales, pero también significan lo que tú sientas al verlas —respondo, extendiendo tres cartas boca abajo entre nosotros—. Elige una.

Sin dudar, señala la del centro. Le doy la vuelta. La Torre.

—Oh —digo, sin poder evitar una pequeña sonrisa—. Interesante.

—¿Qué significa? —pregunta, con una arruga de preocupación entre las cejas.

—La Torre representa cambio radical. Disrupción. Destrucción de viejas estructuras para dar paso a algo nuevo —explico, observando su reacción—. Es una carta que asusta a muchos, pero en realidad habla sobre la liberación. A veces necesitamos que nuestras torres caigan para poder construir algo mejor en su lugar.

Liam mira la carta con intensidad, como si pudiera extraer secretos adicionales de ella.

—¿Y crees en esto? ¿De verdad? —pregunta finalmente—. ¿Que las cartas pueden... orientarnos?

Es una pregunta seria, sin burla, y me tomo mi tiempo para responder.

—Creo que las cartas son un espejo —digo finalmente—. No nos muestran nada que no esté ya dentro de nosotros. Solo nos ayudan a verlo desde un ángulo diferente. A veces, eso es todo lo que necesitamos para encontrar respuestas que ya teníamos.

Sigo extendiendo cartas, explicándole sus significados, mientras nuestras voces se vuelven cada vez más suaves, más íntimas. En algún momento, hemos pasado de estar sentados a estar recostados uno junto al otro, con las cartas esparcidas entre nosotros sobre el edredón.

No sé cuánto tiempo pasamos así, en esta extraña burbuja fuera del tiempo y el espacio, donde no somos Iris la hippie y Liam el alcalde, sino simplemente dos personas conectando sobre símbolos antiguos y significados personales.

Mis ojos comienzan a sentirse pesados. El reloj en la mesita marca las 1:23 de la madrugada, y siento como la fatiga del día finalmente me alcanza. Un bostezo traicionero escapa de mis labios.

—Deberíamos dormir —dice Liam, su voz profunda y relajada, tan diferente de su tono oficial—. Mañana sabremos los resultados.

Hace ademán de levantarse, probablemente para dirigirse al sofá como habíamos acordado, pero instintivamente mi mano atrapa la suya.

—Quédate —digo, y la palabra cuelga entre nosotros, cargada de significados potenciales—. La cama es enorme. Y somos adultos capaces de compartir un espacio sin complicaciones.

Lo veo dudar, y añado con una sonrisa traviesa:

—Además, sé perfectamente que no te sientes atraído por mí en lo más mínimo. Probablemente no me tocarías ni con un palo. Así que no hay peligro.

Sus labios se aprietan, como si estuviera conteniendo palabras que luchan por salir. Por un segundo, creo que va a contradecirme, y mi corazón salta a mi garganta.

Pero el momento pasa.

—Tienes razón —dice finalmente—. La cama es suficientemente grande para ambos.

Recogemos las cartas en silencio. Las envuelvo nuevamente en su pañuelo y las coloco con cuidado en mi bolso. Apagamos las luces, nos metemos bajo las sábanas, y de repente soy dolorosamente consciente de la presencia de Liam, a pesar del océano de tela que nos separa.

—Buenas noches, Iris —murmura Liam, su voz es un rumor profundo en la oscuridad.

—Buenas noches, Liam —respondo, intentando ignorar el inexplicable nudo en mi garganta.

El silencio se extiende entre nosotros, roto solo por el suave sonido de nuestras respiraciones. Cierro los ojos, pero el sueño se niega a venir. Soy demasiado consciente de su presencia, del calor que emana de su cuerpo, de la ligera depresión que su peso causa en el colchón.

Me pregunto si él también está despierto. Si también está luchando contra este extraño magnetismo que parece existir entre nosotros. Si también está imaginando cómo sería moverse esos centímetros cruciales que nos separan.

Es absurdo, por supuesto. Sé que no está pensando en eso. Somos demasiado diferentes. Agua y aceite. Caos y orden. Un político con ambiciones y una hippie con cristales.

Y, sin embargo, mientras permanezco en la oscuridad, escuchando su respiración volverse gradualmente más profunda y regular, no puedo evitar preguntarme: ¿y si la carta de La Torre era para mí? ¿Y si la estructura que necesita derrumbarse es esta idea de que alguien como yo nunca podría entenderse con alguien como él?

El pensamiento me persigue hasta que, finalmente, el cansancio me reclama y me deslizo en un sueño inquieto, donde cartas del tarot bailan y un hombre con corbata monta una motocicleta hacia el horizonte.

CAPÍTULO 17

LIAM

Lo primero que percibo al despertar es calor. Un calor envolvente, primitivo, que me rodea como nunca. Lo segundo es un aroma: pachulí, vainilla y algo cítrico que nunca he podido identificar. El aroma de Iris.

Abro los ojos lentamente, desorientado por un instante. La habitación del hotel está bañada en la suave luz dorada de la mañana que se filtra entre las cortinas. Y entonces lo comprendo.

Durante la noche, nuestros cuerpos han eliminado cualquier distancia cuidadosamente establecida. Iris está profundamente dormida, acurrucada de espaldas contra mí. Su respiración es lenta y regular, completamente ajena a la tormenta que está desatando en mi interior.

Jamás me he sentido así. Tan… al borde.

Estoy excitado. Dolorosamente excitado. Mi erección matutina, amplificada por su proximidad, presiona insistentemente contra la curva de su trasero, separados únicamente por la fina tela de nuestras prendas de dormir.

Debería apartarme. Ahora mismo. Crear distancia antes de que se despierte y se dé cuenta de mi estado. Pero mi cuerpo se niega a obedecer. En vez de alejarme, mis caderas parecen tener voluntad propia, presionándose ligeramente contra ella en un movimiento tan sutil que podría parecer inconsciente.

Iris suspira en sueños, un sonido suave y melodioso que envía una nueva oleada de deseo a través de mi cuerpo. Y entonces, para mi tortura absoluta, se mueve. Un simple ajuste de posición que hace que su trasero se frote directamente contra mi dureza.

El placer es tan intenso, tan inesperado, que tengo que morderme el labio para no emitir sonido alguno. Un escalofrío recorre mi columna vertebral y, sin poder evitarlo, mi brazo se desliza alrededor de su cintura, atrayéndola más hacia mí.

Es en ese momento cuando percibo el cambio en su respiración. Ya no es profunda y regular. Se ha vuelto más rápida, más superficial. Está despierta.

Debería soltarla. Disculparme. Crear distancia. Pero antes de que pueda hacer nada de eso, ella emite un sonido suave—mitad suspiro, mitad gemido—y se presiona deliberadamente contra mí.

El último resquicio de mi autocontrol se evapora. Con un gruñido que nace de lo más profundo de mi garganta, mis caderas responden, estableciendo un ritmo lento pero firme contra ella. Mi mano, que descansaba en su cintura, ahora se aferra a su cadera, guiando sus movimientos para maximizar la fricción.

No estamos hablando. No nos estamos mirando. Es algo más básico, más primitivo. Dos cuerpos cediendo a una necesidad que trasciende el pensamiento racional.

Estamos rindiéndonos a un deseo que ha existido desde el inicio entre nosotros.

Iris gime suavemente, su cabeza echada hacia atrás, exponiendo la delicada curva de su cuello. El impulso de morderla, de marcarla, es casi abrumador, pero me contengo. En vez de eso, entierro mi rostro en su pelo, inhalando su esencia mientras continúo moviéndome contra ella con creciente urgencia.

Su mano encuentra la mía en su cadera, y en lugar de apartarla, entrelaza nuestros dedos y los lleva hasta su centro. Es una invitación silenciosa, un permiso tácito que desata algo salvaje dentro de mí.

Comienzo a acariciar su clítoris con devoción.

Nuestros movimientos se vuelven más frenéticos, más desesperados. La fricción, incluso a través de la ropa, es exquisita. Cada roce envía oleadas de placer que nublan mi mente, borrando todo pensamiento excepto la necesidad primaria de más. Más contacto. Más presión. Más de ella.

Puedo sentir cómo su cuerpo comienza a tensarse cuanto más la toco. Su respiración se vuelve errática, sus movimientos más urgentes, menos coordinados. Está cerca. El conocimiento me embriaga, alimentando mi propio deseo.

—Déjate ir —susurro contra su oído, mi voz irreconocible, áspera por el deseo—. Déjate ir para mí.

Es como si mis palabras hubieran roto alguna barrera final. Con un gemido ahogado que intenta contener mordiendo la almohada, Iris se arquea contra mí, su cuerpo entero temblando mientras el placer la recorre.

Verla perderse en el éxtasis me lleva al borde del abismo. Su abandono, la forma en que se entrega completamente al placer, desarma todas mis defensas. Con una última embestida contra ella, mi propio orgasmo me alcanza, intenso y abrumador. Oleadas de placer recorren mi cuerpo mientras me aferro a ella como un náufrago a su tabla de salvación.

Durante unos momentos, no existe nada más. No hay Sunset Valley, no hay rodeo, no hay política ni expectativas. Solo este momento perfecto, suspendidos en un espacio donde el tiempo parece haberse detenido.

Gradualmente, nuestras respiraciones comienzan a normalizarse. La bruma del placer se desvanece lentamente, y con ella regresa la conciencia. La comprensión de lo que acaba de ocurrir.

Ninguno se mueve. Ninguno habla. Es como si romper este silencio fuera a romper algún hechizo, obligándonos a enfrentar la realidad de lo que hemos hecho.

Mi brazo sigue sobre su cuerpo, nuestros dedos entrelazados. Puedo sentir el latido de su corazón, aún acelerado, bajo mi palma. Debería apartarme. Debería decir algo. Pero no puedo. No quiero.

Y entonces, un sonido penetra nuestra burbuja: golpes firmes en la puerta de la habitación.

—¿Señor Wellington, señorita Davis? —una voz femenina llama desde el pasillo—. Soy Rebecca del comité. ¿Está todo bien? Les estamos esperando en el desayuno.

La realidad nos golpea como un baldazo de agua helada. Nos separamos de golpe, como si el contacto repentinamente quemara.

Mis ojos vuelan hacia el reloj digital en la mesita: 9:27 AM. El desayuno de clausura comenzó hace casi media hora.

—¡Un momento! —respondo, mi voz extrañamente ronca—. Bajaremos enseguida. Nos... nos hemos quedado dormidos.

—Por supuesto —responde Rebecca, con un tono que sugiere que entiende perfectamente lo que ha ocurrido—. No se demoren demasiado, por favor. Es importante que estén presentes para el anuncio.

Sus pasos se alejan por el pasillo, dejándonos en un silencio cargado de tensión. Por primera vez desde que nos despertamos, me atrevo a mirar directamente a Iris.

Su pelo es un caos glorioso de ondas violetas, sus mejillas sonrosadas, sus ojos brillantes. Nunca la había visto más hermosa, y el pensamiento me aterra.

—Nos hemos quedado dormidos —dice, y hay una nota de histeria contenida en su risa breve—. El alcalde más puntual de Montana se ha quedado dormido.

—Yo nunca me quedo dormido —respondo automáticamente, como si ese fuera el aspecto más relevante de lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

Nos miramos por un segundo que parece estirarse hasta el infinito. Hay tantas cosas que deberíamos decir. Tantas preguntas sin respuesta. Pero no hay tiempo.

—Deberíamos... —comienza ella.

—Vestirnos —completo, asintiendo con demasiado entusiasmo—. Sí. Ahora mismo.

Salimos de la cama casi simultáneamente, manteniendo la distancia entre nosotros. La mancha de humedad en mis pantalones de pijama es evidente, pero intento ignorarla mientras busco mi traje.

—Tú primero —digo, señalando el baño con la cabeza, evitando mirarla directamente.

Iris asiente, y coge la ropa para cambiarse con movimientos que parecen demasiado casuales para la situación. No hay vergüenza en ella, noto con una mezcla de asombro y envidia. Como si lo que acaba de pasar fuera perfectamente normal. Natural.

Cuando la puerta del baño se cierra tras ella, me quedo solo con mis pensamientos caóticos y la sensación persistente de su cuerpo contra el mío. Las implicaciones de lo que acaba de ocurrir comienzan a asentarse como piedras en mi estómago.

He cruzado una línea. Una línea que me había prometido no cruzar jamás. Y lo peor es que, a pesar de la culpa y la confusión, no puedo arrepentirme realmente. No cuando todavía siento el fantasma de su calor contra mí. No cuando todavía escucho el eco de sus gemidos en mis oídos.

Esto lo cambia todo. Y nada. Porque cuando regresemos a Sunset Valley, seguiré siendo el alcalde con aspiraciones políticas y ella seguirá siendo la dueña bohemia de la cafetería. Dos personas demasiado diferentes para funcionar fuera de la burbuja artificial de una habitación de hotel. Por mucho que ella me encante.

¿Verdad?

El pensamiento no me reconforta tanto como debería. Y mientras espero mi turno para usar el baño, intentando recuperar algo de mi compostura habitual, una certeza se instala en mi mente: después de esta mañana, nada volverá a ser igual entre nosotros.

Y lo más perturbador de todo es que una parte de mí —una parte pequeña, rebelde, recién despertada— se alegra por ello.

CAPÍTULO 18

IRIS

El comedor del hotel está abarrotado cuando finalmente llegamos. Hay mesas redondas distribuidas por toda la sala, manteles blancos impecables, centros florales discretos pero elegantes, y los representantes de todos los pueblos candidatos intercambiando conversaciones educadas mientras toman café.

Siento como si llevara un cartel de neón sobre la cabeza: «ACABO DE FROTARME CONTRA EL ALCALDE HASTA EL ORGASMO».

Me arde la cara con solo pensarlo. No puedo mirar a Liam directamente, no después de lo que ha ocurrido en esa cama hace menos de veinte minutos. Mi cuerpo aún vibra con los rescoldos del placer, una sensación fantasma que se niega a desaparecer. Cada vez que cierro los ojos, puedo sentir sus manos fuertes acariciando mi clítoris, su aliento cálido contra mi nuca, su voz grave ordenándome que me dejara ir...

Estoy absolutamente jodida.

—¡Sunset Valley! —Rebecca, la organizadora que nos sorprendió en la habitación, se acerca con una sonrisa demasiado amplia para mi gusto—. Por aquí. Les hemos guardado asientos.

Nos guía a través del comedor hasta una mesa, donde ya están sentados los representantes de Helena y Missoula. Los saludamos con una cordialidad tensa mientras tomamos asiento, Liam deja una silla vacía entre nosotros, un detalle que no pasa desapercibido para nadie. Se me encoje el estómago.

Se arrepiente de lo que ha pasado entre nosotros.

Dios. ¿Por qué me importa tanto?

—Café —murmuro cuando un camarero se acerca con una jarra. Es lo único en lo que puedo confiar en este momento, en medio de

esta situación completamente surrealista.

El líquido caliente me quema la lengua cuando lo tomo, pero casi agradezco el dolor. Me da algo en qué concentrarme que no sea el hombre a mi izquierda, perfectamente compuesto en su traje impecable, como si hace veinte minutos no hubiera estado gruñendo de placer contra mi cuello.

¿Cómo demonios lo hace? ¿Cómo puede parecer tan... normal? Si no fuera por el ligero rubor en sus mejillas y la forma en que evita mirarme, nadie sospecharía que algo ha pasado entre nosotros.

Mientras tanto, yo me siento como un desastre. A pesar de haberme lavado la cara con agua helada y cepillado el pelo hasta domarlo en un moño profesional, sé que parezco exactamente lo que soy: una mujer que acaba de tener el orgasmo más intenso de su vida y que no ha tenido tiempo suficiente para procesarlo.

—El buffet está abierto —anuncia Rebecca—. Por favor, sírvanse mientras preparamos los anuncios finales.

Liam se levanta inmediatamente, probablemente agradecido por la oportunidad de poner más distancia entre nosotros.

—¿Quieres que te traiga algo? —pregunta, con tanta formalidad que me haría reír si no estuviera tan mortificada.

—No, gracias —respondo, manteniendo mi mirada fija en la taza de café—. No tengo hambre.

Es una mentira. Tengo tanta hambre que podría devorar el buffet entero. El sexo, incluso el sexo sin penetración, siempre me abre el apetito. Pero la idea de poner algo en mi estómago ahora mismo, con estos nervios, me parece imposible.

Cuando se aleja, me permito que mis hombros se desplomen. Respiro profundamente, intentando centrarme. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo he podido dejarme llevar así? Con Liam Wellington, de todas las personas. El hombre que encarna todo lo que me irrita: rigidez, convencionalismo, obsesión con el control.

El hombre que me mira como si no supiera si quiere estrangularme o... bueno, lo que acabamos de hacer.

El hombre cuyos dedos entrelazados con los míos se sentían inexplicablemente perfectos.

Joder, joder, joder.

Mi cuerpo traicionero ha escogido al peor candidato posible. ¿Un asesino en serie? Sería mejor. ¿Un ninja renegado? Sin problema. ¿El último superviviente de una secta apocalíptica? Al menos tendría historias interesantes que contar.

Pero no. Tenía que ser Liam Wellington. El señor «Planificación Meticulosa». El futuro gobernador. El hombre que probablemente tiene la fecha y hora de sus rupturas anotadas en su agenda con meses de antelación.

El hombre que inevitablemente me romperá el corazón.

Porque esa es la verdad que estoy intentando evitar, ¿no? Lo que siento por él no es solo deseo. No es solo atracción física. Me gusta. Me gusta su mente afilada. Me gusta su sentido del deber. Me gusta incluso su ridícula rigidez, porque ahora sé que esconde a un hombre que puede reírse, que puede ser vulnerable, que puede gemir mi nombre como si fuera una oración.

—¿Seguro que no quieres nada?

Su voz me sobresalta. Ha regresado con un plato modestamente lleno: huevos revueltos, fruta fresca, una tostada. Todo organizado en secciones precisas, sin que nada toque lo demás. Tan típico de él.

—Estoy bien —insisto, aunque mi estómago elige ese preciso momento para gruñir de forma audible.

Liam arquea una ceja perfecta, y sin decir una palabra, coge su tostada y la coloca frente a mí.

El gesto es tan sorprendentemente considerado que me deja momentáneamente sin palabras. Acepto la tostada con un murmurado «gracias» y le doy un pequeño mordisco, sin saber qué más hacer.

Comemos en silencio, manteniendo la vista fija en nuestros respectivos platos como si contuvieran los secretos del universo. La tensión entre nosotros es casi tangible, un campo magnético que parece distorsionar el aire mismo.

—Sobre lo de esta mañana... —comienza él, su voz tan baja que tengo que inclinarme para escucharlo.

Mi corazón salta a mi garganta. No. No estoy preparada para esta conversación. No con un comedor lleno de gente. No con mi cerebro aún nublado por el recuerdo de sus manos en mi cuerpo.

—No tenemos que hablar de ello —lo interrumpo rápidamente—. De hecho, preferiría que no lo hiciéramos nunca.

Veo como la sorpresa cruza su rostro, seguida de algo que se parece inquietantemente al dolor. Pero se recupera rápidamente, su máscara profesional volviendo a su lugar.

—Por supuesto —dice con una rigidez que me duele físicamente —. Como prefieras.

Quiero explicarle que no es lo que piensa. Que yo no estoy arrepentida. Que yo no me avergüenzo. Que simplemente no puedo soportar escucharle a él decir que ha sido un error, una anomalía, algo que debe ser analizado, archivado y olvidado.

No estoy dispuesta a entregarle mi corazón en una bandeja a este hombre para que lo aplaste frente a mí.

No puedo permitírmelo.

CAPÍTULO 19

IRIS

La sala de espera del Circuito Nacional de Rodeo está sumida en un silencio tenso. Solo se escucha el sonido del reloj de pared y el ocasional crujir del cuero de los sillones cuando alguno de los representantes de los diferentes pueblos candidatos cambia de posición. Todos intentamos aparentar calma, pero la verdad es que la tensión podría cortarse con un cuchillo.

Miro de reojo a Liam, sentado a mi lado con esa postura perfectamente controlada: espalda recta, manos descansando sobre sus rodillas, expresión impasible que no revela nada. Si no fuera por la forma en que tamborilea sutilmente con el pulgar contra su pierna, pensaría que está completamente tranquilo.

Después del desastre de esta mañana, hemos conseguido mantener una fachada de profesionalidad. No hemos hablado de lo que pasó en esa cama de hotel, como si al no mencionarlo pudiéramos fingir que nunca ocurrió. Como si pudiera olvidar la sensación de sus manos sobre mi cuerpo, su respiración en mi cuello, la forma en que su cuerpo encajaba perfectamente contra el mío...

No. Ahora no.

Me obligo a concentrarme en el presente. En esta sala. En lo importante: la decisión que está a punto de anunciarse y que podría cambiar el futuro de Sunset Valley.

La puerta se abre y Richard Donaldson, el presidente del Comité, entra seguido por otros dos miembros. Su expresión es deliberadamente neutra, típica de alguien acostumbrado a dar buenas y malas noticias con la misma profesionalidad.

—Señoras, señores —comienza, con una voz grave que resuena en la habitación—. Primero quisiera agradecer a todos los representantes por su tiempo y dedicación. Todas las propuestas presentadas han sido excepcionales, lo que ha hecho que nuestra decisión sea extraordinariamente difícil.

Es el discurso típico que se da para suavizar el golpe a los perdedores. Instintivamente, mi mano busca algo a lo que aferrarse y, antes de darme cuenta, se ha posado sobre la de Liam. Él se tensa por un segundo, pero no se aparta. Al contrario, gira ligeramente su palma hacia arriba, permitiendo que nuestros dedos se entrelacen. El contacto me envía un escalofrío por todo el brazo.

—Cada comunidad tiene cualidades únicas que harían del rodeo un evento memorable —continúa Donaldson—. Sin embargo, después de largas deliberaciones, hemos llegado a una decisión unánime.

Contengo la respiración. El tiempo parece detenerse. La mano de Liam aprieta ligeramente la mía.

—Es por ello que me complace anunciar que la sede del evento especial del Circuito Nacional de Rodeo de este verano será... ¡Sunset Valley!

Por un instante, no proceso las palabras. Es como si mi cerebro se negara a aceptar lo que mis oídos han escuchado. Y entonces, la realidad me golpea como una oleada.

Hemos ganado.

¡Hemos ganado!

Un grito de alegría escapa de mi garganta antes de que pueda contenerlo. Sin pensar, me pongo en pie de un salto y, guiada por pura euforia, me lanzo a los brazos de Liam, que se ha puesto de pie también.

Él, tomado por sorpresa, se tambalea ligeramente antes de estabilizarse. Sus manos quedan un instante suspendidas en el aire, como si no supiera qué hacer con ellas, pero luego, en un gesto que me sorprende tanto como me emociona, sus brazos me rodean firmemente.

—¡Lo hemos conseguido! —grito contra su pecho, sintiendo la adrenalina recorrer cada centímetro de mi cuerpo—. ¡Lo hemos

conseguido, Liam!

Su corazón late acelerado bajo mi mano, un ritmo frenético que se hace eco del mío. Su aroma —sándalo, cuero— me envuelve por completo, y de repente soy muy consciente de nuestra proximidad.

Me separo ligeramente para mirarlo a la cara, y lo que veo me deja sin aliento. Sus ojos, normalmente tan controlados, tan medidos, brillan con una emoción que nunca le había visto. Hay algo crudo y primitivo que reconozco inmediatamente porque es exactamente lo que yo estoy sintiendo.

No sé quién se mueve primero. Quizás los dos a la vez, como imanes que ya no pueden resistir la fuerza que los atrae irremediablemente. Nuestros labios se encuentran, y el mundo entero desaparece.

Su boca es cálida, firme, decidida. No hay nada tentativo en este beso. Es como si ambos hubiéramos estado conteniéndonos durante demasiado tiempo y ahora fuera imposible parar. Sus manos suben a mi rostro, acunándolo con una delicadeza que contrasta con la intensidad de su boca contra la mía.

Mis dedos se enredan en su pelo, despeinando esa perfección meticulosa, y siento una extraña satisfacción al hacerlo. Yo, desordenando al hombre que vive para el orden.

El beso se profundiza, nuestras lenguas encontrándose en una danza que parece instintiva, natural, como si nuestros cuerpos conocieran un lenguaje que nuestras mentes se niegan a aceptar. Es fuego líquido corriendo por mis venas, es electricidad pura, es olvidar por completo dónde estamos y quiénes somos.

Un pequeño gemido escapa de mi garganta cuando sus dientes rozan suavemente mi labio inferior, y siento cómo se tensa en respuesta, sus manos apretando ligeramente mi cintura.

—Ejem...

La voz de Donaldson nos devuelve bruscamente a la realidad. Nos separamos de golpe, como dos adolescentes pillados por el director del instituto.

Me giro para encontrar al comité entero mirándonos con expresiones que oscilan entre la diversión y la incomodidad profesional. Los representantes de los otros pueblos observan la

escena con distintos grados de sorpresa y, en algunos casos, evidente envidia.

—Entiendo vuestra emoción —dice Donaldson, con un tono que sugiere que entiende mucho más de lo que dice—. Si podéis acompañarnos a la sala de conferencias, nos gustaría repasar los detalles logísticos, las fechas exactas y el presupuesto asignado.

Siento el calor subir por mi cuello hasta instalarse en mis mejillas. Por el rabillo del ojo, veo que Liam se ha recompuesto con una velocidad impresionante: traje alisado, postura erguida, expresión profesional firmemente en su sitio. Solo el color elevado en su rostro y sus labios ligeramente hinchados delatan lo que acaba de ocurrir.

Yo estoy menos compuesta. Mi cerebro parece haber cortocircuitado. ¿Qué narices acaba de pasar? ¿He besado a Liam Wellington? No, peor aún: ¿nos hemos besado delante de todos los peces gordos del Circuito Nacional de Rodeo?

—Por supuesto —responde Liam, con una voz que casi suena normal—. Estamos listos.

Me lanza una mirada rápida que no sé interpretar, antes de seguir a Donaldson hacia la puerta.

Le sigo con piernas que parecen de gelatina, intentando ordenar mis pensamientos. Una parte de mí quiere echar a correr en dirección contraria, lo más lejos posible de la complicación que Liam Wellington representa. Otra parte, más primitiva, más honesta, quiere agarrarlo del brazo y arrastrarlo de vuelta a nuestra habitación de hotel para continuar lo que acabamos de empezar.

Pero no hago ninguna de las dos cosas. En lugar de eso, respiro hondo, compongo mi mejor expresión profesional, y sigo al grupo como si mi mundo no acabara de tambalearse sobre su eje.

Porque eso es exactamente lo que ha ocurrido, ¿verdad? Con este beso hemos cruzado una línea de la que no hay vuelta atrás. Ya no podemos fingir que lo que pasó esta mañana fue una aberración, un momento de debilidad provocado por la proximidad y el estado de duermevela.

Mientras camino por el pasillo hacia la sala de conferencias, intentando concentrarme en los detalles prácticos del rodeo que nos

esperan, una certeza se instala en mi estómago como una piedra: estoy metida en un lío monumental.

Porque tener intimidad con el alcalde una vez podría pasar como un desliz. Dos veces ya es un patrón. Y mi historial con los patrones no es precisamente alentador.

Sobre todo, cuando involucran a hombres que representan todo lo que me he pasado la vida evitando: control, tradición, expectativas.

Hombres como Liam Wellington.

CAPÍTULO 20

IRIS

Han pasado cinco días desde nuestro regreso de Billings, y aún no he intercambiado ni una sola palabra con Liam Wellington.

No es que no hayamos tenido oportunidades, es que hemos decidido ignorarnos.

Sunset Valley está en plena efervescencia por la noticia del rodeo. La plaza del pueblo se ha convertido en un hormiguero de actividad, con reuniones improvisadas, celebraciones espontáneas y grupos de vecinos discutiendo planes y posibilidades. Como principales artífices del éxito, Liam y yo deberíamos estar en el centro de todo.

Y lo estamos, pero nunca simultáneamente. Es como si hubiéramos establecido un acuerdo tácito de evitación mutua. Si él está en una reunión del comité, yo envío mis ideas por escrito. Si yo estoy en la cafetería revisando planos, él pospone su visita.

Es agotador, francamente. Requiere una coordinación casi telepática y una vigilancia constante. Y lo peor es que, a pesar de todos mis esfuerzos por mantenerme alejada, parece que no puedo pasar ni cinco minutos sin pensar en él.

En su boca contra la mía. En sus manos en mi cintura. En ese gruñido bajo que emitió cuando mordió suavemente mi labio inferior...

—¿Quieres explicarme qué demonios te pasa?

La voz de Lauren me sobresalta, sacándome bruscamente de mi ensimismamiento. Estoy detrás del mostrador de la cafetería, supuestamente preparando masa para galletas, pero llevo diez minutos mezclando los mismos ingredientes sin avanzar.

—No me pasa nada —respondo automáticamente, aunque ni yo misma me lo creo.

Lauren me lanza esa mirada, la que utiliza con Luna cuando la niña intenta negar que se ha comido las galletas a pesar de tener chocolate por toda la cara.

—Llevas días con la cabeza en las nubes —dice, apoyándose en el mostrador frente a mí—. Te he visto medir dos veces el azúcar en la misma receta, poner canela en vez de cacao, y hace media hora le serviste a Martha Henderson un café con sal porque confundiste los botes.

Mierda. Ni siquiera me había dado cuenta de eso último.

—Solo estoy... distraída —intento excusarme—. Ha sido una semana intensa, con lo del rodeo y todo eso.

—Ajá —Lauren asiente, claramente no convencida—. ¿Y tu repentina alergia a Liam Wellington también tiene que ver con «el rodeo y todo eso»?

El nombre me provoca un estremecimiento involuntario que, por supuesto, mi mejor amiga no pasa por alto.

—No sé de qué hablas —digo, concentrándome intensamente en la masa frente a mí.

—Por favor —resopla Lauren—. El martes te escondiste en el almacén cuando viste su coche aparcar fuera. Y ayer te vi literalmente dar media vuelta y caminar en dirección contraria cuando lo viste salir del ayuntamiento.

Siento el calor subir por mis mejillas. No sabía que había sido tan obvia.

—Es... complicado —murmuro.

—¿Qué pasó en Billings? —pregunta directamente, bajando la voz para que ningún cliente pueda oírnos—. Y no me digas que nada, porque los dos volvisteis actuando como si el otro tuviera una enfermedad contagiosa.

El peso del secreto que he estado cargando durante días se vuelve repentinamente insoportable. Necesito contárselo a alguien o voy a explotar.

—Le besé —confieso en un susurro, sintiendo cómo las palabras se liberan de mi garganta como pájaros de una jaula.

Lauren parpadea, sorprendida por mi admisión, pero se recupera rápidamente.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? —respondo, incrédula—. Lauren, estamos hablando de Liam Wellington. El alcalde. El señor Perfección. El hombre que probablemente plancha sus calcetines.

Una sonrisa comienza a formarse en los labios de mi amiga.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Y qué? ¿Fue un mal beso? ¿Te apartó? ¿Te dijo algo horrible después?

—No, no es eso... —Siento el calor intensificarse en mi cara—. De hecho, él me devolvió el beso. Bastante... entusiastamente.

La sonrisa de Lauren se ensancha.

—Entonces, ¿cuál es el problema exactamente?

Suspiro profundamente. ¿Cómo explicar el torbellino de emociones contradictorias que me ha estado consumiendo desde aquel día?

—El problema es que... —busco las palabras adecuadas— me gusta, Lauren. Y no solo físicamente, aunque Dios sabe que eso también. Me gusta su mente, su determinación, incluso su ridícula obsesión con el orden. Me gusta cómo se preocupa por este pueblo, cómo escucha realmente cuando le hablas de algo importante, cómo a veces, muy raramente, deja caer esa máscara de perfección y muestra al hombre que hay debajo.

Las palabras salen en una cascada que no puedo contener. Es la primera vez que hablo sobre estos sentimientos en voz alta.

Lauren me observa atentamente, sin interrumpir mi confesión.

—Y es un desastre —continúo—. Porque él y yo somos completamente incompatibles. Él es estructura, yo soy caos. Él es tradición, yo soy innovación. Él es un traje de tres piezas, yo soy un vestido hecho de retazos de colores. Literalmente me pidió que me vistiera «apropiadamente» para la presentación porque le daba vergüenza ser visto conmigo tal como soy.

Mi voz se quiebra ligeramente al final. Esa es la parte que más me duele. No el rechazo, no la distancia, sino la idea de que Liam Wellington nunca podría aceptarme completamente como soy.

—Iris —dice Lauren suavemente, agarrando mis manos sobre el mostrador—, ¿has considerado la posibilidad de que quizás a él también le gustas?

Niego con la cabeza.

—No. Es imposible. Me tolera, a veces incluso parece disfrutar de nuestras discusiones, pero... —trago saliva— ¿gustarle? ¿A él? No, Lauren. Los hombres como Liam Wellington no se enamoran de mujeres como yo. Se casan con versiones femeninas de sí mismos: controladoras, ambiciosas, políticamente convenientes. Y yo jamás podría ser eso.

Lauren suspira, apretando mis manos.

—Creo que estás vendiendo a Liam muy por debajo de su valor —dice—. Y también a ti misma. He visto cómo te mira cuando cree que nadie se da cuenta.

Mi corazón da un vuelco traicionero.

—¿Cómo? —pregunto, incapaz de contener mi curiosidad, a pesar de que no me quiero hacer ilusiones.

—Como si fueras un acertijo que no puede resolver, pero que tampoco quiere abandonar —responde con una sonrisa cómplice—. Como si fueras la única persona en la habitación que realmente ve.

Quiero creerla. Una parte de mí desesperadamente quiere creer que existe un mundo donde alguien como Liam Wellington podría realmente quererme, no a pesar de mis diferencias, sino por ellas.

Pero la parte racional de mi cerebro, la que ha sido rechazada y juzgada toda mi vida por ser «demasiado», no puede aceptarlo.

—Incluso si eso fuera cierto —digo, volviendo a mi masa de galletas—, no funcionaría. Para su carrera política, para sus ambiciones de gobernador... yo sería un lastre. La hippie excéntrica que lee el tarot y habla con sus cristales. La mancha en su impecable historial.

—¿No crees que eso debería decidirlo él? —pregunta Lauren—. Quizás le estás subestimando.

—O quizás me estoy protegiendo —replico—. Ya me he encaprichado antes de hombres que decían amarme tal como soy, solo para después intentar cambiarme. Y ninguno de ellos tenía tanto en juego como Liam.

Lauren me observa con una mezcla de compasión y frustración.

—Así que ni siquiera vas a intentarlo. Vas a esconderte detrás del mostrador y evitarlo por el resto de tu vida.

Pongo los ojos en blanco.

—No es tan dramático. Simplemente estoy siendo realista. Además, él tampoco está exactamente buscándome, ¿verdad? Está tan comprometido con esta estrategia de evitación mutua como yo.

—Porque probablemente piensa lo mismo que tú —argumenta Lauren—. Que no podría estar a la altura de tu... libertad. Tu autenticidad.

Esa perspectiva nunca se me había ocurrido. ¿Liam, inseguro? ¿El hombre que dirige un pueblo entero con la eficiencia de un reloj suizo?

—Eso es absurdo —murmuro, aunque una pequeña semilla de duda se planta en mi mente.

—Tan absurdo como tú evitándolo a él —responde Lauren, señalándome acusadoramente con un batidor—. Mira, no digo que debáis casaros mañana. Solo digo que quizás, solo quizás, deberíais tener una conversación como adultos en lugar de jugar al escondite por todo Sunset Valley.

Tiene razón, lo sé. Pero la idea de enfrentarme a Liam, de hablar sobre lo que pasó entre nosotros, me aterroriza. Porque significaría enfrentar no solo sus sentimientos, sino también los míos. Y no estoy segura de estar preparada para eso.

—Lo pensaré —concedo finalmente, sabiendo perfectamente que seguiré evitándolo tanto como me sea humanamente posible.

Lauren parece satisfecha con mi respuesta, aunque ambas sabemos que es una mentira piadosa.

Cuando vuelvo a mi masa de galletas, intentando concentrarme en las proporciones correctas, mi mente traicionera sigue volviendo a él. A sus labios. A sus manos. A la forma en que mi nombre sonaba en su boca.

Y aunque me aterroriza admitirlo incluso a mí misma, una parte pequeña pero insistente de mí está ansiosa por verlo de nuevo. Por saber si su corazón también se acelera cuando nos encontramos. Por descubrir si ese beso significó algo para él, o si fue solo un momento de locura temporal que ya ha archivado en alguna carpeta mental etiquetada como «errores para no repetir».

Porque lo que más me asusta no es que Liam Wellington no me quiera.

Lo que más me asusta es que sí lo haga, y que ambos seamos demasiado cobardes para hacer algo al respecto.

CAPÍTULO 21

LIAM

—¿Has escuchado algo de lo que te acabo de decir?

La voz de Cole me sobresalta, trayéndome de vuelta a la realidad. Estamos sentados en la mesa del comedor de su casa organizando la seguridad del evento, la parte que a él le corresponde, rodeados de planos, presupuestos y calendarios para la organización del rodeo. El sol de la tarde se filtra por las ventanas, iluminando el desorden organizado que hemos creado durante las últimas dos horas.

—Por supuesto —miento, incorporándome en la silla y fingiendo consultar mis notas—. Hablabas de las vallas perimetrales para la zona de acampada.

Cole me observa con esa mirada penetrante que compartimos todos los Wellington, la misma que nuestra madre utiliza cuando sabe que le estamos ocultando algo.

—Estaba hablando de los puestos de comida y la necesidad de revisar los permisos sanitarios —dice secamente—. Llevas diez minutos mirando el mismo documento sin pasar de página. ¿Se puede saber qué te pasa?

Me froto el puente de la nariz, intentando concentrarme. Es la tercera vez hoy que me sorprenden completamente ausente. Esta mañana, Margaret tuvo que repetirme tres veces la agenda del día. Después, durante la reunión con el departamento de urbanismo, me quedé en blanco en medio de una frase.

—Solo estoy cansado —respondo automáticamente—. Hay mucho que organizar.

Cole no parece convencido, pero deja pasar el tema. Vuelve a los planos extendidos sobre la mesa, señalando las zonas designadas

para las diferentes actividades. Su voz se convierte en un murmullo de fondo mientras mi mente, traidora y rebelde, vuelve a escaparse.

Vuelve a ella.

A Iris Davis, con su pelo de colores cambiantes, sus vestidos imposibles y esa risa que parece iluminar cualquier espacio. A Iris, a quien he estado evitando durante casi dos semanas, desde que volvimos de Billings.

O al menos, eso es lo que intento decirme a mí mismo. La realidad es mucho más patética. Durante los últimos cinco días, he conducido hasta el Vintage Valley Café en mis pausas para comer, solo para aparcar a una manzana de distancia y quedarme sentado en el coche, contemplando el letrero vintage.

Nunca entro. Siempre encuentro una excusa: una llamada importante que hacer, un correo que revisar, un documento que leer. Pero la verdad es que me falta el valor.

¿Qué podría decirle? ¿Cómo explicarle que no puedo dejar de pensar en el sabor de sus labios, en la sensación de su cuerpo contra el mío, en el sonido de su respiración entrecortada cuando...?

—Tierra llamando a Liam —la voz de Cole vuelve a interrumpir mis pensamientos—. En serio, hermano, estás en las nubes. ¿Seguro que no te pasa nada?

Abro la boca para negar nuevamente, pero soy interrumpido por el sonido de pasos rápidos en el pasillo.

—¡Papáaa! —Luna entra en el comedor como un pequeño tornado de energía, con su vestido amarillo revoloteando a su alrededor y el pelo recogido en dos coletas que rebotan con cada salto.

El rostro de Cole se transforma instantáneamente. La expresión seria que suele llevar como sheriff del condado desaparece, reemplazada por una sonrisa que ilumina sus ojos y suaviza todas sus facciones. Con un movimiento fluido, aparta su silla de la mesa y abre los brazos, justo a tiempo para recibir el impacto de Luna lanzándose contra él.

—¡Princesa! —exclama, alzándola y colocándola sobre sus rodillas —. Pensaba que estabas ayudando a mamá con los detalles para los invitados de la boda.

—Es que me apetece jugar contigo —responde Luna, acomodándose en el regazo de su padre como si fuese su lugar natural en el universo.

—Cielo, papá está trabajando con el tío Liam —interviene Cole, aunque su tono carece de toda firmeza—. Estamos revisando cosas importantes del rodeo.

Luna gira su cabecita hacia mí, fijando en mi rostro esos extraordinarios ojos que son una mezcla perfecta de los de Lauren y Cole. Hay tanta vida en ellos, tanta curiosidad y alegría que algo dentro de mi pecho se contrae dolorosamente.

—Hola, tío Liam —dice con esa sonrisa que derretiría el corazón más duro—. ¿Puedes prestarme a mi papá un ratito? Te prometo que te lo devuelvo.

La risa de Cole llena la habitación mientras abraza a Luna contra su pecho. Ella se acurruca, apoyando su pequeña cabeza en el hombro de su padre, y susurra algo que no consigo escuchar pero que hace que Cole la estreche más fuerte.

Aparto la mirada, sintiendo que estoy presenciando algo casi sagrado. Y entonces sucede. Una punzada, un anhelo tan intenso que me deja sin aliento. Es como si alguien hubiera abierto una puerta dentro de mí que no sabía que existía, revelando un vacío que jamás había notado.

Quiero esto.

El pensamiento es tan claro, tan inesperado, que me deja momentáneamente aturdido. Quiero esta conexión, este amor incondicional, esta pertenencia. Quiero llegar a casa y que alguien se alegre de verme, no por mi cargo o mi apellido, sino por ser yo. Quiero lo que Cole tiene: una familia que sea mía. Una mujer, hijos…

—¿Os interrumpo?

La voz de Lauren nos sobresalta a todos. Está de pie en el umbral de la puerta, sonriendo ante la escena. Lleva el pelo recogido en una coleta despeinada, las mejillas sonrosadas por el trabajo. Nunca la había visto tan radiante.

—Luna se ha escapado antes de terminar su parte —dice, acercándose para acariciar la cabeza de su hija—. Todavía quedan bolsas por cerrar, señorita.

—Pero quiero estar con papá —protesta Luna, aferrándose más a Cole.

—Y papá tiene que trabajar con el tío Liam —responde Lauren con suavidad—. Vamos, ayúdame a terminar y después quizás podamos convencer a papá para que nos lleve a comer un helado.

La mención del helado parece convencer a mi sobrina. Luna se incorpora, considerando la propuesta con toda la seriedad que puede reunir una niña de siete años.

—¿De chocolate con virutas?

—El que tú quieras —promete Lauren.

Luna planta un sonoro beso en la mejilla de mi hermano antes de deslizarse de su regazo.

—Te quiero, papá —dice con esa sinceridad demoledora propia de la infancia.

—Yo te quiero más, princesa —responde él, y la reverencia en su voz hace que algo se retuerza dentro de mi pecho.

Luna corre hacia su madre, cogiendo su mano. Antes de irse, Lauren se inclina sobre Cole, besándolo brevemente en los labios. Es un gesto sencillo, casi casual, pero contiene tanta intimidad, tanta historia compartida, que tengo que apartar la mirada nuevamente.

—No os entretengáis demasiado —dice Lauren—. Recuerda que tenemos la prueba final de tu traje para la boda a las seis.

Cole asiente, y la adoración en su mirada mientras observa a Lauren y Luna marcharse es tan palpable que casi podría tocarla. Son una familia. Un núcleo sólido, inquebrantable, construido sobre años de amor, pérdida, reencuentro y, finalmente, pertenencia.

Y entonces, como una revelación, un rostro aparece en mi mente. Un rostro enmarcado por mechones violeta, con ojos que cambian de color según la luz y una sonrisa que parece contener todo el caos y la belleza del universo.

Iris.

La visualizo tan claramente que casi puedo olerla: vainilla, pachulí, ese toque cítrico que nunca he podido identificar. La imagino en una escena como esta, con un niño en brazos —un niño con sus ojos y mi obstinación— entrando en un despacho para interrumpirme con besos y risas.

La idea es tan vívida, tan perfecta y tan absolutamente aterradora que me levanto bruscamente, haciendo que mi silla se tambalee peligrosamente antes de caer al suelo con un estruendo.

Cole me mira alarmado.

—¿Estás bien?

No. No lo estoy. Estoy teniendo una crisis existencial porque acabo de darme cuenta de que estoy enamorado de la mujer más incompatible del planeta, una mujer que probablemente me considera la personificación de todo lo que aborrece: rigidez, tradición, control.

—Acabo de acordarme —digo, con una voz que apenas reconozco como propia—. Tengo una llamada importante con el senador Harrison. Sobre el rodeo. Tendremos que continuar con esto mañana.

Cole me estudia con escepticismo. Somos hermanos; hemos crecido juntos. Sabe perfectamente cuándo estoy mintiendo. Pero también sabe cuándo no insistir.

—De acuerdo —dice finalmente—. Continuaremos mañana. Pero Liam...

—¿Sí? —Me detengo en la puerta, apenas conteniéndome para no salir corriendo.

—Sea lo que sea lo que te está rondando la cabeza, deberías solucionarlo —dice con suavidad—. Te está devorando vivo.

Asiento brevemente y me marcho, incapaz de responder sin traicionarme. Salgo de la casa casi corriendo, el aire fresco de la tarde golpeando mis mejillas acaloradas. Me siento en mi coche, pero no lo arranco inmediatamente. En cambio, apoyo la frente contra el volante, intentando recuperar el control.

¿Qué me está pasando? He pasado toda mi vida construyendo un camino claro y definido: Sunset Valley, Helena, Washington DC. Un plan perfectamente trazado, sin desvíos, sin distracciones.

Y ahora, de repente, todo lo que quiero es estar en una cafetería vintage, escuchando a una mujer con pelo morado explicarme el significado de las cartas del tarot mientras bebo café en una taza desparejada.

Es una locura. Es un suicidio profesional. Es un imposible.

Porque incluso si yo estuviera dispuesto a reevaluar todas mis prioridades, todos mis planes, ¿por qué alguien como Iris Davis se fijaría en alguien como yo? Ella es color y movimiento y libertad. Yo soy estructura y control y previsibilidad.

Somos incompatibles.

Somos imposibles.

Y sin embargo, mientras arranco el coche y me dirijo de vuelta al ayuntamiento, no puedo evitar que mi mente vuelva a la sensación de sus labios contra los míos, a la forma en que su cuerpo encajaba perfectamente contra el mío, como si hubiéramos sido diseñados para complementarnos.

No. No puedo permitirme estos pensamientos. No ahora, cuando el rodeo está a semanas de distancia. No cuando mi carrera política está alcanzando un punto crucial. No cuando hay tanto en juego.

Lo mejor que puedo hacer —lo único que puedo hacer en realidad — es mantenerme alejado de Iris Davis. Enterrar estos sentimientos tan profundamente que ni yo mismo pueda encontrarlos. Concentrarme en mi trabajo, en mis responsabilidades, en mi camino cuidadosamente planificado.

Y si a veces, en las noches silenciosas cuando el control se afloja, mi mente vuelve a ella... bueno, algunos secretos están destinados a permanecer exactamente así: secretos.

CAPÍTULO 22

IRIS

Hoy es uno de los días más importantes en la vida de mi mejor amiga.

Estoy muy emocionada.

El rancho Wellington resplandece bajo el sol de la tarde. Han transformado el granero en un espacio mágico: guirnaldas de flores silvestres cuelgan del techo, unas luces tenues brillan como estrellas entre las vigas de madera, y un pasillo cubierto de pétalos blancos conduce al altar improvisado. Es romántico, rústico y absolutamente perfecto para Lauren y Cole.

Me miro en el espejo del dormitorio que han habilitado para que las mujeres nos preparemos. El vestido que Lauren escogió para mí como dama de honor es sorprendentemente hermoso: un tono lavanda suave que complementa mi pelo (que he dejado en su color violeta natural por hoy), tiene un corte sencillo pero elegante, y lo mejor de todo, puedo respirar en él. Cuando lo vi por primera vez, casi lloro de alivio. Mi mejor amiga me conoce demasiado bien como para obligarme a llevar uno de esos horrores de tul y lentejuelas que suelen torturar a las damas de honor.

—¿Preparada? —Lauren aparece en el reflejo detrás de mí, y esta vez sí que se me llenan los ojos de lágrimas.

Está radiante. Su vestido de novia es vintage, de los años cincuenta, con un escote barco que deja sus hombros al descubierto y una falda que se abre suavemente desde la cintura. Lleva el pelo recogido en un moño bajo, con algunos mechones enmarcando su rostro. Simple. Elegante. Perfectamente Lauren.

—Mira quién habla de estar preparada —respondo, girándome para abrazarla con cuidado de no arrugar nada—. Estás preciosa.

Cole va a desmayarse cuando te vea.

Ella se ríe, un sonido nervioso pero feliz.

—¿Crees que es demasiado? —pregunta, alisando unas inexistentes arrugas en su vestido—. A veces pienso que deberíamos haber hecho algo más pequeño, más íntimo...

—Es perfecto —la interrumpo—. Todo es perfecto. Y si alguien merece esta celebración, sois vosotros dos.

Sus ojos brillan con lágrimas contenidas.

—Te quiero, ¿lo sabes, verdad? —dice, apretando mis manos entre las suyas—. No habría llegado hasta aquí sin ti.

Trago el nudo que se ha formado en mi garganta. Lauren y yo hemos recorrido un largo camino juntas: desde ser compañeras de habitación en la universidad, pasando por noches interminables meciendo a una Luna recién nacida, hasta construir juntas el Vintage Valley Café. Ella es más que mi mejor amiga; es mi familia elegida.

—Yo también te quiero —respondo, intentando no arruinar mi maquillaje con lágrimas—. Ahora deja de hacerme llorar o tendré que retocarme todo.

Un suave golpe en la puerta nos interrumpe.

—¿Podemos pasar? —la voz de Helen llega desde el otro lado.

—¡Adelante! —responde Lauren.

La puerta se abre y entran Helen y Luna. La pequeña está adorable con su vestido color crema y una corona de flores silvestres sobre sus rizos oscuros. Lleva una cestita llena de pétalos que agarra con determinación.

—¡Mamá! —exclama, corriendo hacia Lauren—. ¡Pareces una princesa!

Lauren se agacha para abrazarla, sin importarle si arruga el vestido.

—Y tú pareces una pequeña hada —le responde, besando su frente—. ¿Estás lista para tu gran momento?

Luna asiente solemnemente.

—Voy a tirar los pétalos muy despacio, como practicamos —dice con seriedad adorable—. Y no me voy a comer ninguno, aunque huelen muy bien.

Todas nos reímos, y por un momento me siento abrumada por la felicidad pura de este instante. Mi familia elegida, reunida en el día más importante para Lauren, rodeadas de amor y esperanza.

Y entonces Helen menciona el nombre que ha estado revoloteando en mi mente toda la mañana.

—Liam ya está abajo con Cole —dice—. Y parece casi tan nervioso como el novio.

Mi corazón da un vuelco involuntario. Liam. El padrino de la boda. Mi contraparte en la ceremonia. El hombre al que he estado evitando con dedicación olímpica desde nuestro regreso de Billings.

—Seguro que está preocupado por si las servilletas no están perfectamente dobladas —comento, intentando sonar casual mientras me aplico otra capa de brillo labial.

Helen me lanza una mirada conocedora que me incomoda. A veces creo que esa mujer puede leer el pensamiento.

—En realidad, parece más preocupado por el momento en que tendrá que caminar del brazo contigo —dice, con una sonrisa que sugiere que sabe exactamente lo que está provocando.

—Bueno, puede estar tranquilo —respondo con más brusquedad de la que pretendía—. No pienso contagiarle mi caos bohemio durante el breve trayecto al altar.

Lauren intercambia una mirada con Helen que decido ignorar deliberadamente. Ya he tenido suficientes conversaciones sobre «Liam esto» y «Liam lo otro» como para toda una vida. Hoy es el día de Lauren y Cole, y pienso mantener mi promesa de comportarme con madurez y profesionalidad, aunque tenga que caminar del brazo del hombre que ha estado protagonizando mis sueños más inapropiados desde hace semanas.

Un nuevo golpe en la puerta anuncia que es hora de bajar. Mi estómago se contrae con nervios que no tienen nada que ver con la boda y todo que ver con el hombre que me espera abajo.

—Allá vamos —murmura Lauren, respirando profundamente.

—Allá vamos —repito, más para mí misma que para ella.

La música suave flota en el aire mientras espero en la entrada del granero. Luna ya ha recorrido el pasillo, esparciendo pétalos con la concentración de quien realiza una misión de vital importancia. Ahora me toca a mí, y luego vendrá Lauren del brazo de Henry, quien la entregará en ausencia de su padre.

Y allí está él. Liam Wellington, de pie junto a la entrada, esperándome. Lleva un traje azul oscuro que parece hecho específicamente para torturarme. El corte resalta sus hombros anchos y su estrecha cintura, y la camisa blanca contrasta perfectamente con su piel ligeramente bronceada. Su pelo está peinado hacia atrás, pero un mechón rebelde ha caído sobre su frente, humanizando su perfección habitual.

Nuestras miradas se encuentran, y todo el aire parece desaparecer de mis pulmones. Durante un segundo, ninguno se mueve. Es como si el tiempo se hubiera detenido, congelándonos en este momento de reconocimiento mutuo.

Entonces él se acerca, extendiendo su brazo para que lo tome.

—Iris —dice a modo de saludo, su voz más grave de lo habitual.

—Wellington —respondo, colocando mi mano sobre su antebrazo.

El contacto, incluso a través de las capas de tela, envía una corriente eléctrica por todo mi brazo. Intento ignorarla, concentrándome en mantener la compostura.

—Veo que has logrado domar tu pelo para la ocasión —comenta, mientras esperamos nuestra señal para avanzar.

Ahí está. El Liam que conozco, lanzando una pulla sobre mi apariencia. Algunas cosas nunca cambian.

—Y yo veo que has conseguido despegar ese palo de tu trasero lo suficiente para sonreír —replico con dulzura venenosa—. Debe de ser un milagro.

Siento cómo se tensa bajo mi mano, pero antes de que pueda responder, la música cambia. Es nuestra señal.

—¿Lista? —pregunta, su voz controlada nuevamente.

—Siempre —respondo, alzando la barbilla.

Avanzamos por el pasillo a un ritmo medido, perfectamente sincronizados a pesar de nuestra discordia interna. Los invitados nos

miran y sonríen, completamente ajenos a la tensión que vibra entre nosotros como una cuerda de guitarra demasiado apretada.

—Por cierto —susurro mientras caminamos—, tu corbata está torcida.

No es cierto, por supuesto. Su corbata, como todo en él, está perfecta. Pero la forma en que su mano libre vuela instintivamente hacia el nudo me proporciona una pequeña victoria.

—Y tu pendiente izquierdo está a punto de caerse —contraataca sin mirarme.

Inmediatamente toco mi oreja, solo para descubrir que el pendiente está perfectamente seguro. Cuando lo miro indignada, detecto el fantasma de una sonrisa en la comisura de sus labios.

Touché, Wellington.

Llegamos al altar donde Cole espera, visiblemente nervioso pero radiante. Los ojos de Liam y su hermano se encuentran, y algo pasa entre ellos, una comunicación silenciosa que solo pueden compartir hermanos que han crecido juntos. Es un momento tan íntimo que casi me siento como una intrusa.

Nos separamos para ocupar nuestros lugares: Liam junto a Cole, yo al lado opuesto, esperando a Lauren. Y entonces la novia aparece en la entrada, del brazo de Henry, y un suspiro colectivo recorre el granero.

Tengo que esforzarme mucho para no romper a llorar.

La ceremonia transcurre como en un sueño. El oficiante habla sobre el amor, la perseverancia, el destino que siempre trae de vuelta a las almas gemelas. Lauren y Cole intercambian votos que han escrito ellos mismos, palabras tan sinceras y llenas de historia compartida que hacen que se me forme un nudo en la garganta.

—Cuando te volví a ver después de siete años —dice Cole, su voz ligeramente temblorosa—, supe que nunca había dejado de amarte. Que cada día lejos de ti había sido un error que pasaría el resto de mi vida compensándote.

—Eras mi hogar entonces —responde Lauren, lágrimas brillando en sus ojos—, y eres mi hogar ahora. Luna y tú sois mi destino, mi familia, mi todo.

Las palabras me golpean directamente en el corazón, despertando un anhelo que normalmente mantengo enterrado bajo capas de independencia y autosuficiencia. Sin poder evitarlo, una lágrima se desliza por mi mejilla.

Y entonces sucede algo inesperado. Sin mirarme, sin llamar la atención, Liam extiende su mano hacia mí por detrás de la pareja. Sus dedos encuentran los míos y los aprietan suavemente. Un gesto de consuelo, de comprensión, de presencia.

Debería apartar mi mano. Debería rechazar este contacto que hace que mi corazón lata desbocado. Pero no lo hago. En cambio, entrelazamos nuestros dedos mientras Cole y Lauren sellan sus votos con un beso, y los invitados estallan en aplausos.

El momento pasa tan rápido como llegó. Liam suelta mi mano cuando la pareja se gira hacia los invitados como marido y mujer. Pero la sensación persiste, un hormigueo en mis dedos que me acompaña mientras seguimos a los recién casados por el pasillo, ahora como parte oficial de su familia.

No hablamos durante la salida, no intercambiamos más que las miradas y sonrisas necesarias para las fotografías. Pero algo ha cambiado entre nosotros. Como si por un breve instante, durante esos votos cargados de emoción, hubiéramos establecido una tregua silenciosa.

Una tregua que, me temo, no durará más allá de esta ceremonia. Porque en cuanto empiece la recepción, con su música, su baile y su alcohol fluyendo libremente, todo lo que hemos estado evitando tendrá que enfrentarse.

Y no estoy segura de estar preparada para ello.

CAPÍTULO 23

IRIS

Las luces tintinean sobre la pista de baile improvisada en el granero de los Wellington. El DJ ha encontrado el equilibrio perfecto entre clásicos románticos y éxitos actuales, manteniendo la pista llena desde que terminó el banquete. Todo el mundo parece estar pasándoselo en grande: Lauren y Cole no se han separado ni un milímetro, bailando como si el mundo fuera a acabarse mañana; Henry Wellington ha encandilado a tres invitadas solteras con sus movimientos sorprendentemente coordinados; incluso la tía Helen está demostrando que la edad es solo un número mientras baila animadamente con el panadero del pueblo.

Todo el mundo se divierte. Todo el mundo excepto yo. Y cierto alcalde estirado.

Estoy sentada en una de las mesas periféricas, fingiendo que mi copa de vino blanco es lo más interesante del universo. Es mi tercera copa, no es que esté contando, y aún no he logrado deshacerme de la tensión que se ha instalado entre mis omóplatos desde que tuve que caminar del brazo de Liam hacia el altar.

Él está en la esquina opuesta, hablando con lo que parece ser un grupo de hombres importantes con trajes caros. Probablemente negociando algún acuerdo político mientras el resto de los mortales se divierten. Típico.

No es que esté pendiente de él. En absoluto. Solo es... una observación casual.

Como también es una observación casual que se ha aflojado la corbata un centímetro, que se ha bebido dos whiskies (con dos cubitos de hielo, ni uno más ni uno menos), y que, a pesar de su

conversación aparentemente intensa, sus ojos parecen encontrar los míos cada cinco minutos aproximadamente.

No es que esté contando, claro.

—¿Me concederías este baile, preciosa?

Levanto la mirada para encontrarme con Aiden Wellington, el más joven de los hermanos, sonriéndome con esa sonrisa despreocupada que debe haber roto corazones por todo el condado. Es atractivo, sin duda, con el mismo aire Wellington de «nací para reinar» que tienen todos, pero con una actitud mucho más relajada que su hermano mayor.

—No me apetece —respondo, aunque me sorprendo a mí misma sonriendo de vuelta.

—¿Por qué no? Podemos divertirnos —asegura, sentándose a mi lado sin esperar invitación—. Es una boda. Hay música. Tienes piernas. Yo tengo piernas. Parece la combinación perfecta.

Su lógica me arranca una carcajada.

—Cuando lo pones así, suena irrefutable.

—Es que lo es —dice, con un brillo travieso en los ojos—. Además, me parece un crimen que la mujer más guapa de la fiesta, después de la novia, por supuesto, esté aquí sentada sola contando las burbujas de su vino.

—No estaba contando las burbujas —protesto débilmente.

—Cierto. Estabas demasiado ocupada tratando de no mirar a cierto hermano mío —replica, y hay algo en su tono, una especie de diversión conocedora, que me hace sospechar que tiene un interés oculto.

—No sé de qué hablas —respondo, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

Aiden se limita a sonreír, ese tipo de sonrisa que dice «sé más de lo que crees» y se levanta, ofreciéndome su mano.

—Un baile, Iris. Solo uno. Si no te gusta, prometo devolverte a tu fascinante copa de vino.

Miro su mano extendida, luego a Liam en la distancia (que, aunque sigue escuchando la conversación de su grupo, tiene los ojos clavados en nosotros), y de nuevo a Aiden.

Qué demonios. Es una boda. Y llevo demasiado tiempo en esta mesa sintiéndome miserable.

—Un baile —acepto, tomando su mano—. Y más te vale que valga la pena.

Aiden me guía hacia la pista con una floritura exagerada que me hace reír. Justo entonces comienza a sonar «Uptown Funk», y el ambiente en la pista se electrifica.

—¡Perfecto! —exclama Aiden—. Ahora vamos a enseñarles a estos aburridos cómo se baila.

Y antes de que pueda protestar, comienza a moverse con un entusiasmo tan contagioso que no puedo evitar unirme. Al principio me siento torpe, demasiado consciente de mí misma, pero Aiden no parece tomarse nada en serio, haciendo movimientos tan exagerados y ridículos que pronto estoy riendo sin control y respondiendo con mis propios pasos absurdos.

Es liberador. Después de semanas de tensión y confusión, simplemente dejarme llevar por la música, riéndome como una cría, sin preocuparme por lo que nadie piense. Incluso hago mi famoso «baile del pulpo», un movimiento que inventé en la universidad y que consiste básicamente en agitar brazos y piernas como si fuera, bueno, un pulpo electrocutado.

Aiden responde con su propia versión, añadiendo una expresión facial tan cómicamente intensa que casi me doblo de la risa. A nuestro alrededor, la gente nos anima, algunos incluso intentan imitar nuestros movimientos disparatados. Por un momento, me olvido de todo: de Liam, de nuestra tensión, de mis sentimientos complicados.

Y entonces, como invocado por mis pensamientos, aparece él. Liam está de pie al borde de la pista, observándonos con una expresión que solo puedo describir como un trueno contenido. Su mandíbula está tan tensa que temo que pueda fracturarse el esmalte dental, y esa vena en su frente —mi vieja amiga— palpita visiblemente.

La canción está terminando, y las primeras notas de un lento clásico comienzan a sonar. Las parejas a nuestro alrededor comienzan a acercarse, preparándose para un baile más íntimo.

Aiden me mira con una sonrisa, abriendo los brazos en una invitación silenciosa.

Y justo cuando estoy a punto de dar ese paso hacia él, Liam se materializa entre nosotros como una aparición en traje caro y colonia exclusiva.

—¿Podríais dejar de hacer el ridículo? —dice, su voz controlada pero cargada de algo oscuro que hace que se me erice la piel—. Estáis avergonzando a todos.

El silencio que sigue a sus palabras es tan denso que casi podría cortarlo y servirlo como postre. Aiden parece más divertido que ofendido, pero yo siento cómo toda la alegría que había acumulado durante estos minutos de libertad se evapora como rocío bajo el sol.

—¿Perdona? —logro articular finalmente.

Pero Liam ya se ha dado la vuelta y se aleja a paso firme, como si no pudiera soportar estar un segundo más en nuestra presencia. La indignación explota dentro de mí como un géiser.

—Disculpa —le digo a Aiden, y sin esperar respuesta, salgo tras Liam.

El muy cabrón camina rápido, sus largas piernas llevándolo ya hacia la salida trasera del granero. Le sigo, mi furia creciendo con cada paso. ¿Quién se cree que es? ¿El inspector oficial de la diversión? ¿El árbitro del comportamiento apropiado?

—¡Wellington! —le llamo, pero él no se detiene.

Está huyendo, el muy cobarde. Y con esos andares de metro ochenta y tantos, me está ganando terreno por momentos. La frustración me hierve en la sangre, y sin pensarlo dos veces, hago lo único razonable que se me ocurre: me quito uno de mis tacones y se lo lanzo.

El zapato vuela en una trayectoria perfecta y golpea a Liam justo entre los omóplatos. No con fuerza suficiente para hacerle daño, pero sí para detenerlo en seco.

Se gira lentamente, como en una de esas películas de terror donde el monstruo revela su cara, y su expresión es una mezcla de incredulidad y furia contenida que debería asustarme, pero, por alguna razón, solo aumenta mi propia rabia.

—¿Me acabas de lanzar un zapato? —pregunta con voz peligrosamente baja.

—¡Por supuesto que te lo he lanzado! —respondo, avanzando hacia él descalza de un pie—. Es lo mínimo que te mereces por ser tan idiota.

Nos quedamos frente a frente en el pasillo trasero del granero, iluminados solo por algunas luces dispersas que crean sombras dramáticas en su rostro anguloso. La música suena amortiguada por la distancia, como un eco de otro mundo.

—Eres —comienza, respirando profundamente como si necesitara controlarse para no gritar— la mujer más irritante que he conocido en mi vida.

—¿Y tú qué eres? —contraataco, acercándome un paso más—. ¿El hombre más insoportablemente controlador del planeta? ¿El emperador de los estirados? ¿El dictador de lo políticamente correcto?

Liam cierra la distancia entre nosotros, y de repente estamos tan cerca que puedo oler su aftershave mezclado con el aroma más básico y primario que es simplemente él. Es embriagador y hace que me resulte difícil mantener la coherencia de mis pensamientos.

—No puedo quitarte de mi cabeza —dice finalmente, y sus palabras me golpean con la fuerza de un tsunami—. Lo he intentado. Dios sabe que lo he intentado. Pero estás ahí, con tu pelo ridículamente colorido y tus vestidos imposibles y tu forma de desafiarme en cada maldito momento. Me estás volviendo completamente loco.

Su confesión me deja momentáneamente sin palabras. No es lo que esperaba escuchar, ni remotamente. Y sin embargo, enciende algo dentro de mí, una chispa que rápidamente se convierte en fuego.

—¿Yo te vuelvo loco? —respondo, mi voz apenas un susurro—. Tú me haces querer arrancarme el pelo. O arrancarte el tuyo. O simplemente...

Y entonces, sin pensarlo, sin planearlo, me lanzo hacia delante y capturo su boca con la mía.

El beso es violento, desesperado, cargado con toda la frustración acumulada durante semanas. Sus labios son firmes bajo los míos, su barba de un día raspando deliciosamente contra mi piel. Por un segundo, se queda paralizado, como si no pudiera creer lo que está sucediendo.

Y luego, con un gruñido que parece nacer de lo más profundo de su ser, sus brazos me rodean, atrayéndome tan cerca que no queda ni un milímetro de espacio entre nosotros. Una de sus manos se enreda en mi pelo, desordenando completamente el peinado que me ha llevado horas conseguir, mientras la otra se cierra posesivamente en mi cintura.

El beso se profundiza, nuestras lenguas entrelazándose en una batalla por el dominio que ninguno está dispuesto a ceder. Es primitivo, casi salvaje, tan diferente al beso que compartimos en Billings. Esto es pura necesidad animal.

Mis manos recorren su pecho, sintiendo los músculos tensarse bajo la camisa perfectamente planchada. Desabotono los primeros botones, desesperada por tocar piel, por sentir su calor directamente. Él responde deslizando sus labios por mi cuello, mordisqueando suavemente esa zona sensible justo debajo de mi oreja.

Un gemido involuntario escapa de mi garganta, un sonido tan necesitado que debería avergonzarme, pero no puedo encontrar la fuerza para preocuparme. Liam se detiene, mirándome con ojos que son puro fuego líquido.

—Dios, la forma en que suenas —murmura contra mi piel—. ¿Tienes idea de lo que me haces?

No tengo tiempo para responder porque, en un movimiento fluido que me deja sin aliento, me levanta como si no pesara nada. Por puro instinto, rodeo su cintura con mis piernas, sintiendo su erección presionar contra mí a través de las capas de ropa.

—Necesito... —empieza, pero no termina la frase. No hace falta. Sé exactamente lo que necesita porque yo lo necesito también.

Con mi falda subida hasta la cintura y mi único zapato restante olvidado en el suelo, Liam me lleva por el pasillo, intentando abrir puertas al azar hasta que encuentra una que cede. Es un armario de

limpieza, apenas lo suficientemente grande para los dos, lleno de escobas, fregonas y productos de limpieza.

No podría importarme menos.

La puerta apenas se cierra tras nosotros cuando me apoya contra la pared, sus manos recorriendo mis muslos desnudos, subiendo hasta encontrar el borde de mis bragas. Su toque es eléctrico, enviando ondas de placer por todo mi cuerpo.

—Dime que puedo tocarte —dice, su voz ronca por el deseo—. Dime que es esto lo que quieres.

—Te quiero a ti —respondo sin dudar—. Te he querido desde el primer momento en que me hiciste enfadar.

Una sonrisa lobuna se extiende por su rostro, transformándolo por completo. Este no es el Liam controlado y reservado que todos conocen. Este es un hombre primitivo, dominado por el deseo, y es absolutamente magnífico.

—Buena chica —murmura, y esas dos palabras simples hacen que algo se derrita dentro de mí.

Sus dedos se deslizan bajo el encaje de mis bragas, encontrándome ya completamente preparada para él. El roce es tortuosamente lento, exploratorio, como si quisiera memorizar cada centímetro.

—Tan mojada para mí —dice, su voz es un rumor bajo que reverbera a través de mi cuerpo—. Tan perfecta.

Desliza un dedo dentro de mí, luego otro, y mis caderas se mueven instintivamente contra su mano. Es demasiado y no es suficiente al mismo tiempo. Quiero más, lo quiero todo.

—Por favor —susurro, aunque no estoy segura de qué estoy pidiendo exactamente.

Pero Liam parece entenderlo. Con su mano libre, desabrocha su cinturón y abre sus pantalones lo justo para liberar su erección. Es grande, gruesa, y la visión hace que mi boca se seque.

—Te he soñado así —confiesa, posicionándose en mi entrada—. Ansiosa. Necesitada. Mía.

Y con una sola embestida firme, está dentro. El placer es tan intenso que tengo que morderme el labio para no gritar. Liam se queda inmóvil por un momento, dándome tiempo para ajustarme a

su tamaño, su frente apoyada contra la mía, nuestras respiraciones mezclándose.

—¿Bien? —pregunta, y la preocupación en su voz, incluso en medio de esta locura desenfrenada, hace que algo se agite en mi pecho.

—Sí. Perfecto —respondo, y muevo mis caderas para enfatizar mi punto.

Esa es toda la confirmación que necesita. Comienza a moverse, estableciendo un ritmo implacable que me lleva rápidamente al borde. Sus embestidas son profundas, precisas, y cada una me acerca más a ese precipicio.

—Mira cómo me aceptas —murmura contra mi oído, su voz es un gruñido bajo—. Como si estuvieras hecha para mí. Para mi polla. Tan perfecta.

Sus palabras, crudas y honestas, son casi tan eróticas como sus movimientos. Nunca hubiera imaginado que Liam Wellington, el siempre correcto alcalde, pudiera hablar así. Y me encanta.

—Solo para ti —respondo sin pensar, las palabras saliendo de mí como una verdad que no sabía que guardaba—. Solo tú me haces sentir así.

Su ritmo se acelera, cada embestida más fuerte que la anterior. Una de sus manos se desliza entre nosotros, encontrando ese punto exacto donde más lo necesito, y con unas pocas caricias expertas, estoy cayendo, rompiéndome en mil pedazos de puro placer.

Mi orgasmo parece desencadenar el suyo. Con un gruñido que ahoga contra mi hombro, Liam se tensa, su cuerpo estremeciéndose mientras encuentra su liberación.

Nos quedamos así, entrelazados contra la pared, durante lo que parecen horas, pero probablemente son solo minutos. Nuestras respiraciones gradualmente volviendo a la normalidad, nuestros cuerpos enfriándose pero sin separarse.

La realidad comienza a filtrarse lentamente. Estamos en un armario de la limpieza. En la boda de su hermano. Acabo de tener el mejor sexo de mi vida con el hombre que, hasta hace una hora, estaba convencida de que me despreciaba.

Liam parece tener pensamientos similares. Se separa cuidadosamente, ayudándome a ponerme de pie. En silencio, comenzamos a arreglarnos la ropa, a intentar hacer que nuestro aspecto sea remotamente presentable.

Debería sentir vergüenza, o al menos incomodidad. Pero lo que siento es una extraña paz, como si algo que estaba fuera de lugar finalmente hubiera encontrado su sitio.

—Esto... —comienza Liam, pasándose una mano por el pelo en ese gesto que he llegado a reconocer como señal de nerviosismo—. No era lo que había planeado para esta noche.

Una risa se escapa de mi garganta antes de que pueda detenerla.

—Por supuesto que no. El todopoderoso Liam Wellington nunca haría algo tan escandalosamente impulsivo como follar en un armario de la limpieza.

Para mi sorpresa, en lugar de ofenderse, sonríe. Una sonrisa genuina, abierta, que transforma completamente su rostro.

—Claramente subestimas tu capacidad para hacerme perder el control, Iris Davis.

Hay tanta calidez en su voz al pronunciar mi nombre que siento un escalofrío recorrer mi columna. No sé qué significa esto para nosotros, qué pasará cuando salgamos de este armario y volvamos al mundo real con todas sus complicaciones.

Pero por ahora, en este pequeño espacio que huele a lejía y a sexo, con la música de la fiesta como un eco lejano, decido no preocuparme por el futuro. Por una vez, voy a disfrutar simplemente del momento.

Y a juzgar por la forma en que Liam me está mirando, como si fuera algo precioso y sorprendente, creo que él está pensando exactamente lo mismo.

CAPÍTULO 24

IRIS

El tintineo de la campanilla sobre la puerta de la cafetería hace que levante la mirada de los menús que estoy rediseñando. Es media tarde, esa hora tranquila entre el ajetreo del almuerzo y el goteo de clientes que buscan un café y algo dulce antes de volver a casa.

Y entonces lo veo.

Liam Wellington, con su traje gris impecable y su porte perfecto, parado en el umbral como una aparición. Han pasado tres días desde la boda de su hermano. Tres días desde que estuve entre sus brazos en aquel armario de limpieza. Tres días sin saber nada de él.

Mi corazón da un vuelco tan violento que casi puedo sentirlo golpeando contra mis costillas, como un pájaro desesperado por escapar de su jaula.

—Buenos tardes —saluda con esa voz profunda que parece vibrar en mi interior, avanzando hacia el mostrador donde estoy.

Lleva una carpeta bajo el brazo y esa expresión inescrutable que tanto me irrita porque nunca sé qué está pensando. Su pelo está perfectamente peinado, su corbata perfectamente anudada, su rostro perfectamente compuesto. Como si lo que pasó entre nosotros no le hubiera afectado lo más mínimo. Como si nunca hubiera sucedido.

—Vaya, el alcalde Wellington en persona —respondo, esforzándome por sonar casual mientras mi pulso se acelera—. ¿A qué debemos el honor?

Intento ignorar el aroma a sándalo y cedro que emana de él mientras se acerca. Ese olor que se me quedó grabado en la piel, en la memoria, y que me ha perseguido en sueños durante estas noches.

—Tengo algo para ti —dice, deslizando un sobre oficial sobre el mostrador.

Miro el sobre con el sello del Ayuntamiento de Sunset Valley, intentando controlar el temblor en mis manos al recogerlo. Lo abro con cautela, casi temiendo su contenido. Dentro hay un documento con el membrete oficial, y cuando leo las primeras líneas, no puedo creerlo.

—¿Es esto...?

—Tu permiso para realizar lecturas del tarot en la cafetería —confirma con un leve asentimiento—. Aprobado y debidamente registrado.

Parpadeo varias veces, asimilando la información. Después de meses de batalla, de solicitudes rechazadas, de discusiones en plenos municipales... ¿simplemente me lo concede así?

—¿Por qué ahora? —pregunto, incapaz de ocultar mi desconfianza.

Liam suspira, pasándose una mano por el pelo.

—Porque tenías razón —admite, y hay una vulnerabilidad en su voz que nunca le había escuchado en público—. Tus argumentos siempre fueron válidos. Es parte de tu identidad, de tu cultura personal. Nunca debí intentar suprimirlo por... prejuicios o preocupaciones de imagen.

Me quedo sin palabras, literalmente sin saber qué decir. Esta es probablemente la conversación más honesta que hemos tenido fuera de momentos de intimidad física o crisis existenciales.

—Gracias —respondo finalmente, sorprendida por la sinceridad en mi propia voz—. Significa mucho para mí.

Se produce un silencio incómodo. Hay tantas cosas flotando entre nosotros, tantas palabras no dichas, tanto deseo no reconocido. Casi puedo sentir la electricidad estática en el aire, esa tensión familiar que siempre parece surgir cuando estamos cerca el uno del otro.

—Iris, sobre lo que pasó en la boda... —comienza, y algo en su tono hace que mi estómago se contraiga dolorosamente.

—No es necesario hablar de ello —digo rápidamente, intentando protegerme de lo que sospecho que viene a continuación.

—Creo que sí lo es —insiste, y su mirada me atrapa con tal intensidad que no puedo evadirla—. Lo que sucedió... fue un error.

La palabra «error» cae entre nosotros como una piedra en un estanque, enviando ondas de dolor a través de mi ser. Mantengo el rostro cuidadosamente impasible, aunque siento que algo dentro de mí comienza a resquebrajarse.

—Estaba tenso por la boda, por los preparativos del rodeo —continúa, cada palabra medida y controlada—. No estaba pensando con claridad, y no debería haber... no debí perder el control de esa manera.

Quiero gritarle que no fue un error, que fue lo más real que he sentido en mucho tiempo, que cuando estoy con él todo parece encajar de una manera que no puedo explicar pero que siento hasta en los huesos. Pero las palabras se atascan en mi garganta.

—Quiero que sepas que lo lamento —dice, y la formalidad de su tono es como un bofetón—. Te aseguro que no volverá a ocurrir.

Asiento mecánicamente, porque ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿Rogarle? ¿Decirle que llevo días reviviendo cada momento, cada caricia, cada suspiro?

Jamás.

—De hecho —prosigue, y puedo ver que está construyendo un muro ladrillo a ladrillo delante de mis ojos—, creo que lo mejor para ambos sería mantener cierta distancia. Está claro que cuando estamos juntos, tendemos a... complicar las cosas.

—Por supuesto —respondo, sorprendida por lo firme que suena mi voz cuando por dentro estoy desmoronándome—. Tienes toda la razón.

Una expresión fugaz cruza su rostro. ¿Alivio? ¿Decepción? Desaparece tan rápido que no logro descifrarla.

—Bien —dice, asintiendo—. Entonces quedamos así. Profesionales. Centrados en el rodeo y nuestras respectivas responsabilidades.

—Profesionales —repito, como un eco vacío.

Se dispone a irse, pero se detiene y se gira para mirarme una última vez.

—Para que conste, Iris —dice, su voz ligeramente más suave—. Creo que tu rincón del tarot será un gran éxito. Tienes un don para ver cosas en las personas que otros no ven.

Y con eso se marcha, el tintineo de la campanilla anunciando su salida como un réquiem para algo que nunca tuvo oportunidad de comenzar.

Me quedo inmóvil tras el mostrador, sosteniendo el permiso que tanto había deseado. Debería estar eufórica. Después de meses de lucha, finalmente he conseguido lo que quería. Pero en este momento, el papel entre mis dedos parece tan vacío como me siento por dentro.

Aguanto hasta que el último cliente se marcha. Cierro la puerta, doy la vuelta al cartel a «CERRADO», y solo entonces, cuando estoy completamente sola, permito que las primeras lágrimas caigan.

Es como si una presa se rompiera. De repente estoy sollozando, grandes lágrimas ardientes que bajan por mis mejillas, la espalda apoyada contra el mostrador. El dolor es físico, un nudo apretado en mi pecho que me hace difícil respirar.

¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿Cómo he podido enamorarme de Liam Wellington? El hombre que claramente ve lo nuestro como una anomalía, un desliz momentáneo, algo de lo que arrepentirse.

Las lágrimas nublan mi visión mientras abrazo mis rodillas contra el pecho. Si hubiera podido elegir de quién enamorarme, jamás lo habría elegido a él. Habría elegido a alguien accesible, alguien que me aceptara tal como soy, con mi caos y mis colores y mis creencias.

Pero el corazón no entiende de lógica. No entiende de conveniencia.

La ironía me golpea con fuerza renovada. Yo, que siempre me he enorgullecido de mi libertad, de mi independencia, de mi capacidad para ser auténticamente yo sin disculpas, estoy llorando por un hombre que probablemente tiene un plan quinquenal para su vida en el que no hay lugar para una hippie excéntrica que lee el tarot.

Si por mí fuera, esa conversación habría sido completamente diferente. Habría sido sobre darnos una oportunidad, sobre explorar esta química innegable entre nosotros, sobre ver si podríamos

encontrar un equilibrio entre su orden y mi caos. Porque en el fondo, creo que nos complementamos de una manera que ninguno de los dos esperaba.

Pero él ha elegido. Ha elegido su carrera, su imagen, su camino perfectamente trazado. Y yo no soy más que una complicación, un desvío que no puede permitirse.

El sol se ha puesto mientras lloro, sumiendo la cafetería en sombras suaves. Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano, sintiendo cómo el maquillaje se ha corrido por mis mejillas. Debo parecer un desastre, pero ¿a quién le importa?

Me levanto lentamente, las piernas temblorosas, y miro a mi alrededor. La cafetería, mi espacio, mi creación, está en silencio. Las tazas vintage cuelgan ordenadamente, las luces tenues brillan sobre las mesas vacías, el aroma a café y a canela todavía flota en el aire.

Esto es lo que tengo. Esto es lo que soy. Y tendrá que ser suficiente.

Porque Liam Wellington ha dejado muy claro que no habrá un nosotros. Solo dos personas que cometieron un error y que ahora seguirán caminos separados, fingiendo que nada pasó mientras se desvanece el recuerdo de besos apasionados y palabras susurradas en la oscuridad de un armario.

Recojo el permiso del mostrador, mirándolo nuevamente. Es una victoria amarga, teñida de pérdida. Pero una victoria al fin y al cabo.

Mañana colocaré un letrero anunciando las lecturas de tarot. Mañana sonreiré a los clientes y les hablaré sobre posibilidades y caminos alternativos. Mañana seré la Iris de siempre: brillante, positiva, resiliente.

Pero hoy... hoy me permito sentir este dolor. Porque sé que cuando vuelva a ver a Liam Wellington, tendré que fingir que mi corazón no se rompe un poco más cada vez que lo miro y recuerdo que, por un breve momento, fue mío.

CAPÍTULO 25

LIAM

Catorce días.

Ese es el tiempo exacto que ha pasado desde que le dije a Iris que acostarnos juntos había sido un error. Desde que construí un muro de formalidad y distancia entre nosotros. Desde que pronuncié las palabras que me han estado persiguiendo en cada momento de vigilia y en cada sueño inquieto.

Me estoy deshaciendo por dentro.

La sala de reuniones del ayuntamiento está impecablemente preparada para la visita de los representantes del Circuito Nacional de Rodeo. Las carpetas con los avances del proyecto, perfectamente alineadas. Las jarras de agua, estratégicamente colocadas. Las sillas, en ángulos precisos. Todo bajo control, como debe ser.

Todo excepto el huracán de emociones que ruge en mi interior.

—Señor Wellington, la comitiva está llegando —anuncia Margaret desde la puerta, con esa eficiencia que hace que sea mi mano derecha desde hace años.

Asiento, ajustándome la corbata por enésima vez. Es un gesto reflejo, una forma de aferrarme a la normalidad cuando siento que todo lo demás se está desmoronando.

Los últimos días han sido un ejercicio de autocontrol que haría orgulloso a un monje zen. He reorganizado mi agenda para evitar cualquier evento donde pudiera encontrarme con Iris. He enviado a mi asistente a las reuniones del comité que ella atiende. He dado largos rodeos para no pasar frente a su cafetería.

Y cada mañana, he tenido que luchar contra el impulso casi irresistible de ir hasta la cafetería y entrar solo para poder verla una vez más.

No es que no sepa lo que me está pasando. No soy tan ingenuo ni tan obtuso. Lo que siento por Iris va mucho más allá de la atracción física o la fascinación pasajera. Es más profundo, más completo, más aterrador.

Me he enamorado de ella. Completamente. Irrevocablemente.

Y es precisamente por eso que tenía que alejarme. Porque una mujer como ella —vibrante, auténtica, libre— nunca podría ser feliz con un hombre como yo. Un hombre atrapado en convenciones, en expectativas, en estructuras rígidas que ha interiorizado hasta confundirlas con su propia identidad.

Mejor cortar por lo sano. Mejor ser yo quien diga que fue un error, antes de escuchar esas palabras de sus labios. Antes de que se dé cuenta de que nunca podría hacerla feliz.

El sonido de voces en el pasillo me saca de mis cavilaciones. Los representantes del rodeo han llegado para la visita. Me compongo, colocando mi mejor sonrisa profesional mientras me dirijo a la puerta para recibirlos.

Pero la verdad es que mi interés y concentración llevan semanas desaparecidos.

—¡Alcalde Wellington! —exclama Richard Donaldson, estrechando mi mano con entusiasmo—. Un placer volver a verle. Sunset Valley sigue tan encantador como recordaba.

—El placer es nuestro, señor Donaldson —respondo, guiándolos hacia la sala de reuniones—. Estamos entusiasmados con los avances del proyecto.

La comitiva consiste en cinco personas: Donaldson, dos ejecutivos del Circuito cuyos nombres ya he memorizado, y dos coordinadores logísticos que visitarán las instalaciones. Todos hombres de negocios con trajes caros y expresiones evaluadoras.

Los acomodo en la sala, ofreciéndoles refrescos mientras empiezo la presentación. Todo va sobre ruedas: mis explicaciones son claras, sus preguntas pertinentes, el ambiente cordial. Exactamente como lo planeé.

Hasta que Donaldson hace la pregunta que cambia todo.

—Por cierto, ¿dónde está la señorita Davis? —dice, mirando a su alrededor como si esperara verla aparecer de un rincón—. Su

aportación a la propuesta fue crucial. Nos encantaría contar con ella para esta visita.

Mi estómago da un vuelco. Debería haber previsto esto. Por supuesto que preguntarían por ella. Fue quien les cautivó con su visión del festival. Quien transformó una propuesta técnicamente perfecta pero aburrida en algo vibrante y único.

—La señorita Davis está atendiendo su negocio —respondo, intentando que mi voz suene normal—. Pero puedo contactarla si lo desean.

—Por favor —asiente Donaldson—. Nos encantaría que se uniera a nosotros. Especialmente para la visita a las instalaciones. Su perspectiva sobre la parte cultural del evento es invaluable.

Asiento, extrayendo mi móvil con dedos ligeramente temblorosos. Escribo un mensaje conciso, profesional, explicándole la situación y preguntándole si podría unirse a la visita. No puedo evitar este encuentro. Si es que ella no me manda a la mierda. Pulso «enviar» antes de que el miedo me paralice.

Y entonces espero, continuando la reunión como si no sintiera que mi corazón está colgando de un hilo.

Tres minutos después, mi teléfono vibra. Lo miro disimuladamente.

«Por supuesto. Solo necesito hablar con Lauren para que me cubra en la cafetería. Estaré allí en media hora.»

El alivio me inunda, seguido inmediatamente por pánico. Voy a verla. Después de dos semanas de evitarla, de intentar exorcizarla de mis pensamientos, vamos a estar en la misma habitación. Respirando el mismo aire. Fingiendo que nunca nos hemos acostado juntos, que nunca he saboreado cada centímetro de su piel, que nunca he escuchado cómo suena mi nombre en sus labios cuando está a punto de...

—¿Alcalde Wellington? —la voz de Donaldson me devuelve bruscamente a la realidad—. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente —respondo, recomponiendo mi expresión—. La señorita Davis se unirá a nosotros en breve. Mientras tanto, permítanme mostrarles los planos detallados del recinto.

Los siguientes veinte minutos transcurren en una niebla de explicaciones técnicas y discusiones logísticas. Mi boca sigue funcionando en piloto automático mientras mi mente repite un mantra incesante: mantén la compostura, mantén la distancia, mantén el control.

Y entonces, la puerta se abre.

Iris entra en la sala como un rayo de sol en un día nublado. Lleva un vestido color turquesa que fluye a su alrededor como agua, el pelo recogido en una trenza lateral que deja escapar algunos mechones violetas, y una sonrisa que ilumina todo su rostro. Natural. Radiante. Absolutamente preciosa.

Mi corazón, el traidor, se salta varios latidos antes de acelerar como un adolescente en su primera cita.

—Lamento la demora —dice, dirigiéndose a la comitiva con esa calidez que parece envolverlo todo—. Estaba en medio de una nueva receta de muffins que se negaba a cooperar.

Donaldson se levanta para saludarla, seguido por los demás ejecutivos. Observo fascinado cómo, en cuestión de segundos, los tiene a todos comiendo de su mano. Se ríen con sus anécdotas, asienten ante sus ideas, la miran como si fuera la persona más interesante que han conocido.

Y lo es, claro. Es absolutamente extraordinaria.

—El alcalde Wellington ha estado explicándonos los avances —comenta uno de los ejecutivos—. Pero estábamos esperando su visión sobre la parte cultural del evento.

Iris me mira brevemente antes de lanzarse a explicar las colaboraciones que ya ha asegurado con artesanos locales, los talleres que se ofrecerán, las presentaciones musicales que ha coordinado. Habla con tanto entusiasmo, tanta pasión, que casi puedo ver formarse las imágenes en el aire a medida que las describe.

Es como magia. No hay otra forma de definirlo.

Durante la siguiente hora, recorremos el pueblo en una pequeña caravana de vehículos, mostrando a la comitiva los espacios designados para las diferentes actividades. Iris y yo mantenemos una distancia prudente, interactuando solo cuando es estrictamente

necesario, pero cada vez que nuestras miradas se cruzan, siento una descarga eléctrica recorrer mi columna vertebral.

Lo peor es que parece completamente imperturbable. Profesional. Educada. Como si lo que pasó entre nosotros no hubiera significado absolutamente nada para ella.

Quizás realmente no significó nada.

La visita concluye en el rancho Wellington, donde se instalará la arena principal. Mientras recorremos el terreno, explicando la distribución y la logística, no puedo evitar observarla. La forma en que gesticula al hablar. Cómo inclina la cabeza cuando escucha atentamente. El brillo en sus ojos cuando está entusiasmada con una idea.

Y entonces sucede.

Tengo una revelación tan clara, tan obvia, que me deja momentáneamente sin aliento.

Iris sería la esposa perfecta para un alcalde.

No porque sea convencional o discreta o «apropiada» según los estándares tradicionales. Sino porque es extraordinaria. Porque conecta con las personas de una manera que yo nunca podré hacerlo. Porque ve posibilidades donde otros ven obstáculos. Porque hace que todos a su alrededor quieran ser mejores, incluido yo.

La idea me golpea con tanta fuerza que me quedo literalmente paralizado en medio de una frase, ganándome miradas extrañadas de los presentes.

—¿Alcalde? —pregunta Donaldson, con preocupación—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, disculpen —respondo, aclarándome la garganta—. Solo estaba considerando un detalle logístico.

Iris me mira con curiosidad, pero no dice nada. Y yo intento reorganizar mis pensamientos, aplastar esa revelación y volver al guion establecido.

Pero es demasiado tarde. La idea ya está ahí, echando raíces, expandiéndose como una enredadera que trepa por las paredes cuidadosamente construidas de mi autocontrol.

Estoy completamente jodido.

—Sería un honor que nos acompañasen a cenar esta noche —dice Donaldson mientras concluimos la visita al rancho—. De hecho, insistimos. Nos encantaría continuar conversando en un ambiente más relajado.

Miro a Iris, que asiente casi imperceptiblemente. No tenemos opción realmente; rechazar la invitación sería un desplante inaceptable.

—Será un placer —respondo, esforzándome por sonar entusiasmado en lugar de aterrorizado ante la perspectiva de pasar más horas junto a ella en un ambiente social—. El Steakhouse es el mejor restaurante de Sunset Valley. No es The French Laundry, pero hacen un filete que no tiene nada que envidiarle a los de Nueva York.

—Perfecto —sonríe Donaldson—. Y además, mañana se nos unirán algunas personas que estoy seguro estarás encantado de ver, Liam. Harrison y Jenkins vendrán directamente desde Helena para supervisar personalmente los avances.

Mi sangre se congela. Harrison y Jenkins. El senador y el director del comité estatal. Los hombres que podrían hacer o deshacer mi futura candidatura a gobernador. Los mismos que me presionaron para traer el rodeo como mi «momento definitorio».

No esperaba verlos por aquí.

—¿Mañana? —pregunto, intentando que mi voz suene neutral—. No sabía que se unirían a la inspección.

Donaldson asiente, complacido consigo mismo, como quien revela un as bajo la manga.

—Fue una idea del último momento. Están muy interesados en ver cómo avanza el proyecto. Especialmente Jenkins, que como sabes, tiene gran influencia en las candidaturas estatales.

Su guiño conspiratorio no deja lugar a dudas: esto es tanto una evaluación del rodeo como de mi potencial político. Harrison y Jenkins vienen a juzgar si soy el caballo por el que vale la pena apostar.

Siento la mirada de Iris sobre mí, curiosa, perspicaz como siempre. No sabe los detalles, pero estoy seguro de que ha captado la tensión en mi postura, el ligero cambio en mi respiración.

—Será un honor recibirlos —respondo automáticamente.

La conversación deriva hacia los horarios del día siguiente, pero mi mente está a kilómetros de distancia, contemplando las implicaciones. Necesito lograr que mañana todo sea perfecto. Me juego su apoyo.

Mientras intentamos despedirnos, Donaldson me sorprende con una pregunta directa.

—Por cierto, Liam, si me permites el atrevimiento —dice, muy interesado—, ¿tú y la encantadora señorita Davis ya os habéis comprometido? —deja la pregunta en el aire, con una sonrisa cómplice.

Mi mente se paraliza momentáneamente. ¿Qué ha visto? ¿Cómo lo sabe? Nos hemos comportado con absoluta profesionalidad toda la tarde.

Y entonces lo recuerdo. El beso. Aquel beso impulsivo en la sala de espera después de ganar la candidatura en Billings. Frente a toda la comitiva. Un momento de euforia compartida que, en su contexto conservador, solo podía interpretarse de una manera: una pareja celebrando juntos la victoria.

La sangre abandona mi rostro. Esto es un desastre. El alcalde besándose apasionadamente con una ciudadana sin tener una relación. En Texas o Idaho quizás sería tolerado, pero en el circuito de rodeo, con sus valores familiares tradicionales...

Siento que mi intachable reputación, por la que he trabajado durante años, está a punto de desmoronarse frente a mis ojos.

Miro a Iris con pánico mal disimulado. Ella me sostiene la mirada por un momento que parece eterno, su expresión es indescifrable. Puedo ver los engranajes girando detrás de esos extraordinarios ojos.

Y entonces sonríe. Una sonrisa deslumbrante dirigida a Donaldson y su grupo.

—En realidad, es muy reciente —dice con una naturalidad pasmosa—. Nos comprometimos hace apenas unas semanas.

Mi corazón se detiene. Literalmente deja de latir durante un segundo. ¿Qué está haciendo?

—Sí, fue muy... inesperado —continúa, con una risa ligera—. Aunque considerando nuestra historia, creo que no le sorprendió a nadie realmente.

Los ejecutivos asienten, sonriendo. Uno de ellos incluso levanta su mano para darme una palmada de felicitación en el hombro.

—¿Y el anillo? —pregunta la esposa de uno de los ejecutivos, con esa curiosidad socialmente aceptable pero intrusiva.

Iris se mira la mano izquierda, donde por supuesto no hay ninguna joya, y suelta otra risa.

—Está siendo ajustado —explica, lanzándome una mirada de falsa exasperación que resulta increíblemente convincente—. Alguien creyó que mi dedo era dos tallas más pequeño. Ya sabéis cómo son los hombres con las joyas y las tallas...

Nuestros acompañantes estallan en risas cómplices, especialmente las mujeres. Los hombres sacuden la cabeza con expresiones de culpabilidad reconocida. Y yo... yo estoy completamente estupefacto.

Me ha salvado. Sin dudarlo, sin pedir nada a cambio, ha inventado una mentira perfecta para proteger mi reputación profesional. A pesar de cómo la he tratado. A pesar de haberla apartado. A pesar de todo.

No me merezco estar cerca de esta maravillosa mujer.

Una sensación cálida, diferente a cualquier cosa que haya sentido antes, se expande por mi pecho. No es deseo, aunque eso también está presente. Es algo más profundo, más completo. Es gratitud. Es admiración. Es...

Amor. Un amor tan abrumador que casi no puedo respirar bajo su peso.

—Maravilloso entonces. Nos vemos esta noche en el Steakhouse —organiza Donaldson, claramente complacido con la noticia. Gracias a Iris he pasado otra de las pruebas de fuego—. Y felicidades por el compromiso. Hacéis una pareja estupenda.

Cuando finalmente se marchan, me quedo a solas con Iris en el pórtico del rancho. El silencio entre nosotros es tan denso que casi podría cortarlo con un cuchillo.

—Gracias por… —comienzo, sin saber muy bien cómo agradecerle el enorme favor que me acaba de hacer, pero ella me corta.

—No hace falta que me las des. Quiero que el Rodeo salga tan bien como tú.

Me quedo mirándola tan abrumado por lo que estoy sintiendo que ni siquiera soy capaz de decirle nada más.

—Tengo que volver a la cafetería —dice ella finalmente—. Lauren no puede cubrir el turno completo.

—Claro —respondo, agradecido y desconcertado a partes iguales —-. ¿Quieres que te vaya a buscar cuando cierres?

—No. Tengo que pasar por casa a cambiarme para la cena. Lo mejor es que nos veamos en el restaurante directamente.

Hay tanto que quiero decirle. Que estoy asombrado por lo que acaba de hacer. Que estoy tan agradecido que no sé cómo expresarlo. Que estoy aterrorizado por lo que siento. Que no sé cómo conciliar mis sentimientos por ella con la vida que siempre he planeado.

Pero las palabras se atascan en mi garganta.

—Claro, te veré en el restaurante entonces —digo finalmente—. A las nueve.

Ella asiente, y por un momento fugaz veo un atisbo de vulnerabilidad cruzar por sus ojos, pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Allí estaré —responde, dirigiéndose a su coche.

La veo alejarse, su vestido turquesa ondeando suavemente con la brisa, su pelo captando los últimos rayos del sol poniente. Y con cada metro que aumenta la distancia entre nosotros, siento que una parte de mí se va con ella.

La verdad me golpea como un puñetazo en el estómago: estoy enamorado de Iris. Completamente. Desesperadamente. Y no tengo la más mínima idea de qué hacer al respecto.

Porque, aunque me he pasado la vida persiguiendo objetivos y superando obstáculos, nunca me he enfrentado a uno tan intimidante como este: la posibilidad de que la mujer que quiero no me vaya a querer nunca a mí.

Y mientras conduzco de vuelta al pueblo, me preparo para interpretar un papel esta noche. El papel de un hombre felizmente comprometido con la mujer de sus sueños, cuando la realidad no podría estar más lejos de la verdad.

CAPÍTULO 26

LIAM

El aire de la noche me enfría el rostro mientras espero en la entrada del Steakhouse. Las luces del letrero de neón proyectan un resplandor rojizo sobre la acera, contrastando con el cielo ya oscurecido de Montana. Consulto mi reloj por tercera vez en los últimos cinco minutos: 20:47. Ella llegará en cualquier momento.

Debería relajarme. Todo va bien. La comitiva del Circuito de Rodeo ya está dentro, disfrutando de los aperitivos y los cócteles en el área del bar.

Todo está bajo control.

Excepto que no lo está.

Cuando veo el coche de Iris aparcar a pocos metros, mi corazón se pone a latir como un loco. La puerta del conductor se abre y ella emerge, como una aparición en la noche.

Me quedo literalmente sin aliento.

Iris lleva un vestido negro que parece haber sido creado específicamente para torturarme. Elegante, con un corte que abraza perfectamente cada increíble curva de su cuerpo, cayendo luego en una falda que se mueve como agua oscura a cada paso. Su escote, modesto pero sugerente, está adornado con un collar fino de plata. Su pelo, sorprendentemente, está recogido en un moño pulcro que realza la delicada línea de su cuello, con solo unos pocos mechones violetas enmarcando su rostro.

Se ve... diferente. Contenida. Como si hubiera empaquetado cuidadosamente toda su exuberancia natural en un envoltorio socialmente aceptable.

Y aunque está absolutamente deslumbrante, algo en mi interior se contrae dolorosamente. No quiero que deje de ser ella misma.

—Hola —dice al acercarse, con una sonrisa que no llega completamente a sus ojos—. ¿Llego tarde?

—No —respondo, encontrando finalmente mi voz—. Justo a tiempo.

Nos quedamos en un silencio incómodo, mirándonos. Hay tanta distancia entre nosotros, y no me refiero a los pocos pasos que nos separan físicamente. Es como si hubiera un océano entero, lleno de palabras no dichas y sentimientos negados.

—Estas... —comienzo, buscando la palabra adecuada. ¿Hermosa? ¿Impresionante? ¿Increíble? Todo parece insuficiente.

—¿Normal? —completa ella, con un tono que intenta ser ligero pero que tiene un filo molesto—. ¿Apropiada? ¿Presentable para tus importantes contactos?

Su comentario me golpea como una bofetada. Toda la culpa que he estado acumulando desde que le dije que lo nuestro había sido un «error» se cristaliza en este momento.

—Iba a decir que estás deslumbrante —respondo, y la sinceridad en mi voz parece sorprenderla—. Pero también pareces... menos tú.

Algo cambia en su expresión. Una grieta en la máscara de indiferencia que ha estado manteniendo.

—Pensaba que eso era exactamente lo que querías —dice, su voz más suave ahora, casi vulnerable—. Alguien que no avergüence al todopoderoso alcalde Wellington.

Cada palabra es como una daga. Porque tiene razón. Yo le pedí esto hace semanas. Yo le hice sentir que no era suficiente tal como es. Y ahora, viéndola así, comprendo lo tremendamente equivocado que estaba.

Quiero decirle que me equivoqué, que lo siento, que la prefiero tal como es: caótica, colorida, imposiblemente viva. Pero las palabras no salen. Nunca salen cuando más las necesito.

—Deberíamos entrar —digo en cambio, ofreciéndole mi brazo—. Nos están esperando.

Ella asiente, aceptando mi brazo con un gesto que parece más ensayado que natural. Y así entramos, dos actores representando una obra para un público que no sabe que el verdadero drama está ocurriendo bajo la superficie.

La cena transcurre como en un sueño nebuloso. Conversaciones educadas, risas medidas, el tintineo de cristal y de cubiertos. Mantengo la sonrisa profesional que he perfeccionado durante años, pero mi atención está completamente centrada en Iris.

En cómo su vestido negro contrasta con su piel clara bajo las luces tenues del restaurante. En cómo juega distraídamente con su collar mientras escucha a uno de los ejecutivos. En cómo, a pesar de su apariencia contenida, sigue siendo la persona más vibrante de la habitación.

No puedo apartar los ojos de ella, y eso no pasa desapercibido. Donaldson me guiña un ojo en un momento dado, como felicitándome por mi «conquista». Si supiera lo lejos que estoy de tener algo con Iris, lo completamente inalcanzable que es para mí...

Y lo peor es que yo mismo lo he provocado. Con mi rigidez, con mis miedos, con mi incapacidad para aceptar que alguien como ella pudiera querer a alguien como yo.

La observo interactuar con los demás. Cómo hace preguntas perspicaces sobre sus vidas, cómo los hace sentir escuchados, cómo ilumina el espacio a su alrededor sin siquiera intentarlo. Está interpretando el papel de «prometida perfecta» con una maestría que me deja asombrado.

Y yo me siento como el mayor fraude del mundo por permitirlo, por no poder decirle aquí y ahora que la quiero exactamente como es, no como cree que debería ser para encajar en mi mundo.

En ese momento me doy cuenta de que soy un completo imbécil.

Ha sido una noche muy dura.

Mi apartamento está silencioso y frío cuando regreso, pasada la medianoche. Me quito la corbata con un gesto cansado, dejándola caer sobre una silla. El peso de todo lo que no he dicho me aplasta, haciendo que cada movimiento me suponga un esfuerzo.

Me dirijo al baño, necesitando la ducha más caliente que pueda soportar para aliviar la tensión acumulada en mis músculos. Bajo el

chorro de agua, con los ojos cerrados, la imagen de Iris en ese vestido negro vuelve a mí con una claridad dolorosa.

Pero en mi mente, no es esa Iris contenida y «apropiada» la que veo. Es la verdadera: con sus mechones de pelo violeta salvaje, sus vestidos imposiblemente coloridos, su risa que parece contener toda la alegría del universo. Es esa Iris la que me obsesiona, la que hace que mi corazón se acelere, la que ocupa cada rincón de mi mente.

Cuando salgo de la ducha, envuelto en una toalla, la necesidad física es innegable. Estoy tan duro que siento que voy a explotar. Mi cuerpo reacciona al mero pensamiento de ella con una intensidad que me sorprende. Me tumbo en la cama, el único sonido en la habitación es mi respiración cada vez más agitada.

Cierro los ojos y me rindo a la fantasía. Imagino a Iris aquí conmigo, su piel contra la mía, sus labios recorriendo mi cuerpo. Pero no es solo deseo lo que siento. Es algo más profundo, más completo.

Imagino despertar con ella cada mañana, su cabello despeinado sobre la almohada, su sonrisa adormilada. Imagino discutir sobre política local en la cocina, ella defendiendo alguna idea absurdamente idealista mientras yo intento ser el pragmático. Imagino su risa llenando este apartamento demasiado ordenado, demasiado vacío.

La imagino mía. No como una posesión, sino como una elección mutua. Como un compromiso real, no la farsa que estamos interpretando.

Mi mano se desliza bajo la toalla, buscando alivio para esta necesidad que es tanto física como emocional. Y mientras me pierdo en el placer solitario, su nombre es una plegaria en mis labios, un secreto susurrado en la oscuridad que nadie más escuchará.

Cuando la liberación llega, intensa y abrumadora, no es suficiente. Nunca será suficiente. Porque lo que quiero, lo que necesito, va mucho más allá de lo físico.

Quiero a Iris Davis en mi vida. Completamente. Permanentemente. Con todo su caos, su color, su desafío constante a todo lo que doy por sentado.

Y mientras el sueño finalmente me reclama, una certeza se asienta en mi mente: tengo que decírselo. Tengo que intentarlo, aunque me rechace. Porque vivir así, deseándola desde lejos, pretendiendo que no siento lo que siento, es una forma de cobardía que ya no puedo soportar.

Mañana, después de la visita de Harrison y Jenkins, encontraré el momento. Le diré toda la verdad.

Porque si hay algo que he aprendido de Iris, es que la autenticidad, aunque aterradora, es el único camino hacia la verdadera felicidad.

CAPÍTULO 27

IRIS

La luz de la mañana inunda el Vintage Valley Café, proyectando patrones dorados sobre las mesas vintage, creando un ambiente casi mágico. O al menos lo sería, si no estuviera tan nerviosa y pendiente del reloj que marca las once y cuarenta minutos. En cualquier momento, la comitiva del rodeo pasará por aquí, haciendo su recorrido oficial por Main Street.

En cualquier momento, veré a Liam después de la extraña cena de anoche.

Todavía puedo sentir el fantasma de sus ojos sobre mí durante toda la velada. Me miraba con tanta intensidad…

Sacudo la cabeza, intentando concentrarme en la lectura de tarot que estoy realizando. Frente a mí, la señora Henley me escucha atentamente mientras le explico el significado de La Emperatriz invertida.

—Representa un bloqueo creativo, señora Henley —le digo, pasando el dedo sobre la imagen—. ¿Hay algún proyecto que haya estado posponiendo por miedo a no hacerlo perfecto?

Sus ojos se ensanchan con reconocimiento, y comienza a hablarme del cuadro que no se ha atrevido a empezar desde que se jubiló. El tarot siempre funciona así: no te dice nada que ya no sepas en el fondo, solo te ayuda a verlo desde una perspectiva diferente.

Como yo necesito ver mi situación con Liam desde otra perspectiva, aunque ninguna carta parece tener respuestas para el lío en que me he metido.

La campanilla de la puerta suena, y alzo la vista para ver entrar a Martha Henderson. Detrás de ella, otra señora del club de punto. Y

detrás, tres personas más. Se ha empezado a formar una cola. En los últimos días, desde que coloqué el letrero anunciando las lecturas del tarot, la respuesta ha sido abrumadora. Lo que empezó como curiosidad se ha convertido en un pequeño fenómeno local.

Sigo atendiendo a más clientes.

—¡Hay cola hasta la esquina! —exclama Lauren un rato después, pasando a mi lado con una bandeja de cafés—. ¿Quién habría pensado que Sunset Valley estaba tan desesperado por orientación espiritual?

Le devuelvo la sonrisa, aunque mi estómago está hecho un nudo. Una parte de mí está radiante por el éxito de mi rincón de tarot, pero otra parte tiembla ante la idea de que Liam y los inversores vean este espectáculo. Un espectáculo que él calificaría, probablemente, como poco serio y perjudicial para la imagen del pueblo.

Por eso se resistió tanto para darme el permiso.

Termino la lectura con la señora Brooks, y llamo al siguiente cliente cuando la campanilla de la puerta vuelve a sonar. Esta vez, mi corazón se acelera.

Liam entra primero, tan impecablemente vestido como siempre en un traje azul marino que realza la anchura de sus hombros. Tras él, veo a Donaldson y los ejecutivos del rodeo. Y luego, como una sombra amenazante, a dos hombres de aspecto severo: el Senador Harrison y Jenkins. Los dos hombres que podrían catapultar la carrera política de Liam.

Nuestras miradas se cruzan durante un segundo que parece expandirse hasta el infinito. Veo sorpresa en sus ojos, luego algo que parece casi pánico cuando registra la cola de gente esperando por una lectura. Desvía la mirada rápidamente, pero el daño ya está hecho.

Me siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Sabía que esto ocurriría. Sabía que se avergonzaría de mí, de mis cartas, de todo lo que represento. Y aun así, como una idiota, había albergado la esperanza de que las cosas fueran diferentes después

de la cena de anoche. Después de verlo mirarme con tanta intensidad que me hizo temblar por dentro.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —pregunta Harrison con aire de superioridad—. ¿Una adivina en el corazón de Main Street? Es como retroceder al Viejo Oeste.

Las risas que siguen a su comentario son como pequeños cuchillos que se clavan en mi piel. Mantengo la sonrisa profesional, aunque siento el ardor de las lágrimas amenazando con formarse.

—No es una adivina —interviene Donaldson, con tono conciliador —. La señorita Davis es la co-organizadora del evento cultural del rodeo. Es toda una artista.

Harrison ni siquiera se digna a mirar a Donaldson. Sus ojos, fríos y evaluadores, están fijos en mí. O más bien, en mis cartas.

—Esperaba un nivel más alto de profesionalidad en el pueblo que va a acoger un evento del calibre del rodeo —dice, dirigiéndose directamente a Liam—. Los inversores quieren estabilidad, tradición. No... espectáculos de feria.

Noto cómo el calor me sube por el cuello hasta las mejillas. Nunca me ha importado la opinión de estirados como Harrison, pero algo en la manera que mira mis cartas, como si fueran basura, me hiere en lo más profundo. Este tarot fue de mi madre. Es mi conexión con ella, con mi infancia, con quién soy realmente.

Miro a Liam, esperando... ¿qué exactamente? ¿Que me defienda? ¿Que les diga que se equivocan? ¿Que les explique que hay espacio para todo en Sunset Valley?

Pero su expresión está cerrada, profesional.

Trago el nudo que se ha formado en mi garganta. Este es el momento en el que voy a descubrir cuanto le importo realmente a Liam Wellington.

Y estoy aterrada. Aterrada de que me parta el corazón.

—Bueno, Wellington —continúa Jenkins, dando una palmada condescendiente en el hombro de Liam—, comprendo que como alcalde tengas que ser tolerante con... ciertos elementos pintorescos. Pero deberías considerar la imagen global. Este tipo de tonterías no deberían suceder en un pueblo que aspira a destacar.

Espero que Liam asienta, que murmure alguna excusa diplomática, que me lance una mirada de «hablaremos de esto luego». Estoy preparada para el dolor. Lo que no estoy preparada es para lo que ocurre a continuación.

La mandíbula de Liam se tensa visiblemente. Veo cómo la vena de su sien comienza a palpitar, esa vena que he llegado a conocer tan bien cuando está a punto de perder los estribos.

—Le agradecería —dice, con una voz tan gélida que casi congela el aire entre nosotros— que se refiriera a mi prometida con respeto.

El silencio que sigue a sus palabras es absoluto. Incluso el tintineo de las tazas en la cafetería parece haberse detenido.

—Estas «tonterías», como usted las llama —continúa, dando un paso adelante, imponente en su furia contenida—, son parte integral de lo que hace especial a Sunset Valley. La inclusión, la diversidad, la capacidad de honrar tanto las tradiciones como la innovación.

Harrison parece momentáneamente desconcertado, pero se recupera rápidamente.

—Vamos, Wellington, no te pongas así. Solo decimos que...

—Lo que estáis diciendo —lo interrumpe Liam, su voz cargada de una autoridad que nunca le había escuchado— es que mi prometida, la mujer que ha transformado esta comunidad con su visión y su energía, debería cambiar quién es para satisfacer vuestras expectativas.

Da otro paso adelante, y Harrison y Jenkins retroceden instintivamente.

—Si eso es lo que pensáis, si eso es lo que se requiere para tener vuestro apoyo, entonces os sugiero que reconsideréis vuestro interés en Sunset Valley y en mí. Porque no voy a permitir que nadie, y menos aún unos forasteros que acaban de llegar, le falten al respeto a la mujer que amo.

«La mujer que amo.»

Las palabras resuenan en mis oídos como un eco interminable. Siento que el suelo bajo mis pies se tambalea. ¿Lo ha dicho realmente? ¿O mi mente desesperada está fabricando lo que más desea escuchar?

—Liam, nosotros no sabíamos... —comienza Jenkins, visiblemente incómodo—. No teníamos idea de que era...

—Es mi prometida, sí —confirma Liam, su voz ahora mortalmente tranquila—. Y más importante aún, es la cofundadora de este evento. Nada hubiera sido posible sin su visión. Así que os sugiero que le mostréis el mismo respeto que esperáis recibir.

Harrison y Jenkins intercambian miradas de sorpresa y desconcierto. Es evidente que no esperaban esta reacción del habitualmente diplomático Liam Wellington.

—Por supuesto —murmura finalmente Harrison—. Nuestras disculpas, señorita Davis. Ha sido un malentendido.

Pero apenas los escucho. Toda mi atención está fija en Liam, en cómo sus ojos buscan los míos por un instante, transmitiendo algo que no logro descifrar. ¿Arrepentimiento? ¿Determinación? ¿Preocupación?

—Creo que deberíamos continuar con la visita —dice Liam, recuperando la compostura—. Donaldson, ¿revisamos la zona del festival?

Y así, tan repentinamente como entraron, se dirigen hacia la puerta. Liam es el último en salir. Se gira brevemente, capturando mi mirada una última vez.

Lo que veo en sus ojos me deja sin aliento. Es algo crudo, honesto, vulnerable. Hay una disculpa silenciosa, sí, pero también algo más. Algo que se parece peligrosamente a una promesa.

Y entonces se va, dejándome con el corazón latiendo desbocado y la certeza absoluta de que todo acaba de cambiar.

La campanilla de la puerta suena al cerrarse, un sonido trivial que parece marcar una línea clara en mi vida: el antes y el después de escuchar a Liam Wellington decir «la mujer que amo» refiriéndose a mí.

—Esto... —dice Lauren, que ha presenciado toda la escena desde la barra—, ¿me he perdido algo?

Pero no puedo responder. No puedo ni siquiera encontrar palabras para describir el torbellino de emociones que me atraviesa. Alegría, confusión, esperanza, miedo... todo mezclado en un cóctel embriagador que me deja mareada.

Porque, por primera vez desde que lo conozco, Liam Wellington no ha elegido el camino seguro, el camino profesional, el camino conveniente. Ha elegido defenderme, defenderme a mí, con todo lo que eso implica para su preciada carrera política.

Y no sé qué demonios significa, pero por primera vez en semanas, siento que puedo respirar de nuevo.

CAPÍTULO 28

LIAM

La noche ha caído completamente sobre Sunset Valley cuando finalmente aparco frente a mi casa. Son casi las once, y el cansancio pesa en cada uno de mis músculos como si llevara horas cargando piedras. El viaje al aeropuerto de Bozeman para despedir a la comitiva ha sido interminable, con Harrison y Jenkins haciendo comentarios políticos durante todo el trayecto, como si no hubiera ocurrido nada inusual por la mañana.

Como si no hubieran insultado a Iris.

Como si no hubieran menospreciado algo que para ella es sagrado.

Como si yo no hubiera puesto en riesgo mi carrera política por defenderla.

Apago el motor y me quedo sentado en la oscuridad del coche, permitiéndome un momento de debilidad que nunca me concedería en público. Apoyo la frente contra el volante y exhalo lentamente, sintiendo cómo la rabia, que he mantenido bajo control durante todo el día, finalmente encuentra su salida.

Las imágenes de esta mañana se repiten en mi mente como una película dolorosa. La cara de Iris cuando Harrison se burló de su lectura del tarot. La mezcla de dolor y resignación en sus ojos, como si esperara exactamente esa reacción por mi parte. Como si ya hubiera aceptado que la abandonaría a su suerte, que me pondría del lado de esos hombres poderosos en lugar del suyo. La idea de que ella creyera eso de mí me resulta insoportable.

Y lo peor es que tiene motivos para pensarlo. Le dije que lo nuestro había sido un error. La hice sentir que su forma de ser, tan vibrante y auténtica, era algo que me avergonzaba. La alejé porque

tenía miedo de lo que sentía, miedo de lo que significaba para mi vida cuidadosamente planificada.

Y luego... luego están esas palabras que se escaparon de mi boca. «La mujer que amo». No fue una estrategia, no fue parte de nuestra farsa de compromiso. Fue la verdad más cruda y desnuda que he pronunciado en años, quizás en toda mi vida.

Una verdad que probablemente ha arruinado cualquier posibilidad de relación profesional que pudiéramos mantener después de esto.

Golpeo el volante con frustración. ¿Cómo he podido hacerlo todo tan mal? ¿Cómo he podido herir a la única persona que me ha hecho sentir vivo en años?

Salgo del coche con movimientos pesados y me dirijo hacia la entrada de mi casa, una elegante construcción victoriana de dos plantas. La luz del porche arroja sombras alargadas sobre el camino de entrada, y estoy tan absorto en mis pensamientos que casi me tropiezo con la figura sentada en los escalones.

—¡Joder! —exclamo, deteniéndome bruscamente.

Y entonces me doy cuenta de quién es. Iris. Sentada en mis escaleras como una aparición.

Lleva unos vaqueros desgastados y un jersey holgado de punto grueso que se desliza por uno de sus hombros, revelando una porción de piel que inmediatamente atrae mi mirada. Su pelo está recogido en una coleta desordenada, con mechones escapando en todas direcciones. Parece haber estado esperando un buen rato.

Se levanta con un movimiento fluido, y bajo la luz del porche puedo ver que sus ojos están brillantes, expectantes. No enfadados, como esperaba, sino... esperanzados.

—Hola —dice simplemente.

Mi corazón da un vuelco tan violento que casi puedo sentirlo golpeando contra mis costillas. Ella está aquí. A pesar de todo, está aquí.

—Iris —respondo, su nombre saliendo de mis labios como una plegaria—. Yo... lo de esta mañana... Lo siento tanto. Lo que dijeron esos imbéciles...

—¿Es verdad? —me interrumpe, dando un paso hacia mí, con sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me deja sin aliento.

Me quedo paralizado. De todas las preguntas que esperaba, esta no estaba en la lista.

—¿El qué?

—Lo que dijiste —continúa, su voz apenas es un susurro en la noche—. Que soy la mujer que amas. ¿O solo era parte de la farsa?

El tiempo parece detenerse entre nosotros. Podría mentir. Podría decir que fue parte de la actuación, que era la única forma de callar a Harrison y salvar la situación. Sería lo más seguro. Lo más lógico.

Pero estoy cansado. Cansado de mentir, de fingir, de negar lo que siento por miedo a ser vulnerable. Cansado de perderme la vida real por perseguir una versión idealizada que ni siquiera estoy seguro de desear.

Así que niego. Un solo movimiento de cabeza, casi imperceptible, pero que cambia todo entre nosotros.

—No era parte del engaño —confieso en voz baja, porque de alguna manera la confirmación verbal parece necesaria—. Es la verdad.

Espero cualquier reacción: rechazo, confusión, incluso lástima. Lo que no espero es la sonrisa que ilumina su rostro, transformándolo por completo. Una sonrisa que contiene tanto alivio, tanta alegría, que me deja momentáneamente sin aliento.

—¿Desde cuándo? —pregunta, acercándose más.

—Creo que desde que te encontré en el baño del ayuntamiento, desafiando todas mis nociones sobre protocolo —confieso, sintiendo cómo una sonrisa se forma en mis propios labios ante el recuerdo—. Pero me negué a admitirlo hasta hace muy poco. Tenía demasiado miedo.

—¿Miedo de qué? —Sus ojos buscan los míos, genuinamente curiosos.

—De todo —respondo con honestidad—. De lo que sentía por ti. De cómo me cambiabas. De que alguien tan extraordinario como tú nunca podría querer a alguien tan... rígido como yo.

Ella da otro paso hacia mí, hasta que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, hasta que puedo oler ese aroma tan suyo a vainilla y cítricos que me vuelve loco.

—Para ser un hombre tan inteligente, a veces eres increíblemente obtuso —dice, con esa mezcla de dulzura y ferocidad que es tan típicamente suya—. He estado medio enamorada de ti desde que me miraste como si fuera un huracán que acababa de arrasar con tu oficina perfectamente organizada.

Sus palabras me golpean como una descarga eléctrica.

—¿Tú... me quieres? ¿A mí? —pregunto, incapaz de ocultar mi asombro.

—Sí —confirma, y hay tanta verdad en sus ojos que me deja sin aliento—. Con tu obsesión por el control, tus trajes perfectos y esa vena que palpita en tu frente cuando te enfadas. Te quiero exactamente como eres, Liam Wellington.

Es demasiado. La emoción que me invade es tan intensa que siento que podría ahogarme en ella. Sin pensarlo, recorro el último paso que nos separa y tomo su rostro entre mis manos.

—Lo siento —digo, mi voz sale ronca por la emoción—. Siento haberte herido. Siento haberte hecho sentir que tenías que ser menos tú para encajar en mi mundo. Siento no haber sido valiente antes. No merezco una segunda oportunidad, pero si me la das, te juro que pasaré el resto de mi vida demostrándote que amo cada parte de ti. Tu caos, tus colores, tu magia.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero su sonrisa es tan brillante que eclipsa todas las estrellas.

—En ese caso —dice, colocando sus manos sobre las mías—, si no quieres tener tu primer escándalo como alcalde, te sugiero que abras esa puerta. Porque llevo horas imaginando todas las formas en que podría besarte, y no creo poder contenerme mucho más.

Su confesión me envía una nueva descarga de deseo por todo el cuerpo. ¿Ella quiere besarme? ¿A mí? Después de todo, ¿me desea tanto como yo a ella?

No necesito que me lo diga dos veces. Con dedos torpes por la anticipación, saco las llaves y abro la puerta, haciéndome a un lado para dejarla entrar.

Apenas he cerrado cuando sus manos están en mi rostro, atrayéndome hacia ella con una urgencia que se hace eco de la mía propia. Nuestros labios se encuentran en un beso que nada tiene de

tentativo. Es hambriento, desesperado, como si ambos hubiéramos estado conteniendo este deseo durante demasiado tiempo.

Y así ha sido. Meses de tensión, de miradas robadas, de química negada, todo culminando en este momento. Sus labios son suaves pero insistentes contra los míos, y saben ligeramente a café y a algo dulce que no puedo identificar. Su lengua se desliza contra la mía, explorando, reclamando, y un gemido escapa de mi garganta.

Mis manos finalmente cobran vida. Una se enreda en su pelo, deshaciendo la coleta, mientras la otra se cierra firmemente en su cintura, atrayéndola tan cerca que no queda ni un milímetro de espacio entre nosotros.

Ella responde presionándose contra mí, y puedo sentir cada curva de su cuerpo a través de las capas de ropa. La sensación es tan intoxicante que me marea. O quizás es la falta de oxígeno, porque no me he permitido respirar desde que sus labios tocaron los míos.

Cuando finalmente nos separamos para tomar aire, sus pupilas están dilatadas, sus labios hinchados, y hay un rubor que se extiende desde sus mejillas hasta su cuello. Nunca ha estado más hermosa.

—Te he echado de menos —confiesa, sus dedos trazando el contorno de mi mandíbula—. Tanto que me enfadaba conmigo misma por ello.

—Iris, yo... —empiezo, sintiendo la necesidad de explicarme, de disculparme por todo.

—No —me interrumpe, colocando un dedo sobre mis labios—. Nada de disculpas, nada de arrepentimientos. No esta noche. Esta noche solo quiero sentirte. Quiero que me demuestres que es verdad que me amas.

Sus palabras encienden algo primitivo dentro de mí. Una necesidad de demostrarle, no solo con palabras sino con acciones, cuán profundamente la deseo, cuánto significa para mí.

La levanto en brazos con un solo movimiento, arrancándole un pequeño grito de sorpresa que se convierte en risa cuando la llevo por las escaleras hacia mi dormitorio. Sus brazos se enredan alrededor de mi cuello, su cara escondida contra mi cuello, y puedo sentir su sonrisa sobre mi piel.

La habitación está a oscuras, solo iluminada por la luz que se filtra desde el pasillo, pero no me molesto en encender ninguna lámpara. La deposito suavemente sobre la cama, y me detengo un momento para contemplarla: despeinada, ligeramente sin aliento, mirándome con una mezcla de deseo y amor que me deja sin palabras.

—Eres tan hermosa que duele mirarte —digo, las palabras saliendo antes de que pueda filtrarlas.

Su sonrisa se vuelve más suave, más íntima.

—Entonces deja de mirar —responde, extendiendo una mano hacia mí—. Y tócame.

No necesito más invitación. Me sitúo sobre ella, apoyado en mis antebrazos para no aplastarla con mi peso, y capturo sus labios nuevamente. Este beso es diferente: más lento, más deliberado, pero no menos intenso. Exploro su boca con calma, saboreando cada suspiro, cada pequeño sonido que hace.

Mis manos recorren su cuerpo, memorizando cada curva, cada valle. Cuando mis dedos encuentran la piel desnuda bajo su jersey, es como tocar fuego líquido. Es suave, cálida, y quiero más. Necesito más.

Como si leyera mis pensamientos, se incorpora ligeramente para que pueda deslizar el jersey sobre su cabeza, revelando un sencillo sujetador de encaje color lavanda que hace juego con su pelo. La imagen me deja momentáneamente sin aliento.

—Eres jodidamente preciosa —me maravillo.

—Tu turno —dice, sus dedos ya están trabajando en los botones de mi camisa.

Juntos, entre besos y caricias cada vez más desesperadas, nos despojamos de toda la ropa hasta que no queda nada entre nosotros. Piel contra piel, calor contra calor.

La contemplo completamente desnuda ante mí, y siento una mezcla de deseo y reverencia que me abruma. Sus curvas suaves, el contraste de su piel clara contra las sábanas oscuras, los tatuajes que no sabía que tenía: pequeñas estrellas en su cadera, una frase en sánscrito bajo su costilla, una luna creciente sobre su montículo.

—Te deseo tanto que no puedo pensar con claridad —confieso, mi voz casi irreconocible por el deseo.

Su respuesta es arquear su cuerpo hacia mí, sus caderas elevándose en una invitación inequívoca.

—Entonces no pienses —susurra—. Solo siente.

Bajo mis labios a su cuello, saboreando la piel sensible allí. Ella gime cuando mis dientes rozan ligeramente el punto donde su pulso late acelerado. Continúo mi exploración, besando, lamiendo, mordisqueando mi camino por su cuerpo: la clavícula, el valle entre sus pechos, el suave montículo de cada uno.

Cuando tomo uno de sus pezones en mi boca, su espalda se arquea y sus dedos se hunden en mi pelo, manteniéndome ahí. El sonido que hace —mitad gemido, mitad suspiro— es el más erótico que he escuchado jamás.

—Liam, por favor —suplica, sin especificar qué es lo que quiere, pero yo lo sé. Lo siento en la tensión de su cuerpo, en la forma en que sus caderas se mueven buscando fricción contra las mías.

—Paciencia —murmuro contra su piel, mientras mi mano desciende por su vientre, explorando, descubriendo—. Quiero saborearte primero.

Continúo mi viaje descendente, besando su estómago, el hueso de su cadera, el interior de sus muslos, hasta llegar finalmente a su centro. El primer toque de mi lengua contra ella la hace gritar, sus manos agarrando las sábanas con fuerza.

La saboreo lentamente, aprendiendo lo que le gusta, lo que la hace temblar, lo que le arranca esos sonidos que ya estoy volviéndome adicto a provocar. Añado mis dedos a la exploración, deslizando primero uno, luego dos, dentro de ella mientras mi lengua continúa su dulce tortura.

—Dios, Liam —gime, sus caderas moviéndose contra mi boca—. No voy a durar.

—No te contengas —le digo, sintiendo cómo sus músculos internos comienzan a tensarse alrededor de mis dedos—. Déjate ir para mí. Quiero verte.

Y lo hace. Con un grito que podría ser mi nombre, se rompe bajo mis atenciones, su cuerpo entero temblando con la intensidad de su placer. Es la visión más hermosa que he contemplado jamás.

Cuando los temblores disminuyen, subo para besarla, dejándole probar su sabor en mis labios. Sus ojos están vidriosos, sus mejillas sonrojadas, y hay una sonrisa de satisfacción en su rostro que me llena de un orgullo primitivo.

—Eres increíble —susurra, su voz aún temblorosa—. Pero ahora es mi turno.

Con una fuerza sorprendente para alguien de su tamaño, me empuja hasta que estoy de espaldas y ella a horcajadas sobre mí. La visión de Iris, desnuda, despeinada y claramente decidida, sobre mi cuerpo, es casi suficiente para llevarme al límite sin ningún toque adicional.

Sus manos exploran mi pecho, mis hombros, mis abdominales, con una reverencia que me conmueve. Sus labios siguen el camino de sus dedos, dejando pequeños besos y mordiscos que me hacen sisear de placer.

Y entonces, sin previo aviso, su boca está sobre mí, cálida y húmeda, y tengo que cerrar los ojos para no terminar inmediatamente ante la visión de sus labios rodeándome.

—Iris —jadeo, mis manos en su pelo—. Si sigues así, esto va a terminar demasiado pronto.

Ella me libera con un último lametón que me hace temblar, y se desliza hacia arriba por mi cuerpo hasta que nuestros rostros están alineados. Sus ojos buscan los míos, y hay tanta vulnerabilidad, tanta honestidad en su mirada que me deja sin aliento.

—Te quiero dentro de mí —dice simplemente—. Ahora.

Alcanzo el cajón de la mesita de noche, sacando un preservativo. Ella me lo quita de las manos, rasgando el paquete con un gesto sorprendentemente erótico, y lo desliza sobre mi longitud haciéndome gemir.

Y entonces se posiciona sobre mí, descendiendo lentamente, tomándome centímetro a centímetro hasta que estoy completamente envuelto en su calor. Ambos gemimos ante la sensación, perfecta más allá de las palabras.

Por un momento no nos movemos, simplemente disfrutando de la conexión, de la plenitud. Sus manos descansan sobre mis pectorales, las mías en sus caderas, nuestras respiraciones sincronizadas.

—Eres perfecta —susurro—. Tan perfecta para mí.

Ella sonríe, una sonrisa que me llega directamente al corazón, y comienza a moverse. Lentamente al principio, encontrando un ritmo, y luego con creciente urgencia. Mis caderas se elevan para encontrar las suyas, empujando más profundo con cada movimiento.

La habitación se llena con el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas, de piel contra piel, de palabras de amor y deseo murmuradas en la oscuridad.

—Mírame —le pido, necesitando esa conexión—. Quiero verte cuando llegues.

Sus ojos, brillantes de pasión, se fijan en los míos, y la intimidad de ese contacto es casi abrumadora. Puedo sentir que está cerca nuevamente, sus movimientos volviéndose más erráticos, sus músculos internos apretándose alrededor de mí. Deslizo una mano entre nuestros cuerpos, encontrando ese punto sensible que la hará caer al abismo.

—Vente conmigo —susurra contra mis labios—. Juntos.

Siento que mi propio clímax se aproxima, imparable como una marea. Cuando ella se tensa sobre mí, gritando mi nombre, me dejo ir también, aferrándome a ella como si fuera mi salvación.

El placer es tan intenso que por un momento veo estrellas, mi cuerpo entero pulsando al unísono con el suyo. Es transcendental. Es perfecto. Es como volver a casa después de un largo viaje.

Cuando finalmente nuestras respiraciones se calman, Iris se desliza a mi lado, acurrucándose contra mi pecho. Mis brazos la rodean automáticamente, atrayéndola más cerca, no soporto la idea de estar alejado de ella.

—Eso ha sido... —comienza, su voz adormilada.

—Increíble —termino por ella, besando su frente.

—Iba a decir «mejor que en mis fantasías» —murmura, y puedo sentir su sonrisa contra mi piel—, pero sí, increíble también sirve.

—¿Has fantaseado conmigo? —pregunto, sin poder contener la sonrisa que se forma en mis labios.

—Como si tú no lo hubieras hecho conmigo —replica, dándome un pequeño golpe en el pecho—. Vi cómo me mirabas en la cena de anoche. Como si quisieras devorarme.

—Quería —admito, sintiendo que puedo ser completamente honesto con ella ahora—. Quiero. Todo el tiempo. Desde el primer momento en que te vi, de hecho.

Ella se ríe, un sonido que vibra contra mi pecho y parece llenar cada rincón vacío dentro de mí.

—Anoche… —dice, su voz volviéndose seria—. Así vestida no era yo.

—No —concuerdo, acariciando su pelo—. No eras tú. Y fue mi culpa. La vez anterior te hice sentir que debías cambiar para encajar en mi mundo, cuando lo que más me fascina de ti es precisamente tu autenticidad. No quiero que sientas que tienes que ser menos tú para poder estar juntos.

Ella se incorpora ligeramente para mirarme, sus ojos buscando los míos.

—¿Y qué hay de tu carrera política? ¿De tus ambiciones? Una hippie excéntrica que lee el tarot no es exactamente la imagen ideal de una primera dama.

—Al diablo con la imagen ideal —respondo con una vehemencia que me sorprende a mí mismo—. Si tengo que elegir entre una carrera política y tú, te elijo a ti. Siempre. Has hecho que todo en mi vida tenga sentido. Que merezca la pena.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero su sonrisa es radiante.

—Somos un desastre —dice, acariciando mi rostro—. El señor Control y la reina del Caos.

—El desastre más perfecto —respondo, inclinándome para besarla suavemente—. Creo que nos complementamos exactamente como necesitamos. Tú me enseñas a vivir, yo te ayudo a aterrizar. Juntos somos mejores.

Sus ojos se suavizan, y veo en ellos el reflejo de lo que estoy sintiendo: asombro, gratitud, y ese sentimiento más profundo que ahora puedo nombrar sin miedo.

—Te amo, Iris —digo, las palabras fluyendo fácilmente ahora que he roto la barrera—. Con todo tu caos, tus colores, tu forma de desafiarme y volverme loco. Te amo exactamente como eres.

Su sonrisa es tan brillante que me deja sin sentido.

—Y yo te amo, Liam Wellington —responde, sus dedos trazando patrones sobre mi piel—. Con toda tu rigidez, tu obsesión por el orden y esa vena que palpita en tu frente cuando te enfadas. Te amo exactamente como eres.

La atraigo nuevamente hacia mí, besándola con toda la ternura que siento, intentando transmitirle con acciones lo que las palabras nunca podrán expresar completamente.

Y mientras nos deslizamos hacia el sueño, entrelazados como si nunca hubiéramos estado destinados a permanecer separados, pienso en todo lo que nos ha traído hasta aquí. En las discusiones, los desafíos, los momentos de vulnerabilidad compartida.

Quizás, después de todo, el control y el caos no son opuestos. Quizás son simplemente dos caras de la misma moneda, dos fuerzas que, cuando se encuentran en el equilibrio adecuado, crean algo extraordinario.

Algo como nosotros.

CAPÍTULO 29

IRIS

La luz de la luna se filtra a través de las cortinas entreabiertas, dibujando patrones plateados sobre el suelo de madera. Me despierto lentamente, envuelta en una calidez que no reconozco inmediatamente. Hasta que siento el peso del brazo de Liam sobre mi cintura, su respiración acompasada contra mi nuca, y los recuerdos de las últimas horas vuelven en una avalancha de sensaciones.

Sus manos explorando cada centímetro de mi piel. Sus labios susurrando palabras de amor contra mi cuello. La intensidad de su mirada cuando me dijo que me amaba, sin condiciones, sin reservas.

Una sonrisa se forma en mis labios mientras me giro cuidadosamente en el círculo de sus brazos para contemplarlo. Dormido, Liam parece más joven, las líneas de preocupación que suelen marcar su frente están completamente suavizadas. Sus pestañas, sorprendentemente largas, proyectan sombras sobre sus pómulos, y su pelo, habitualmente tan perfecto, está deliciosamente despeinado.

Nunca he visto a un hombre más atractivo en mi vida.

Mi estómago elige ese preciso momento para gruñir ruidosamente, recordándome que no he comido nada desde el almuerzo. Con cuidado de no despertarlo, me deslizo fuera de la cama. El aire fresco de la noche eriza mi piel desnuda, y busco algo para cubrirme. La camisa que Liam llevaba anoche yace en el suelo, y me la pongo, inhalando profundamente su aroma mientras me ato los botones.

Huele a él: a sándalo, a cedro, a ese toque cítrico de su aftershave. Es como llevar su abrazo por toda mi piel.

Descalza, salgo de la habitación, mis pies desnudos haciendo crujir suavemente la madera del pasillo. Nunca había estado en casa de Liam antes, y mientras me dirijo hacia lo que espero sea la cocina, observo con curiosidad mi entorno. La casa es exactamente como cabría esperar de él: ordenada, elegante, con líneas limpias y una paleta de colores neutros. Pero hay detalles que me sorprenden: fotografías familiares en las paredes, libros enormes en las estanterías, una manta tejida a mano sobre el sofá.

Pequeños toques de calidez en su mundo ordenado.

La cocina es impresionante: amplia, con electrodomésticos de acero inoxidable y encimeras de granito inmaculado. Abro la nevera, esperando encontrarla vacía, como suele ocurrir con las personas que viven solas. Para mi sorpresa, está razonablemente bien surtida: huevos, leche, queso, algo de fruta fresca, incluso verduras. El Liam Wellington organizado y previsor se extiende hasta sus hábitos alimenticios, parece.

Estoy considerando qué preparar cuando unos brazos fuertes me rodean por detrás, y siento el calor de su pecho contra mi espalda.

—Te he echado de menos. No voy a dejar que te alejes de mí nunca —murmura Liam contra mi cuello, depositando un beso justo debajo de mi oreja, enviando un escalofrío por toda mi columna vertebral.

—Solo han sido cinco minutos —respondo, inclinando la cabeza para darle mejor acceso.

—Demasiado tiempo —sus manos se deslizan por mi cintura, ascendiendo hasta rozar la parte inferior de mis pechos a través de la tela de la camisa—. Me gusta cómo te queda esto, por cierto.

—¿Tu camisa? —pregunto, aunque sé perfectamente a qué se refiere.

—Mi ropa. Mi cama. Mi vida —la intensidad en su voz me hace girar para mirarlo.

Está vestido solo con unos bóxers negros, su torso desnudo iluminado por la luz que he encendido en la cocina. La visión es suficiente para acelerar mi pulso nuevamente. Es como un dios griego, todo músculos definidos y piel dorada.

—Tenía hambre —explico, intentando mantener la cordura cuando lo único que quiero hacer es arrastrarlo de vuelta a la cama—. Pensaba prepararnos algo.

Él sonríe, una sonrisa perezosa y satisfecha que nunca había visto en su rostro. Es la sonrisa de un hombre que ha obtenido exactamente lo que deseaba.

—Déjame a mí —dice, dando un paso hacia la nevera—. Siéntate. ¿Una tortilla francesa te parece bien?

—¿Sabes cocinar? —pregunto, genuinamente sorprendida mientras me subo a uno de los taburetes altos frente a la isla de la cocina.

—No te sorprendas tanto —responde, sacando huevos y mantequilla—. Vivo solo. Y contrariamente a la creencia popular, los políticos también necesitamos alimentarnos.

Hay una ligereza inusual en él. Como si un peso enorme hubiera sido levantado de sus hombros. Verlo así, despreocupado y relajado, hace que mi corazón se hinche de ternura.

Observo fascinada mientras rompe los huevos en un bol con una precisión que no debería sorprenderme. Por supuesto que Liam Wellington bate huevos con la misma eficiencia meticulosa con la que hace todo lo demás.

—¿De qué te ríes? —pregunta, alzando una ceja.

—De ti —admito, sin intentar disimular—. Hasta batiendo huevos eres perfeccionista.

En lugar de ofenderse, sonríe. Una sonrisa real, que ilumina sus ojos y crea arruguitas en sus esquinas.

—Hay ciertos estándares que deben mantenerse, señorita Davis —dice, con una solemnidad fingida—. Incluso a las dos de la madrugada.

La facilidad con la que estamos bromeando, después de todo lo que ha pasado, me parece un pequeño milagro. Como si hubiéramos encontrado un nuevo equilibrio, uno donde podemos ser nosotros mismos sin miedo ni pretensiones.

Liam trabaja en silencio durante unos minutos, calentando la sartén, derritiendo la mantequilla. Sus movimientos son precisos,

seguros, hipnotizantes. Cuando vierte los huevos batidos, el siseo suave y el aroma a mantequilla llenan la cocina.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo, rompiendo el cómodo silencio.

—Lo que quieras —responde sin apartar la vista de la sartén, donde está plegando los bordes de la tortilla con destreza.

—¿Qué te ha pasado hoy? En la cafetería, con Harrison y Jenkins. Nunca te había visto ponerte así.

Sus hombros se tensan ligeramente, y por un momento temo haber roto el hechizo. Pero luego suspira y gira la tortilla con un movimiento experto antes de responder.

—Cruzaron una línea —dice simplemente—. Te faltaron al respeto. A ti y a lo que haces. No podía permitirlo.

—Pero tu carrera... —empiezo, porque conozco lo suficiente del mundo político para saber que enfrentarse a hombres como Harrison y Jenkins le va a traer consecuencias.

—Mi carrera no significa nada si tengo que sacrificar lo que realmente me importa para conseguirla —me mira brevemente, sus ojos intensos—. Y tú me importas más que cualquier cargo político, Iris. Más de lo que creía posible.

Sus palabras hacen que mi corazón dé un vuelco, porque, viniendo de Liam Wellington, el hombre que ha planeado meticulosamente cada paso de su vida profesional, significan algo enorme.

Desliza la tortilla perfectamente doblada en un plato, añade una pizca de sal y un toque de pimienta recién molida, y me lo ofrece con un tenedor.

—*Voilà* —dice, con una pronunciación francesa sorprendentemente buena—. La especialidad de la casa.

Tomo un bocado y gimo involuntariamente. La tortilla es perfecta: cremosa en el interior, dorada en el exterior, con el punto justo de sal.

—Esto está increíble —digo, genuinamente impresionada—. ¿Dónde aprendiste a cocinar así?

—Mi madre —responde, preparando otra tortilla para él—. Siempre nos ha dicho que todos sus hijos debían saber valerse por sí mismos. Feminista hasta la médula, mi madre.

—Me gusta mucho —sonrío, tomando otro bocado—. Deberíamos decirle que estamos juntos, ¿no crees? Ya que estoy durmiendo con su hijo y todo eso.

Liam se ríe, un sonido tan libre y genuino que siento a mi corazón expandirse.

—Te va a adorar como nuera —asegura—. De hecho, creo que ya lo hace, por todo lo que le he contado.

—¿Le has hablado de mí? —pregunto, sorprendida.

—Es posible que haya mencionado a «la mujer del pelo morado que está revolucionando el pueblo» en alguna que otra conversación —admite, con un ligero rubor en las mejillas—. Mi madre es muy perceptiva. Probablemente se dio cuenta de que estaba enamorado de ti mucho antes que yo mismo. Desde el primer día que nos vio discutir en algún encuentro familiar.

Hay algo en la forma en que dice «enamorado», tan abiertamente, tan sin reservas, que hace que se me forme un nudo en la garganta. ¿Cómo hemos pasado de «fue un error» a esto en tan poco tiempo?

Liam termina de cocinar su tortilla y se sienta a mi lado, su rodilla rozando la mía. La electricidad de ese simple contacto es asombrosa.

—¿Estás asustada? —pregunta, después de unos momentos de silencio.

—¿De qué?

—De esto. De nosotros —hace un gesto que abarca el espacio entre ambos—. De lo rápido que está sucediendo todo.

Considero su pregunta seriamente. ¿Estoy asustada? Una parte de mí ciertamente lo está. Liam Wellington representa todo lo que siempre he evitado en mis relaciones: estructura, permanencia, compromiso profundo. Pero otra parte, una parte que se ha vuelto cada vez más fuerte desde que lo conocí, anhela precisamente eso.

—Un poco —confieso—. Pero no del modo que crees. No tengo miedo de mis sentimientos por ti, ni de lo rápido que están sucediendo las cosas. Tengo miedo de no ser suficiente. De no encajar en tu mundo.

Liam deja su tenedor y toma mi mano entre las suyas, sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me deja sin aliento.

—Iris, eres mucho más de lo que jamás me atreví a soñar —dice, en voz baja pero firme—. Y no quiero que encajes en mi mundo. Quiero que lo transformes. Como has transformado a Sunset Valley. Como me has transformado a mí.

Siento las lágrimas amenazando con desbordarse, pero por una vez no intento contenerlas. Dejo que caigan libremente, sabiendo que con Liam no necesito esconder ninguna parte de mí.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —digo, entrelazando mis dedos con los suyos—. Yo pensaba exactamente lo mismo sobre ti. Que eras demasiado... perfecto. Demasiado serio. Que nunca podrías querer a alguien tan caótico como yo.

Él sonríe, una sonrisa tan tierna que hace que mi corazón se derrita un poco más.

—Somos un par de idiotas, ¿verdad? —dice, secando una lágrima de mi mejilla con el pulgar.

—Los idiotas más grandes de Montana —concuerdo, inclinándome hacia su toque.

Terminamos de comer en un silencio cómodo, intercambiando miradas y sonrisas que dicen más que las palabras. Cuando acabamos, Liam toma los platos y los lleva al fregadero.

—Déjalos —digo, rodeando la isla para acercarme a él—. Se pueden lavar mañana.

—¿Sabes lo difícil que es para mí dejar platos sucios? —pregunta, pero hay humor en su voz.

—Lo imagino —respondo, rodeando su cintura con mis brazos, presionando mi mejilla contra su espalda desnuda—. Pero creo que tengo algo mejor que ofrecerte que fregar platos.

Se gira en mis brazos, sus ojos oscurecidos por el deseo.

—¿Ah, sí? —murmura, inclinándose hasta que sus labios rozan los míos—. ¿Y qué podría ser?

En lugar de responder con palabras, me pongo de puntillas y lo beso. Un beso lento, profundo, que promete mucho más. Sus brazos me rodean, levantándome hasta que mis pies ya no tocan el suelo, y me sienta sobre la encimera de granito. El frío del mármol contra mis muslos desnudos contrasta deliciosamente con el calor de sus

manos, que ya están desabrochando los botones de la camisa que llevo.

—Quiero que sepas algo —dice contra mis labios, mientras desliza la camisa por mis hombros, dejándome completamente desnuda—. Esto no es solo sexo para mí. Esto no es algo pasajero.

Sus palabras hacen que mi corazón se acelere. Le rodeo el cuello con los brazos, acercándolo más.

—Lo sé —respondo, mirándolo directamente a los ojos para que vea la verdad en los míos—. Para mí tampoco lo es.

—Quiero todo contigo, Iris —continúa, sus manos acariciando mi espalda, dibujando círculos que envían escalofríos por toda mi piel—. Quiero despertar a tu lado cada mañana. Quiero discutir sobre política en la cena. Quiero envejecer contigo, viendo cómo tu pelo cambia de color con las estaciones de nuestra vida.

Las lágrimas vuelven a mis ojos, pero esta vez son de pura alegría.

—Eso suena sospechosamente a una propuesta, alcalde Wellington —bromeo, aunque mi voz tiembla con emoción.

—Quizás lo sea —responde, con esa intensidad que me deja sin aliento—. No ahora, no hoy. No quiero asustarte. Pero pronto. Porque sé, con una certeza que nunca había sentido antes, que eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

Y en ese instante, sentada en la encimera de su cocina inmaculada, completamente desnuda y vulnerable, me siento más poderosa de lo que jamás me he sentido. Porque Liam Wellington, el hombre más controlado, más medido, más perfeccionista que he conocido, me está ofreciendo su corazón sin condiciones.

—Te amo —digo simplemente, porque al final, todo se reduce a eso—. Con todo lo que soy, te amo.

—Y yo a ti —responde, y entonces ya no hay necesidad de más palabras.

Sus labios encuentran los míos nuevamente, y nos perdemos el uno en el otro, aquí en esta cocina bañada por la luz de la luna, creando juntos algo nuevo y extraordinario. Algo que ninguno de los dos esperaba encontrar, pero que, ahora que lo hemos descubierto, no podemos imaginar vivir sin ello.

Porque a veces, las mejores cosas de la vida son las que nunca planeamos. Las que nos sorprenden cuando menos lo esperamos. Como un alcalde serio enamorándose de una hippie que lee el tarot. Como el orden encontrando la belleza en el caos.

Como nosotros.

CAPÍTULO 30

LIAM

El recinto del rodeo bulle de actividad bajo el cálido sol de julio. El aroma a palomitas recién hechas, algodón de azúcar y barbacoa se mezcla en el aire, creando esa atmósfera única de festividad que me llena de un orgullo silencioso. Sunset Valley nunca ha albergado nada parecido: las gradas repletas, los puestos de artesanos locales rebosantes de visitantes, la música country sonando desde los altavoces mientras los niños corren entre risas con banderines y globos.

Pero de todas las vistas, ninguna me cautiva tanto como la mujer a mi lado.

Iris lleva un vestido veraniego con estampado de girasoles que ondea suavemente con la brisa, y ha trenzado flores silvestres en su pelo, que ahora luce un tono turquesa mezclado con mechones dorados. «Los colores del verano», me explicó esta mañana mientras se preparaba. Sus ojos brillan con entusiasmo mientras saluda a todo el mundo, conoce a cada persona por su nombre, recuerda detalles de sus vidas que ni yo mismo recordaría.

Es absolutamente increíble. Y es toda mía.

En su mano izquierda, captando destellos de sol, lleva un anillo de zafiro rodeado de pequeños diamantes que coloqué allí hace apenas tres semanas, durante un amanecer en el mirador de Eagle Point.

—¡Alcalde Wellington! —La voz de Martha Henderson interrumpe mis pensamientos—. ¡Qué evento tan maravilloso! Jamás pensé que podríamos lograr algo tan increíble.

—Todo mérito de mi prometida —respondo, sintiendo una oleada de orgullo al pronunciar esa palabra—. Su visión ha sido la clave de todo esto.

Iris me da un ligero codazo, pero puedo ver el rubor complacido en sus mejillas.

—Ha sido un esfuerzo conjunto —dice con modestia—. Todo el pueblo ha participado.

—Y lo han hecho porque tú les inspiraste —insisto, incapaz de contenerme.

Martha nos observa con una sonrisa maternal, sus ojos moviéndose de Iris a mí y de vuelta.

—Qué pareja tan maravillosa hacéis —comenta, con ese tono que usan las señoras mayores cuando dan su aprobación—. Nunca había visto a nuestro alcalde tan... relajado.

Tiene razón, por supuesto. Estos meses con Iris han cambiado algo fundamental en mí. Como si hubiera estado conteniendo la respiración toda mi vida y finalmente pudiera respirar libremente.

Los ataques de pánico que tenía antes han desaparecido por completo. He comenzado a vivir. A ser feliz.

—Ha sido un milagro —responde Iris con un guiño—. Ha costado mucho trabajo desatornillar ese palo que tenía...

—¡Iris! —la interrumpo, sintiendo el calor subir por mi cuello mientras Martha suelta una carcajada.

Mi prometida me lanza una mirada inocente que no me engaña en absoluto. Adorable y exasperante a partes iguales, como siempre.

Continuamos nuestro recorrido por el recinto, saludando a los visitantes, comprobando que todo funciona correctamente. Pronto se nos une el resto de mi familia: Cole y Lauren con la pequeña Luna entre ellos, Sage, Henry y Aiden.

Mis padres cierran la comitiva, mi madre lanzándome esas miradas de orgullo que siempre ha reservado para los momentos más sentidos.

Iris me da un beso antes de alejarse charlando animadamente con Lauren y Luna hacia un puesto de pulseras. Mientras la veo alejarse siento una gratitud tan profunda dentro del pecho que casi me aturde.

—Pareces perdido en tus pensamientos, hijo —comenta mi padre, acercándose a mí mientras los demás se adelantan hacia el puesto de artesanías de la reserva Blackfeet.

—Solo estoy... asimilándolo todo —respondo, sin apartar la vista de Iris, que ahora se ha agachado para estar a la altura de Luna mientras la niña le cuenta algo con gran seriedad.

—Es especial, tu Iris —dice mi padre, siguiendo mi mirada—. No es la pareja que esperaba para ti, pero es exactamente lo que necesitabas.

Sus palabras me sorprenden. Mi padre nunca ha sido dado a reflexiones emocionales.

—¿Sabes? —continúa, con una suavidad inusual en su voz—. Durante muchos años creí saber qué era lo mejor para todos vosotros. Tenía un plan, una visión. Y me aferré a ella con tanta fuerza que casi os daño en el proceso.

Se detiene, observándolos a todos.

—Pero ahora os miro y veo que habéis encontrado vuestro propio camino. Un camino mejor del que yo habría trazado para vosotros.

Coloca una mano sobre mi hombro, con una firmeza que transmite todo lo que no está diciendo.

—Estoy orgulloso de ti, Liam. No por el rodeo, ni por ser alcalde, sino por tener el valor de elegir tu propia felicidad.

El nudo que se forma en mi garganta me impide responder inmediatamente. Mi relación con mi padre siempre ha sido complicada: respeto mutuo pero también expectativas a veces asfixiantes. Este reconocimiento, este momento de conexión honesta, vale más que cualquier aprobación política que pudiera darme.

—Gracias, papá —logro decir finalmente.

Él asiente, apretando mi hombro una última vez antes de volver con mi madre, que está admirando un chal tejido a mano en uno de los puestos.

Iris se acerca a mí, con Luna de la mano. Hay algo en su expresión, una mezcla de curiosidad y ternura, que me dice que ha captado parte de nuestra conversación.

—¿Todo bien? —pregunta suavemente.

—Perfectamente —respondo, y por primera vez en mi vida, esa respuesta es completamente honesta.

Luna agarra mi mano también y empieza a tirar de ella, impaciente.

—¿Podemos ir a ver los ponis? ¿Podemos? ¡Papá dijo que sí, pero tenemos que preguntarte a ti también, tío Liam!

—Por supuesto, princesa —respondo, inclinándome para quedar a su altura—. Pero primero, ¿qué te parece si probamos ese algodón de azúcar azul que has estado mirando desde que llegamos?

Sus ojos se iluminan como si le hubiera ofrecido la luna.

—¿De verdad? ¿Y mamá no se enfadará?

—Será nuestro secreto —le guiño un ojo, sabiendo perfectamente que Lauren está observándonos con una sonrisa resignada desde unos metros más allá.

Mientras nos dirigimos al puesto de golosinas, con Luna saltando de emoción entre nosotros, noto cómo Iris me observa con una expresión peculiar.

—¿Qué? —pregunto, repentinamente consciente de mí mismo.

—Nada —responde, pero su sonrisa dice otra cosa—. Solo estaba pensando en lo buen padre que serás algún día.

Sus palabras me golpean con una fuerza inesperada. La imagen de Iris con nuestro propio hijo o hija, un pequeño con su sonrisa y mis ojos, se forma en mi mente con tanta claridad que casi puedo tocarlo.

—¿Tú crees? —pregunto, y hay una vulnerabilidad en mi voz que no intento ocultar.

—Estoy segura —afirma con esa certeza absoluta que siempre ha tenido sobre nosotros, desde el principio—. Pero no hay prisa. Primero la boda, luego ya veremos. Aunque estoy bastante segura de que el universo tiene planes para nosotros.

Sonrío ante su referencia al «universo», ese concepto que antes me hacía poner los ojos en blanco y ahora encuentro extrañamente reconfortante. ¿Quién sabe? Quizás realmente exista alguna fuerza cósmica que nos juntó, que alineó nuestros caminos tan diferentes para que se encontraran.

Después de conseguir el algodón de azúcar para Luna (y otro para Iris, que lo mira con la misma expresión infantil de deleite), nos

reunimos con el resto del grupo para dirigirnos a las gradas. El evento principal del rodeo está a punto de comenzar.

Mientras caminamos, somos detenidos constantemente por habitantes del pueblo y visitantes que quieren felicitarnos por el evento, por nuestro compromiso, por la transformación de Sunset Valley. Donaldson aparece con su comitiva, anunciando que el rodeo ha superado todas las expectativas y ya están hablando de convertirlo en una cita anual.

Harrison y Jenkins, sorprendentemente, también se acercan. Han suavizado considerablemente su actitud desde aquel día en la cafetería.

—Wellington —saluda Harrison con un asentimiento formal—. Debo admitir que teníamos nuestras dudas, pero has logrado algo extraordinario aquí.

—No fui yo —respondo, colocando un brazo alrededor de la cintura de Iris—. Fue un esfuerzo conjunto. Y la visión creativa vino principalmente de mi prometida.

Jenkins mira a Iris con un respeto que no estaba allí la primera vez que se conocieron.

—Señorita Davis, mis disculpas por nuestro escepticismo inicial —dice, y parece genuinamente arrepentido—. A veces los viejos políticos como nosotros tardamos en reconocer las nuevas formas de conectar con la comunidad.

Iris, siempre más generosa que yo, sonríe ampliamente.

—Todo está perdonado —asegura—. Y si alguna vez necesitan una lectura del tarot para sus campañas políticas, tienen un descuento especial en el Vintage Valley Café.

Los dos hombres se ríen, no del todo cómodos, pero claramente esforzándose. Progreso, supongo. Incluso los políticos más tradicionales pueden evolucionar.

—Liam —continúa Harrison, bajando ligeramente la voz—. El comité estatal ha estado observando tu trabajo aquí. Estamos impresionados. Muy impresionados.

Entiendo lo que está insinuando. La puerta a una candidatura mayor sigue abierta. El camino que siempre creí querer recorrer.

—Les agradezco el reconocimiento —respondo con sinceridad—. Pero por ahora, mi enfoque está aquí, en Sunset Valley. Tenemos mucho que construir todavía.

Siento la mano de Iris apretar la mía. No con preocupación, sino con apoyo. Sabe que no estoy cerrando las puertas definitivamente, solo estableciendo prioridades. Y eso es algo nuevo para mí: la capacidad de posponer la ambición por algo más importante.

Cuando los políticos se alejan, Iris me mira con curiosidad.

—¿Estás seguro? —pregunta—. No quiero ser la razón por la que renuncies a tus sueños.

La miro, realmente la miro, con su vestido de girasoles, su pelo imposible, su sonrisa que ha cambiado todo mi mundo, y la respuesta es tan clara como el cielo de Montana sobre nosotros.

—No estoy renunciando a nada —digo con total convicción—. Solo estoy redefiniendo qué es el éxito y la felicidad para mí. Y justo ahora, se parece mucho a esto.

Hago un gesto que abarca todo: el rodeo, el pueblo, nuestra familia, ella.

—Además —añado, inclinándome para besar sus dulces labios—, ya he ganado el premio mayor. Todo lo demás es secundario.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero son de esas buenas, las que hablan de felicidad demasiado grande para contenerla.

—Te amo, Liam Wellington —dice, poniéndose de puntillas para besarme brevemente en los labios—. Incluso cuando dices cosas tan terriblemente cursis.

—Te amo, Iris Davis —respondo, sonriendo contra sus labios—. Especialmente cuando me llamas cursi por decir la verdad.

El anuncio por megafonía nos interrumpe, indicando que el espectáculo principal está a punto de comenzar. Nos dirigimos a nuestros asientos reservados, rodeados por mi familia, por amigos, por toda la comunidad que de alguna manera se ha convertido en una extensión de nosotros mismos.

Y mientras observo a los jinetes entrar a la arena, con Iris apoyada contra mi hombro y el sol poniéndose en un espectáculo de naranjas y rosas sobre las montañas de Montana, pienso en los extraños caminos que toma la vida.

En cómo a veces lo que más nos asusta —el desorden, lo imprevisible, la pérdida de control— resulta ser exactamente lo que necesitamos. En cómo el amor verdadero no llega como lo esperamos, sino como una tormenta que arrasa con todas nuestras defensas para luego reconstruirnos, más fuertes y más completos que antes.

Iris tenía razón, como suele tenerla en estas cosas del corazón: el universo realmente tenía un plan. Y por primera vez en mi vida, estoy perfectamente feliz de no tener el control.

EPÍLOGO

SAGE

El olor a tiza y a libros nuevos impregna el aire mientras termino de colocar el último cartel de bienvenida en mi aula. Aún faltan dos semanas para el inicio del curso, pero siempre me ha gustado tenerlo todo preparado con antelación. Hay algo reconfortante en organizar el espacio donde pasaré los próximos nueve meses moldeando pequeñas mentes curiosas.

—¡Sage! —la voz de Martha, la secretaria de la escuela, me sobresalta desde la puerta—. ¿Te has enterado ya?

Reprimo un suspiro. Martha es el epicentro neurálgico del sistema de cotilleos de Sunset Valley, un pueblo donde las noticias viajan más rápido que la conexión a Internet (que, seamos sinceros, tampoco es que sea precisamente vertiginosa).

—¿De qué debería haberme enterado, Martha? —pregunto, ajustando la altura de uno de los pupitres.

—¡El nuevo está aquí! —exclama, como si fuese la noticia del siglo—. Ha venido a inscribir a sus niños en nuestra escuela. La directora Richards le está enseñando las instalaciones ahora mismo.

Ah, sí. El misterioso recién llegado. Llevo toda la semana escuchando fragmentos de conversaciones sobre él: en la cafetería de Iris, en la biblioteca, hasta en el supermercado cuando fui a hacer la compra. Un cirujano plástico de Beverly Hills. Un médico de las estrellas. Un viudo con mellizos. Un soltero millonario huyendo de un escándalo. Las teorías son tan variadas como extravagantes, y cada una más rocambolesca que la anterior.

—Es fascinante…, Martha —respondo, intentando sonar lo más desinteresada posible—, pero tengo que terminar de preparar el aula.

—Dicen que ha comprado la mansión Rutherford al contado —continúa, haciendo caso omiso de mi evidente falta de entusiasmo—. Y que ha llegado en un Aston Martin. ¿Te lo puedes creer? ¡Un Aston Martin en Sunset Valley!

A pesar de mi firme determinación de mantenerme al margen de los cotilleos del pueblo, no puedo negar que un cosquilleo de curiosidad me recorre la espina dorsal. ¿Qué narices pinta un médico estético de la alta sociedad de Beverly Hills en nuestro diminuto pueblo de Montana?

—Tengo que ir a la biblioteca a buscar unos libros —digo, más para escapar de Martha que por verdadera necesidad—. Hablamos luego, ¿vale?

—Claro, claro, Sage. Sigue con tu trabajo.

La biblioteca está al final del pasillo principal. Es un remanso de paz que siempre ha sido mi refugio particular dentro de la escuela. Mientras camino, no puedo evitar preguntarme si me cruzaré con el famoso médico. Puramente por curiosidad profesional, me repito a mí misma. Al fin y al cabo, si tiene niños en edad escolar, lo más probable es que acaben siendo mis alumnos.

La biblioteca está vacía cuando entro. El silencio resulta reconfortante tras el bombardeo de cotilleos de Martha. Me dirijo hacia la sección de literatura infantil, buscando algunos títulos para las primeras semanas de clase, cuando lo oigo.

Una voz. Grave, profunda, con un ligero matiz aterciopelado que parece vibrar en el aire. Una voz que, por alguna razón inexplicable, hace que se me erice hasta el último pelo de la nuca.

—Comprendo su inquietud, señora Richards, pero le aseguro que los niños están recibiendo la mejor atención psicológica disponible. Los está atendiendo el Dr. Peterson.

Me quedo clavada en el sitio. Debería irme o hacerme notar, no quedarme escuchando, pero la curiosidad se apodera de mí. Deben de estar al otro lado de la estantería. Si me asomo, me verán. Pero si me subo a la escalera que utilizamos para alcanzar los estantes superiores...

Antes de poder pensarlo dos veces, me encuentro subiendo sigilosamente los peldaños. Hay un hueco entre los libros del estante

superior y la estantería, lo suficientemente amplio para poder echar un vistazo.

Y entonces lo veo.

Alto. Condenadamente alto. Con un traje oscuro que grita «hecho a medida en Savile Row» y que se ajusta a la perfección a unos hombros tan anchos que parecen ocupar todo mi campo visual. Tiene el pelo negro como la noche, perfectamente peinado, mandíbula cuadrada con una sombra de barba tan precisa que parece dibujada a compás, y un perfil que pertenecería más a una estatua griega que a un ser humano de carne y hueso.

Mi corazón da un vuelco tan inesperado que casi me mareo, y un calor que nada tiene que ver con la temperatura de agosto se extiende desde mi estómago hasta las puntas de mis dedos.

¿Pero qué narices me pasa? No soy una quinceañera. Soy una profesional. Una mujer adulta con un máster en educación y varios años de experiencia docente. No debería estar espiando a nadie desde detrás de una estantería como una colegiala, y desde luego no debería estar teniendo esta reacción visceral, casi primaria, ante un completo desconocido.

—El Dr. Peterson siempre ha sido maravilloso con los niños —está diciendo la directora Richards—, entiendo perfectamente que quiera que sus sobrinos sean atendidos por el mejor, Dr. Kane.

Sobrinos. Así que no son sus hijos.

Descubrir eso solo alimenta más mi curiosidad.

—Ethan y Emma han pasado por mucho —responde él, y hay una nota de vulnerabilidad en su voz que contradice por completo su apariencia imponente—. La familiaridad es crucial en este momento.

Se gira ligeramente, y por primera vez puedo ver su rostro al completo. Sus ojos son de un azul tan intenso que puedo distinguirlo incluso desde mi posición. Hay algo en su mirada, una mezcla de determinación férrea y cansancio profundo, que me golpea de manera inesperada, casi dolorosa.

Sin darme cuenta, me inclino más para verlo mejor, y un jadeo involuntario se escapa de mis labios.

Es... Dios mío. Es como si alguien hubiera tomado todos los rasgos que secretamente encuentro atractivos en un hombre y los

hubiera combinado a la perfección. No de una manera pulida o convencionalmente guapa, sino con una belleza casi agresiva en su masculinidad. Como una tormenta de invierno contenida en forma humana.

Su cabeza se gira bruscamente en mi dirección, esos ojos azules escanean la biblioteca como un radar.

¡Mierda!

En mi pánico por esconderme, mi pie resbala del escalón. Intento agarrarme a algo, cualquier cosa, pero mis dedos solo encuentran aire. Caigo con un golpe sordo, aterrizando dolorosamente sobre mi tobillo izquierdo.

—¡Me cago en la leche! —se me escapa, olvidando por completo que estoy en la escuela primaria.

Pasos apresurados se acercan. Intento incorporarme, pero una punzada de dolor me hace sisear entre dientes.

—¿Se encuentra bien, señorita Wellington? —pregunta la directora Richards, apareciendo con expresión alarmada.

Y justo detrás de ella, como una montaña enfundada en traje italiano y desaprobación, está él. El Dr. Kane. Mirándome directamente con esos ojos que ahora descubro que son incluso más intensos de cerca. Como zafiros líquidos bajo cejas oscuras perfectamente delineadas.

—Estoy perfectamente —miento, intentando incorporarme con toda la dignidad que puedo reunir, que no es mucha—. Solo ha sido un pequeño traspiés.

—Permítame —dice el Dr. Kane, y antes de que pueda protestar, se arrodilla frente a mí.

Sus manos, grandes y sorprendentemente delicadas, toman mi pie. Una corriente eléctrica me recorre entera, desde la planta del pie hasta la nuca, al sentir el contacto. Con movimientos precisos, me quita el zapato de tacón que llevo hoy, algo completamente inusual en mí, pero que me he puesto porque... bueno, porque es el primer día que vuelvo a la escuela y quería sentirme profesional. Estoy cansada de que la gente me trate como si fuese una niña.

—Flexione el pie, por favor —instruye, su voz es profesional.

Obedezco, intentando ignorar lo íntimo que resulta este momento, lo extrañamente vulnerable que me siento sentada en el suelo con este hombre imponente examinando mi pie descalzo. Sus dedos presionan ligeramente diferentes puntos de mi tobillo, y cada roce de su piel contra la mía envía pequeñas descargas eléctricas por mi pierna. No puedo evitar fijarme en lo grandes que son sus manos comparadas con mi pie, en cómo sus dedos largos y elegantes lo rodean por completo.

Un calor totalmente inapropiado comienza a expandirse desde mi vientre hacia zonas que definitivamente no deberían estar reaccionando así al simple tacto médico de un desconocido. Jamás me había pasado algo semejante. Nunca.

—No parece fracturado —diagnostica—. Probablemente solo es un esguince leve.

—Gracias, doctor Cirugía Plástica —respondo, con más veneno del que pretendía, intentando protegerme de estas sensaciones desconcertantes—. Porque, evidentemente, un médico que se pasa el día poniendo bótox sabe muchísimo de torceduras de tobillo.

Sus ojos se entrecierran peligrosamente, convirtiendo ese azul en algo afilado como el hielo, y demasiado tarde me doy cuenta de lo que acabo de revelar.

—Así que ha estado escuchando rumores sobre mí —dice, su voz ahora es tan fría que podría congelar el infierno—. Interesante pasatiempo para una educadora, espiar y cotillear.

Siento el calor subir desde mi cuello hasta mis mejillas. Estoy segura de que estoy más roja que un tomate maduro, y la vergüenza solo intensifica mi incomodidad.

—Es un pueblo pequeño —me defiendo débilmente—. Las noticias vuelan.

—Evidentemente —replica, volviendo a colocarme el zapato con una eficiencia que de alguna manera se siente como un reproche—. Y para su información, estudié medicina general antes de especializarme en cirugía plástica reconstructiva. Creo que estoy más que cualificado para diagnosticar un simple esguince.

Me ayuda a ponerme en pie con un movimiento fluido que parece requerirle cero esfuerzo. Por un instante estamos peligrosamente

cerca, tanto que puedo distinguir las motitas más oscuras en el azul de sus iris, y oler su aftershave, algo indudablemente caro y sutil con notas de sándalo y algo más terroso que no sé identificar pero que hace que algo primitivo en mí quiera acercarse más.

—También sé lo suficiente sobre zapatos inadecuados como para sugerir que, si una persona no está habituada a usar tacones, quizás debería abstenerse de hacerlo mientras trepa por escaleras para espiar a desconocidos.

El sarcasmo en su voz es tan afilado que casi podría cortarme.

—¡Yo no estaba espiando! —protesto, aunque los dos sabemos perfectamente que es exactamente lo que estaba haciendo.

—Disculpen —interviene la directora Richards, visiblemente incómoda por nuestra discusión—. Dr. Kane, le presento a Sage Wellington, nuestra maestra de primaria. Señorita Wellington, el Dr. Dominic Kane acaba de inscribir a sus sobrinos, Ethan y Emma, en nuestro centro. Estarán en su clase este curso.

Oh. Oh no.

—Un placer —dice el Dr. Kane, aunque su tono sugiere exactamente lo contrario—. Confío en que sea más experta enseñando a niños que espiando desde escaleras.

Me quedo sin palabras, algo que raramente me sucede. Quiero responder algo mordaz, algo que le borre esa expresión de superioridad de su rostro, pero mi cerebro parece haberse quedado en blanco. Solo puedo notar el persistente hormigueo donde sus dedos han tocado mi piel y el ritmo acelerado de mi pulso.

—Bueno —dice la directora Richards, con una sonrisa tensa—, ¿continuamos con el recorrido, Dr. Kane? Aún no ha visto el gimnasio ni la cafetería.

—Por supuesto —responde él, dedicándome una última mirada penetrante antes de seguir a la directora.

Me quedo allí, apoyada contra la estantería, viéndolos alejarse. Absolutamente conmocionada. Mi tobillo late ligeramente, pero es el menor de mis problemas. No puedo apartar la mirada de su espalda mientras se aleja, de la forma en que el traje se tensa sobre sus hombros anchos, de cómo se mueve con una elegancia contenida impropia de un hombre de su tamaño.

Es justo en ese instante en el que me doy cuenta de las implicaciones de lo que acaba de suceder.

Uno: acabo de hacer un ridículo espantoso delante del hombre más atractivo que he visto en toda mi vida.

Dos: dicho hombre es un arrogante insoportable.

Tres: voy a tener que verle regularmente durante todo el curso escolar porque sus sobrinos estarán en mi clase.

Cuatro, y quizás lo más perturbador: nunca, jamás, había reaccionado así ante nadie. Como si mi cuerpo entero hubiera despertado de un largo letargo solo con verle, con oír su voz, con sentir su tacto.

Maravilloso. Sencillamente maravilloso.

Con un suspiro de frustración, me inclino para masajear mi tobillo, notando que aún puedo sentir la huella fantasma de sus dedos sobre mi piel. Un escalofrío me recorre al recordar la sensación.

Este curso acaba de complicarse más de lo que podía imaginar.

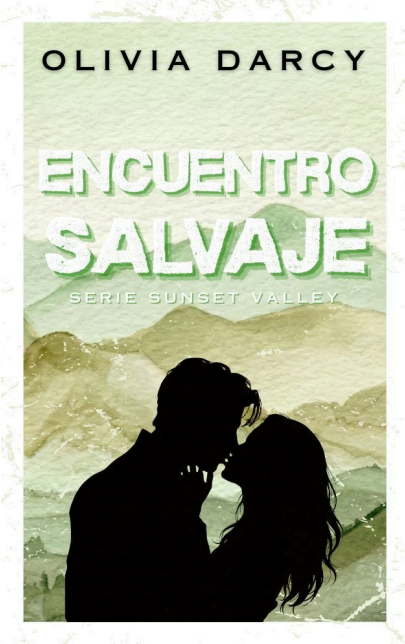
FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

O pulsando AQUI



¿QUIERES MÁS DE SUNSET VALLEY?

DESCUBRE LA HISTORIA DE SAGE Y DOMINIC EN «ENCUENTRO SALVAJE»

GRUMPY X SUNSHINE + DIFERENCIA DE EDAD + PROXIMIDAD FORZADA

Él es el cirujano de Beverly Hills que huyó a Sunset Valley

Ella es la maestra que cree en el amor verdadero y los finales felices

Y van a tener que trabajar muy de cerca

SAGE

Soy de esas personas que creen en las almas gemelas, en los finales felices, en que el amor existe de verdad.

Hasta que conozco a Dominic Kane. Y todo cambia.

Guapísimo. Imposible. Completamente cerrado emocionalmente.

Cuando me ofrezco para ayudar con sus sobrinos, lo hago porque Emma y Ethan necesitan cariño, no estructura rígida. Porque veo el dolor en sus ojos y quiero ayudar.

No esperaba tener que verlo constantemente.

Y definitivamente no esperaba esto: cómo se me acelera el pulso cada vez que está cerca. Cómo me cuesta respirar cuando está a mi lado. Cómo un simple roce de su mano hace que olvide mi propio nombre.

Dominic me lleva catorce años y ha dejado claro que no quiere complicaciones en su vida.

Pero yo nunca he sido buena siguiendo las reglas. Especialmente cuando se trata del corazón.

DOMINIC

No vine a Sunset Valley buscando romance.

Vine buscando estabilidad para Ethan y Emma. Un lugar donde sanar. Donde empezar de nuevo sin complicaciones.

Y entonces aparece Sage Wellington.

Joven. Preciosa. Con una sonrisa que ilumina habitaciones enteras y una forma de tratar a mis sobrinos que hace que parezca fácil algo en lo que yo llevo tres años fracasando.

Debería mantener la distancia. Centrarme en los niños. No complicar las cosas.

Pero está en mi casa constantemente. Riendo con Emma. Consiguiendo que Ethan se abra. Convirtiendo mi mundo gris en algo lleno de color.

Y empiezo a fijarme en cosas que no debería. En cómo se sonroja cuando la miro. En cómo su risa hace que algo en mi pecho se afloje.

Sage es demasiado joven, demasiado soñadora, demasiado buena para alguien como yo.

Pero cuando me mira con esos ojos llenos de esperanza...

Empiezo a pensar que quizás las complicaciones no son tan malas.

Y que enamorarme de ella es inevitable.

Algunas complicaciones merecen la pena...
SERIE SUNSET VALLEY - LIBRO 3

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.
Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy
Página web: https://oliviadarcyautora.com/